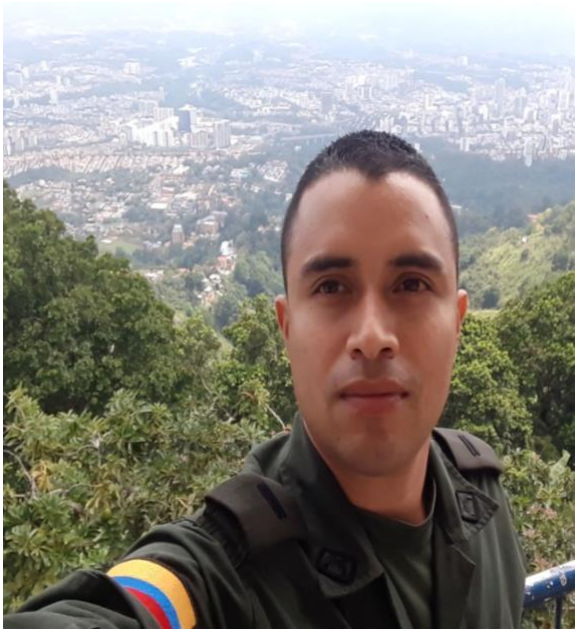

El capitán Ricardo Collazos Vargas es administrador policial, especialista en Seguridad de la Información por la Universidad Remington (Medellín), especialista en Derechos Humanos y Territorio por la Universidad Autónoma de Occidente, especialista en Periodismo de Paz por la Universidad Uniclaretiana, especialista en Desarrollo Integral de la Primera Infancia y magíster en Educación por la Universidad Iberoamericana. Es autor de los libro *Cicatrices* (2024), Dor: la última esperanza (2026)

En esta nueva obra, el autor nos sumerge en una historia ambientada en uno de los momentos más críticos del conflicto colombiano, donde la juventud, el amor y la guerra se entrelazan de manera inevitable, a través de personajes que enfrentan decisiones que marcarán sus vidas para siempre, la narrativa expone cómo, en medio del caos y la incertidumbre, cada elección define el camino a seguir.

Más que un relato de guerra, esta obra es una reflexión sobre el crecimiento, la lealtad y el valor de decidir cuando todo parece derrumbarse, recordándonos que, incluso en los contextos más adversos, es la voluntad humana la que da sentido a la esperanza.

Para tener lo que tenemos, alguien tuvo que pagar un precio, gracias héroes del Sumapaz por su sacrificio.

Nota del autor

Durante los años 2000 y 2010, nuestro país vivía un intenso conflicto armado entre diferentes grupos alzados en armas, pero el más llamativo de ellos eran las FARC-EP, un grupo de personas que lo que menos deseaba era la paz, los hechos siempre van a hablar por encima de la palabras. Por eso, es que en esta nota deseo ser crudo con el lector, con llevándolo a que verifique los hechos de este grupo de personas que tanto daño le hizo a Colombia, en medio de todo esto transcurría el año 2002, tenía solo 12 años, y mi preocupación era solo terminar el estudio de séptimo grado en el colegio Nazaret en Medellín, pero conforme crecí, y se abrió la puerta del internet y la información para sacar criterios, me di cuenta de esa verdad, que alguien que yo no conocía había pagado un precio, se en carne propia que es cargar un morral de campaña, que es aguantar hambre en la selva, sé que vivir en medio de la zozobra de que te ataquen con artefactos explosivos, sé que es ver como salen compañeros heridos en helicópteros, las caminadas, la erradicación manual, pueblos que la Policía Nacional de Colombia me permitió conocer, Arauquita, Saravena, Tibu, Puerto Berrio, Tumaco, Samaniego, Villa garzón Putumayo, La macarena Meta, La Uribe, y muchos otros sitios que ya el conflicto había sido reducido gracias a que alguien había pagado el precio antes que yo, ellos son los verdaderos héroes, el soldado que patrulla desde Cucuta hasta La gabarra caminando por semanas, el soldado que solo cuenta con una señal de radio en Guaviare y no se puede comunicar con sus seres queridos por que no hay señal, el soldados que mientras escribo y tu lees estas letras esta en aluna parte del país cargando un morral de campaña de más de 15 kilos y su fusil, y todo, con el fin de establecer el estado legitimo en su zona, también no dejando atrás a nuestros policías que se encuentran en zonas donde el conflicto solo muto en algo mucho peor con el ataque de los drones como lo es el Cauca, policías que nadie recuerda, que pasaron al total olvido, pero también es la motivación para el policía que con su patrullaje evita un hurto, evita un asesinato, evita que algún mal en lo posible, o le ocurra al ciudadano común, a nuestros comandos jungla y copes, que en medio de la oscuridad, sin reconocimientos, sin placas, y bajo la sombra realizan operativos de alto valor en favor de la seguridad, a todos ellos, este libro es una parte de ese recuerdo que quiero dejar plasmado en la memoria de un libro.

Exclusivamente dedicado a los héroes de Sumapaz, quienes ofrendaron su vida en el cumplimiento de su deber, paz en sus tumbas.

Fundación del monumento a los Héroes Caídos de Sumapaz

8 de mayo de 2018 - Vía Bogotá-Girardot.

2002

Para que no se te olvide volver

Amigos de colegio

—Pues es que la tarea era para eso, ¡para hacerla en la casa, pendejo!
—Usted siempre de resapo, cambie eso, hombre.
—No hay que cambiar nada, solo que usted sí es muy irresponsable.
—Naa, deje así más bien… oe, Jhon, pásemela pues de buena.
—¿Otra vez?
—Sí, claro, de una vez, mire que ya viene el profesor.
—Hágale pues, pero ya sabe que me tiene que pasar el número de Yuranni.
—¿Todavía con esa vieja, a lo bien? Ya supere eso, home.
—¡Jamás! Ella es mi novia, solo que no lo sabe.
—Jajaja, dale pues.

El colegio era ese lugar donde, de a poco, se iba perfilando la vida a seguir, pero antes de eso quedaba solo jugar, correr, la irresponsabilidad, el primer amor, el mejor corriendo o los famosísimos partidos de micro en la cancha pequeña del colegio. Si esa cancha hablara, solo nos diría la cantidad de piel antigua que se tragó de las rodillas raspadas, tan solo para detener un balón.

En esos partidos siempre estaba el pelao que más sacaba las jugaditas aquellas y ya por eso se levantaba a las amiguitas; el que tenía una mamá de lo más de aleta, que cada vez que recogía los informes de las notas del colegio, eso era una película completa de doña Gloria con Danny. Una época que, sinceramente, mientras transita, los jóvenes creen que nunca va a finalizar; pero, como así mismo se describe, la vida es de etapas.

Para Danny, la vida no es más que elegir un modo de vivir: si eliges el estrés, pues el estrés será tu dueño; pero si el estrés de las cosas te agobia, solo vete de ese lugar, sin importar si son casa, trabajos (que es lo más común) y hasta la noviecita, si la hay.

—No, parceros, la verdad yo sí quiero es tirar bala a esa gente.
—¿De qué está hablando ya?
—Pues no ves las noticias, cada nada esa guerrilla está más parada contra los soldados; eso me va a tocar es a mí ir a frentear esa pelaita.

De inmediato, Jhon toma una postura rígida ante el comentario de su amigo, es un aula de clases sencilla, como cualquiera de la ciudad de Medellín; no es un clima caluroso ni tampoco de frío, es una temporada de eterna primavera.

—A lo bien que usted sale es con unas tonterías… ¿no estás viendo que allá sí es la propia guerra? Eso sí es para ir a dar la vida por nada.
—¿Por nada? Si no peleamos nosotros contra esa gente, entonces ¿quién?, ¿Superman o qué?
—Pues que sea él, porque eso está pesado.
—Vos lo que sos es un cagado, home, como siempre, no falta el hijo de mamita.
—¡Siii!, muy de mamita, pero no se te ponga a regalarte a eso, que prácticamente es buscar al diablo.
—Pero entonces, ¿cómo sí pueden esos pelaos que están ahora mismo afrontando todo eso? Si ve que es verdad, si ellos pueden, nosotros también… mire estos brazos.

Todos observaron cómo Danny mostraba sus brazos como si fuera un fisicoculturista, y todos reían en el salón; pero varios de ellos sí quedaron con un sazón mental de que era necesario ayudar al país del Sagrado Corazón de alguna manera, unos decían y hasta debatían que solo harían dinero con sus trabajos, que trabajarían con sus padres en el local; otros, que serían todo menos profesores de colegio; pero sí unos pocos tomaban en serio ir a prestar sus servicios hacia el Ejército Nacional de Colombia.

De alguna manera se sentía que eran unos verracos, pero todos sabían dentro de sí, en lo profundo de lo que muchos dicen corazón, que realmente lo que sentían era miedo ante el posible enfrentamiento o escaramuza que les arrebatara su vida.

Pasan los días en el colegio: misma aula, mismos compañeros con las mañas aquellas de los alumnos, papel arrugado, papel tirado, las técnicas especiales para molestar a todo mundo las tenía Andrés, una persona muy jovial, una persona que en su comportamiento solo pensaba en lo divertido que era ver molestos a todos, pero el sonreír.

—Deja ya la cosita, pues, que ya viene don Eduardo.
—¿Y qué pasa? Él no dice nada; pégale más bien a Yuranni, que está solita, a ver si te voltea a ver.
—Este sí es pendejo, ¿qué me va a hacer caso esa muchachita? Por Dios.
—Pues si no intenta nada, obvio nada le va a decir.

De la nada, Andrés lanzó una bolita de papel a Yuranni que le movió un poquito el cabello, de inmediato ella se volteó a mirar quién había sido su agresor, pero al mirar para llenarlo de insultos justificados, logró ver a Jhon con su cara de asombro y terror al ver a la chica que lo tenía endulzado y lo único que recibió fue su agradable sonrisa.

Al instante llegó el profesor de historia, Eduardo.

—Si vio, ella lo ama rapidito, no sea tontico.
—Buenos días, todos sentados, por favor, recojamos la basurita, a ver Andrés, y no se la tire más a Yuranni.

El silencio impactó a todos, y Andrés solo hizo caso a lo ordenado.

Ya organizados en sus puestos, el profesor Eduardo era una persona muy entregada a la enseñanza de la historia de Colombia, había participado en la séptima papeleta, era un fiel servidor de la política pública, además de creer que la educación era el camino, y siempre recordaba a aquel presidente que hablaba de la revolución en marcha.

—Entonces, es claro para todos nosotros que la humanidad constantemente ha estado en guerra por diferentes motivos: puede ser religión, por recursos naturales, por traiciones, por avaricias… pero ahora, en el siglo en el que estamos, las ideas son cada vez más radicales. Son esas ideas las que han llevado a la primera y segunda guerra mundial, posturas que no aceptan cambios y que generan un adoctrinamiento total en las masas para una u otra razón, y, para agregarle la parte que a los humanos nos da más ira, no solo se provocaron millones de muertes en dichas fechas; fue una de ellas que, para poder avanzar a las tecnologías que hoy en día tenemos, se utilizó toda una estructura de científicos que estudiaban la manera en cómo eliminar de este mundo a más seres humanos, por ello, un compañero de Hiram Maxim dijo: "¡Olvida la electricidad! Si quieres hacer fortuna, inventa algo que permita a esos idiotas europeos matarse entre ellos con mayor rapidez".

—¿Y quién es ese man?
—Pues esa será su tarea, señores y señoritas: anoten bien el nombre, Hiram Maxim.
—Profe, o sea, ¿aquí en Colombia también creamos ciencia en la guerra?
—Claro que sí, pero de un modo más rústico.
—¿Como cuáles, profe?
—¿Seguro quieren saber?

El aula se volvió una algarabía por saber qué métodos eran aquellos de los que el maestro hablaba.

—Las fuerzas armadas del Estado colombiano sí se reglamentan para no causar dolores mayores en sus contrincantes, ya que los limitan derechos internacionales; pero sus contrincantes, que llamamos guerrillas, utilizan métodos no convencionales que sean baratos para dañar a las tropas, el más usado son los artefactos explosivos improvisados: poner minas antipersona en caminos donde la tropa va a pasar, activar carros repletos de ANFO para poder destruir las estaciones de policía, emboscadas…

—Profe, ¿usted sabe qué son los pisa-suave?
—Sí, son personas que solo portan una pistola y un par de granadas, se infiltran en la selva y solo dos personas así pueden afectar más que un gran grupo de soldados, se pintan de negro, se arrastran en el piso, portan un cuchillo bien afilado para cortar la garganta del centinela y poder seguir con el ataque, todas estas maneras de guerra son las que las guerrillas combaten a la fuerza pública.

—Si ve, parceros, por eso es que apenas terminemos es que tenemos que ir a quemar a esa gente con toda.
—Eso es de una vez, apenas tenga 18 años pues que me den el fusil y vamos detrás de esos asesinos, basuras de pueblo.

El aula se volvió un fortín de discusión, todos gritaban, unos a favor y otros en contra. Nuevamente, las ideas provocaron una miniguerra en el salón de clases.

—Claro, bobaso, como su papá solo sabe mamar trago, ¿qué va a saber de guerra? Nada hizo por el país.

—A mi papá lo respeta, que él sí fue soldado, pero se retiró. ¿Qué va a saber usted, home?

Mientras esto ocurría, las miradas de Yuranni y Jhon no se dejaban de entrecruzar.

—Calmémonos, muchachos, que así no se soluciona nada.
—Profe, ¿usted sí prestó servicio?
—Sí, fui soldado, pero no lo vi como un proyecto de vida.
—Con razón sabe del tema, no como estos bobasos que solo quieren ser vividores y no ayudar al país.
—Pero es que lo podemos hacer de otras maneras.
—Pero es que la más urgente es esa, ¿no ves pues que se tomaron Mitú? Mira, home, cómo tomaron la estación y mataron a esa gente, mira también cómo tiene Puerto Berrío, o mira pues que ya están en la Calera de Bogotá, esos manes toman eso y después vienen por Medellín, la chimba, a Medellín no entra ninguna zorra de esas.
—Pero deja la vaina, home, que solo es una clase.
—Por personas como vos es que llegamos aquí en Colombia: todo lo toman a lo fácil y ya. Alguien lo tiene que hacer, pero nunca hacen nada.
—Hey, Danny, bájale, home, que solo vos te estás entendiendo.
—Vos sabes que sí tengo razón, no la entienden porque a mí y a mi papá nos sacaron las FARC de Puerto Berrío, pero ¿sabe qué? Yo los voy a defender.

El salón se volvió ahora una risa.

—¿De qué nos vas a defender vos, home flacuchento?
—Con estos bracitos ya van a ver en qué me convierto, eso sí téngalo por seguro.

—¡Listo, listo! Jóvenes, esa es la clase de hoy, solo les puedo decir que, así como existen las ciencias humanas y las ciencias naturales, la guerra es una ciencia que también se estudia, la historia de Colombia está plagada de guerras, pero esa es nuestra amable historia. Hasta luego.

Y, sin más, el profesor se retiró del aula, no sin dejar ver las heridas de una guerra que ya se estaba librando en todo el territorio nacional, incluso en un humilde salón de clases en Medellín.

Las clases que siguieron fueron muy aburridoras, para Danny, su mente solo estaba rodeada de combates y combates; para Andrés, de seguir con su risita; y para Jhon, que seguía y seguía cruzando miradas con Yuranni.

Al fin sonó la campana de salida de clases y los amigos siempre salían hacia el árbol que quedaba cerca del barrio, era un lugar muy plácido, la verdad: se veía toda la ciudad, se podía apreciar el edificio Coltejer y no se escuchaba sino el bullicio de dos o tres motos a todo poder subiendo la loma, el tiempo no parecía seguir su curso en ese entorno, para ellos era algo común este lugar, para ellos era común estar de esa manera, al punto de creer que todas las personas en el planeta tienen un lugar así.

—Pero no pongas la radio, a lo bien, habla más bien qué te dio Yura.
—Espere pues que el radio apenas está encendiendo.
—Aaaa, este bobo sí es creído, a lo bien, no digas pues nada.
—Ahora le digo, es que estuve mirando y ya hoy estrenan la Olímpico, es la emisora para poder dedicarle cancioncitas a mi flaca.
—Jajaja, no pues sí, ¿será que ella va a estar pendiente de ese radio en ese momento?
—Usted qué va a saber, no me estaba diciendo pues que le buscara el lado,

pues este es mi momento.
—Oe, pero deja un ratico ese tema que suena propio para el momento.

La canción era una salsa muy sonada en aquellas épocas, era aquel Héctor Lavoe, sin lugar a dudas. Pero mientras esta sonaba, se comenzó a transmitir una noticia radial:

—Atención, atención… interrumpimos nuestra programación habitual para entregar una información de última hora, se reporta una grave situación de orden público en el departamento del Chocó, específicamente en el municipio de Bojayá, donde en las últimas horas se han registrado intensos enfrentamientos entre grupos armados ilegales, información preliminar indica que un artefacto explosivo, al parecer un cilindro bomba, habría impactado una iglesia donde se refugiaban decenas de civiles, las primeras versiones hablan de múltiples víctimas, entre ellas mujeres y niños, hasta el momento no hay una cifra oficial de fallecidos o heridos, la situación es bastante crítica y, según los primeros reportes desde la zona, habitantes se encontraban resguardados en el templo debido a los combates y, tras la explosión, se reporta una escena de gran devastación, autoridades locales han solicitado apoyo urgente y se espera un pronunciamiento del Gobierno Nacional en los próximos minutos. Reiteramos: noticia en desarrollo desde Bojayá, Chocó. Seguiremos informando.

El silencio que se escuchaba se agudizó más, y fue el perfecto momento donde ni una sola moto se quiso asomar con su ruido ensordecedor, las miradas se cruzaron olvidando todo pensamiento atrás, era como si el señor destino les hubiera tocado suavemente la cabeza con aquel pequeño viento que los estaba golpeando.

—Si pilla que es verdad… pobre gente, a lo bien… es que qué rabia, en serio, y no pasa nada. Sabe qué, yo de una vez en junio me voy a prestar servicio, espere y verá.

—Bobo, si su mamá ni lo deja salir con nosotros a la calle hasta las 10, ahora para que vaya a matar guerros.

—Eso ya no importa, mijo. Yo estuve preguntando a doña Clarita, la de la tienda, y le fui a comprar un helado y me dijo que si me había acabado de despedir de Fabián, que se le había volado para el Ejército y ni se despidió. Yo le estuve preguntando qué fue lo que pasó, y ella me dijo que allá lo reciben rápido, que solo es ir y ya.

—Uy, no, yo no le haría eso a la cucha, eso jamás.

—Es eso o que esta basura de gente siga como si nada. ¿No escuchaste pues, bobo, que allá se están dando duro y nadie hace nada? Aquí es donde, papi, entramos nosotros, los soldados de la virgencita. ¿Sí o qué, Jhon?

—La verdad, yo sí quiero como ver la experiencia, a ver qué es lo que es… pero ¿y mi flaca?

—Aaa, vos con lo que salís, home, esa vieja sabe qué, ella si lo ama lo espera, y usted allá deja de ser el flacuchento que es, viene como todo un varón, se la monta y después de eso le cuenta historias de cómo mató guerros, así de fácil.

—Oigan a este, está muy empeliculado.

—¿Y por qué? Normal, o es que le va a pedir platica a su mamita para sacarla a comer alguito, trabaje más bien.

—Pues sí, tienes razón, home Danny. Sin mente, vamos. ¿Y vos, Andrés, qué pensás?

—Parce, pues yo quiero es como estudiar… ¿será que sí reciben al payaso que soy?

—Claro, eso es obvio, allá hasta reciben a doña Clarita.

Las risas de los amigos se juntaron una vez más para dispersar un poco la tensión que, de a poco, les estaba mostrando la vida en Colombia.

La guerra en Colombia se estaba agudizando cada vez más, el país entero respiraba incertidumbre, y cada región parecía convertirse en un escenario donde la vida cotidiana se rompía a cualquier hora, es el año 2002, y la violencia no da tregua, las noticias llegaban cargadas de tragedia, pero ninguna sacudía tanto como lo ocurrido en Bojayá: una iglesia convertida en refugio, un cilindro bomba que cae sin distinción y decenas de vidas que se apagan en cuestión de segundos.

El eco de esa explosión no se quedó en el Chocó; se sintió en todo el territorio nacional, como una señal clara de que la guerra había cruzado todos los límites.

Mientras tanto, en otras regiones, el conflicto seguía expandiéndose, en las zonas rurales, los grupos armados ilegales consolidaban su presencia, disputándose corredores estratégicos, rutas y territorios que se volvían piezas clave en una guerra sin reglas claras, las comunidades vivían entre el miedo y el silencio, el sonido de los disparos y las explosiones se volvía parte del paisaje, y la desconfianza se instalaba en cada rincón, nadie sabía con certeza quién controlaba realmente el territorio al caer la noche.

El Estado intentaba reaccionar, y las Fuerzas Militares y la Policía Nacional intensificaban sus operaciones, buscando recuperar el control y proteger a la población civil, se hablaba de ofensivas, de planes estratégicos, de retomar zonas que habían sido abandonadas al dominio de la ilegalidad, sin embargo, el terreno era difícil, no solo por su geografía, sino por la complejidad de un enemigo que se mimetizaba entre la población y que utilizaba el miedo como su principal arma.

También en el centro del país, el Sumapaz no era ajeno a esta realidad, esta vasta región, de páramos imponentes y caminos silenciosos, se convertía en un punto estratégico dentro del conflicto, allí, donde la naturaleza parecía imponerse con su grandeza, también se libraba una lucha constante por el control del territorio, los hombres que patrullaban estas tierras sabían que cada paso podía ser el último, que cada misión implicaba enfrentarse a lo desconocido y que la guerra no siempre se anunciaba antes de aparecer.

Ya junio se acercaba, y lejos de disminuir, la tensión aumentaba, el país se encontraba en un momento de transición política, y con ello también se redefinían las estrategias de seguridad, se empezaba a hablar con más fuerza de recuperar el control, de no ceder más terreno, de enfrentar de manera directa a los grupos armados ilegales, pero mientras las decisiones se tomaban en los altos niveles, en el terreno la realidad era otra: hombres jóvenes, muchos recién incorporados, enfrentaban una guerra cruda, sin pausas, donde el valor no era una opción, sino una necesidad.

Aquí surgen las historias que rara vez se cuentan completas: historias de sacrificio, de compañerismo, de miedo contenido y de decisiones tomadas en segundos, historias de quienes, en medio del caos, siguen avanzando no por gloria, sino por deber, porque en el 2002, en medio de una Colombia herida, ser héroe no significa no tener miedo, sino seguir adelante a pesar de él.

La invitación

—Eee, casi que no podemos lograr ese grado, de verdad se me hizo fue eterno.
—Pues sí, es verdad, un logro melo la verdad.
—Para mí, pues, siento es como un dolorsito de dejar a mi flaquita.
—No jodas, ¿en serio no le has dicho nada? Dígale de una vez entonces eso, no va a perder nada.

Se había llegado el momento donde los jóvenes alcanzaban un peldaño en sus vidas, el escenario era fantástico: todos con togas de color azul, su sombrero, las sillas marcadas con sus respectivos nombres, también todas las familias estaban engalanadas para la ocasión, se encontraba una mesa larga con todos los diplomas y los docentes dispuestos para su entrega.

En algunos docentes, como la profesora de matemáticas, no se mostraba un rostro de estar de acuerdo con que algunos alumnos terminaran ese año sus estudios.

—Oiga, pelaos, esa vieja Julieth como que me está mirando, ¿o es mi impresión?
—Ella es su némesis, mijo. Desde que usted le botó todos los exámenes para que no perdiera usted, ¿qué esperaba pues?
—Pero soy inocente, Jhoncito, soy inocente hasta que se me compruebe lo contrario, papi.
—Todos sabemos que usted fue, Danny, deje la pendejada.

Y era cierto, durante toda la ceremonia, la profesora, amada por unos y odiada por otros, se la pasó seria, con su rostro quería mostrar que muchos de ellos no eran merecedores de esa gloria de aquel salón, pero que aceptaba su derrota delante de ellos.

—Que disfrute su diploma, señor Betancourth.
—Gracias, profe.

Este momento fue peculiar, la profesora no quería soltar el diploma; era como la guerrera que pelea hasta el último momento para no perder la batalla, aun sabiendo que ya la había perdido, al final entregó el diploma, sabiendo y aceptando su derrota.

Después de la entrega de los diplomas, el director Dipietro, un señor que llegó como migrante italiano, había decidido quedarse en Medellín para fundar un colegio, que al final lograría con muchas creces, eso fue hace más de 25 años.

El director se levantó de la silla, se dirigió al atril, puso su carpeta llena de hojas —como acostumbraba a cargar— y, con ese aura que había mantenido durante más de 20 años al graduar jóvenes en la ciudad, entre alegría y nostalgia por querer que su futuro fuera el mejor, comenzó su discurso diciendo:

- Queridos estudiantes… hoy no es un día cualquiera, hoy no solo termina una etapa académica, hoy ustedes cruzan una línea invisible que los separa de lo que fueron… y los acerca a lo que están destinados a ser.

Cuando llegué a este país hace más de veinticinco años, lo hice con una maleta llena de sueños y con el miedo propio de quien no sabe si será capaz de construir algo en tierra ajena, Colombia me abrió sus puertas… pero también me mostró su realidad: un país hermoso, sí, pero golpeado… lleno de contrastes, de esperanza y de dolor.

Este colegio nació en medio de esas dos fuerzas: la esperanza de formar hombres y mujeres de bien, y la realidad de un país que muchas veces parece no dar tregua.

Hoy los veo a ustedes… y veo futuro, veo médicos, veo profesores, veo trabajadores, veo soñadores… y también veo algo más… veo decisiones difíciles, porque no todos los caminos son iguales… y no todos los caminos son fáciles.

Allá afuera no hay timbres que anuncien el cambio de clase… no hay profesores que corrijan el error a tiempo… allá afuera, cada decisión pesa… y algunas, cambian la vida para siempre.

Muchos de ustedes crecerán, formarán familias, construirán empresa, aportarán desde distintos espacios… pero también sé… porque este país lo exige… que algunos tomarán un camino distinto, un camino donde el uniforme no es solo tela… sino compromiso, donde la juventud no se vive… se entrega.

No es fácil entenderlo… y mucho menos aceptarlo, porque mientras unos celebran, otros se preparan, mientras unos construyen desde la tranquilidad… otros lo hacen desde el riesgo.

Y sin embargo… todos son necesarios.

Este país no solo necesita profesionales… necesita carácter, no solo necesita inteligencia… necesita valentía, no solo necesita sueños… necesita personas dispuestas a sostenerlos cuando todo parece derrumbarse.

Si algo quiero que se lleven hoy, más allá de este diploma… es esto: nunca olviden de dónde vienen, nunca olviden que cada uno de ustedes tiene el poder de impactar la vida de otros… para bien o para mal.

Y sobre todo… nunca pierdan la humanidad, porque en un país donde la violencia ha querido normalizarse… ser humano… ya es un acto de resistencia.

Hoy los despido con orgullo… pero también con una profunda reflexión: el futuro de Colombia no está en manos de los que ya pasamos… está en ustedes.

Y ese futuro… comienza hoy.

(Hace una pausa, mira nuevamente al público, y con voz más solemne continúa)

—Para finalizar, y entendiendo el contexto que vive nuestro país, hemos querido que este acto no solo sea una despedida… sino también una invitación a reflexionar sobre el compromiso con la nación.

Por ello, le damos paso a un hombre que representa precisamente ese deber, ese sacrificio y ese servicio… el Mayor encargado de incorporación del Ejército Nacional, Región 8 Medellín… quien hoy nos acompaña.

Señor Mayor… el auditorio es suyo.

El auditorio estaba completamente lleno, pero aun así se sentía un silencio extraño, como si el ruido de las conversaciones no alcanzara a tapar lo que realmente se estaba viviendo en ese lugar, las luces blancas caían sobre las togas azules que se movían lentamente entre las filas, algunas bien organizadas, otras torcidas, como reflejo del mismo desorden que llevaban por dentro muchos de los estudiantes.

El calor no era fuerte, pero sí lo suficiente para incomodar un poco, sobre todo a quienes tenían el cuello apretado con la camisa formal y la corbata mal ajustada, algunas madres se abanicaban con los programas de la ceremonia, los padres miraban con orgullo contenido, y en el fondo, uno que otro niño corría sin entender del todo la importancia del momento.

En la primera fila, los docentes mantenían una postura firme, casi ceremonial, aunque no todos compartían la misma emoción, algunos sonreían con sinceridad, otros simplemente cumplían con estar allí, la profesora Julieth, con los brazos cruzados, observaba como si aún estuviera evaluando a cada uno, como si ese diploma no fuera suficiente para convencerla.

Pero atrás… atrás era otra historia.

—Oe… mire que si vino la mamá suya, pensé que no venía —susurró Andrés, medio inclinado en la silla.

—Cállese bobo, que sí vino… ahí está con mi tía, no la ve —respondió Jhon sin quitar la mirada del frente.

—Uy sí… y vea como lo está mirando, mejor dicho hoy sí le toca portarse serio papi —dijo entre risas contenidas.

Danny, sentado al lado, no estaba tan metido en la charla, tenía la mirada fija hacia el escenario, pero no realmente en él… estaba como ido.

—¿Y entonces qué, si es verdad o qué? —le dijo Andrés bajito, empujándolo con el codo.

—¿Qué cosa?

—Lo del ejército… no se me haga el loco.

Danny respiró profundo, sin mirar.

—Sí… yo ya lo tengo decidido.

Hubo un pequeño silencio entre los tres.

—Uy no parce… este sí va en serio —murmuró Jhon, ahora sí volteándolo a ver.

—Pues alguien tiene que hacerlo, ¿o no?

—Sí, pero… —Jhon dudó— una cosa es decirlo y otra es irse pa' esa guerra…

Danny apenas sonrió, una sonrisa leve, como de quien ya aceptó algo por dentro.

—Pues por eso mismo.

Un poco más atrás, otra conversación se cruzaba entre murmullos nerviosos.

—Oiga… ¿y si él sí se va? —dijo Luisa mirando hacia adelante.

—Pues que se vaya, allá verá —respondió otra, pero sin la misma seguridad.

—No, en serio… eso ya no es como antes, eso está muy pesado…

—Pues sí… pero también… alguien tiene que ir, ¿no?

La frase quedó flotando, sin respuesta.

En otra fila, más adelante, Yuranni acomodaba su toga una y otra vez, como si no encontrara posición, sus ojos buscaban sin buscar… hasta que inevitablemente se cruzaron con los de Jhon.

Él, nervioso, desvió la mirada… pero volvió a verla a los segundos.

—Esta vieja sí… —murmuró Andrés— todavía está en la novela.

—Cállese pues —le respondió Jhon, pero sin poder evitar sonreír.

El murmullo general subía y bajaba como olas, hasta que de a poco comenzó a apagarse, no porque alguien lo ordenara, sino porque algo en el ambiente cambió, era como si todos, al mismo tiempo, sintieran que ese momento ya no era de ellos… sino de lo que venía.

El Mayor se levantó con firmeza desde su silla, su uniforme impecable contrastaba con los rostros aún juveniles de los estudiantes, caminó con paso seguro hasta el atril, sin prisa, pero sin dudar, al llegar, observó el auditorio completo… no como quien mira un público, sino como quien evalúa a un grupo de hombres y mujeres que pronto podrían estar bajo su mando.

Ajustó el micrófono ligeramente.

—Muy buenas tardes.

Su voz era firme, sin necesidad de alzarla.

—Señor rector, cuerpo docente, padres de familia… y especialmente… a ustedes, jóvenes.

Hizo una breve pausa, recorriendo el auditorio con la mirada.

—Hoy los felicitan… hoy los aplauden… hoy les dicen que el futuro es suyo.

Y sí… tienen razón.

Pero también tengo que decirles algo que quizás no suene tan bonito… pero es real.

Allá afuera… el país no está en ceremonia.

El silencio fue inmediato.

—Colombia está pasando por uno de sus momentos más difíciles, ustedes lo han visto en las noticias… lo han escuchado en la radio… y algunos, incluso, lo han vivido de cerca.

Lo de Bojayá no es una historia lejana… no es un titular más.

Es la muestra de hasta dónde puede llegar la violencia cuando nadie la detiene.

Algunas miradas bajaron, otras se quedaron fijas en él.

—Allá hay niños… mujeres… familias… que no tuvieron la oportunidad que hoy ustedes sí tienen: estar aquí, celebrando que terminaron una etapa de sus vidas.

Respiró profundo, pero mantuvo el tono.

—Yo no vine aquí a asustarlos… vine a hablarles con la verdad.

Ser soldado no es una película.

No es gloria… no es aplausos… no es lo que ustedes imaginan cuando dicen “yo me voy pa’ la guerra”.

Ser soldado… es caminar horas sin saber si el siguiente paso es el último.

Es dormir con el arma en la mano.

Es ver caer a un compañero… y tener que seguir avanzando.

El auditorio estaba completamente inmóvil.

—Es sentir miedo… y aun así… no detenerse.

Hizo una pausa más larga.

—Pero también es algo más.

Es saber que mientras ustedes avanzan… hay familias que pueden dormir tranquilas.

Es saber que hay pueblos que siguen existiendo… porque alguien decidió no rendirse.

Es entender que el uniforme no es poder… es responsabilidad.

Miró hacia los estudiantes, con más detenimiento.

—Muchos de ustedes van a elegir otros caminos… y está bien este país necesita de todo: médicos, profesores, trabajadores, empresarios.

Pero también necesita hombres y mujeres que estén dispuestos a defenderlo… cuando todo lo demás falla.

Su voz bajó un poco, más directa.

—Y les voy a decir algo claro… esto no es para todos.

No todos están hechos para esto.

No todos están dispuestos a dejar su casa… su familia… sus comodidades… para ir a un lugar donde nadie los aplaude… pero donde sí los necesitan.

El peso de esas palabras se sintió en el ambiente.

—Pero si alguno de ustedes… aunque sea uno… siente que ese es su camino…

Entonces hágalo con convicción.

No por rabia.

No por impulso.

No por demostrarle nada a nadie.

Hágalo porque entiende lo que significa.

Porque esto… no es un juego.

Ahora su tono cambió levemente, más humano.

—Yo también fui como ustedes.

También estuve sentado escuchando discursos… también tuve dudas… también tuve miedo.

La diferencia… es que un día decidí.

Y esa decisión… me trajo hasta aquí.

Miró nuevamente al rector, luego al público.

—Hoy ustedes se gradúan.

Mañana… empiezan a escribir su historia.

Algunos serán recordados por lo que construyan…

Y otros… por lo que defiendan.

Se alejó ligeramente del micrófono, pero antes de retirarse, cerró con firmeza:

—El país los necesita… desde donde decidan estar.

Muchas gracias.

El Mayor dio un paso atrás y se retiró del atril con la misma firmeza con la que llegó, no hubo aplausos inmediatos, el auditorio quedó suspendido en un silencio denso, incómodo… distinto al de antes, ya no era el murmullo previo de la ceremonia, era un silencio que pesaba, como si cada palabra hubiera caído sobre cada uno de los presentes y aún no encontrara dónde acomodarse, al fondo, alguien intentó aplaudir… un aplauso corto, inseguro… que poco a poco fue creciendo, pero sin la fuerza ni la alegría que se había visto con la entrega de diplomas, era un aplauso más de respeto que de emoción.

Los padres se miraban entre sí, algunos asentían levemente, otros mantenían la mirada fija al frente, procesando, las madres que antes sonreían ahora tenían los labios apretados, como si algo dentro de ellas no quisiera aceptar del todo lo que acababan de escuchar.

En las filas de los estudiantes, nadie hablaba de inmediato.

Andrés fue el primero en romper el silencio, pero incluso él… lo hizo diferente.

—Uy… —susurró— este man sí habló serio…

Jhon no respondió de una, tenía las manos entrelazadas, mirando al piso.

—…parce… eso ya no suena tan bacano como antes —dijo finalmente, sin levantar la mirada.

Danny seguía mirando al frente, hacia el escenario vacío y no había cambiado su postura… pero sí su expresión, ya no era la emoción impulsiva de antes… era algo más quieto, más profundo.

—Es que nunca ha sido bacano —respondió en voz baja.

Los otros dos lo miraron.

—…solo que uno no lo entiende hasta que se lo dicen así.

El comentario quedó ahí, sin necesidad de más.

Un poco más adelante, Yuranni también permanecía en silencio, ya no estaba pendiente de su toga, ni de su cabello… tenía la mirada perdida hacia el atril, como si intentara imaginar todo lo que acababan de describir.

Luisa se inclinó hacia ella.

—Oiga… ¿usted sí cree que alguno de estos se vaya?

Yuranni dudó un segundo… pero sus ojos, casi por instinto, buscaron a Jhon… y luego, un poco más allá… logro encontrarlo.

—…sí —respondió bajito— yo creo que sí.

En la mesa principal, los docentes retomaban lentamente la compostura, el rector Dipietro se sentó despacio, con las manos juntas, mirando hacia los estudiantes… pero ahora con un gesto más serio, más consciente de lo que había provocado.

La profesora Julieth ya no tenía los brazos cruzados, observaba en silencio… como si por primera vez no estuviera evaluando notas… sino destinos.

El protocolo intentó retomar el control.

—A continuación… —dijo una voz por el micrófono, tratando de recuperar el tono ceremonial— se invita a los graduandos a ponerse de pie para el cierre del acto…

Las sillas comenzaron a moverse, el sonido de la madera raspando el suelo rompió el silencio… pero ya nada sonaba igual.

Los estudiantes se levantaron.

Algunos con orgullo.

Otros con duda.

Otros… con una decisión que apenas empezaba a tomar forma.

Danny se puso de pie sin mirar a nadie.

Jhon, al levantarse, volvió a cruzar mirada con Yuranni… pero esta vez no hubo sonrisa… solo algo distinto… algo que ninguno de los dos sabía cómo explicar.

Andrés miró a ambos, luego a Danny… y por primera vez… no hizo ningún chiste.

Afuera, la tarde seguía igual. Medellín seguía sonando… motos, voces, vida.

Pero dentro del auditorio…algo había cambiado.

Y ya no había forma de volver atrás.

El acto terminó sin mucha ceremonia emocional, la gente comenzó a levantarse, las sillas sonaban, las familias buscaban a sus hijos, los flashes de

algunas cámaras rompían el ambiente pesado que había dejado el discurso, afuera, el sol de la tarde caía suave sobre el colegio, el aire se sentía más liviano… pero por dentro, muchos seguían cargando lo que habían escuchado.

—Uy, por fin —dijo Andrés estirándose— pensé que ese mayor no iba a terminar nunca.

—Cállese más bien —respondió Jhon— que hasta voz se quedó callado.

—Pues… sí habló duro el man —admitió, sin mucha risa esta vez.

Jhon no dijo nada, solo caminaba, con las manos en los bolsillos, mirando hacia la salida principal donde ya se mezclaban estudiantes con familias.

—Bueno, yo voy a buscar a mi mamá —dijo Andrés— no me vayan a dejar botado después.

—Vaya pues —respondió Jhon.

—Y usted… —miró a Danny— piense bien lo que va a hacer, ¿sí o qué?

Danny solo asintió levemente.

Andrés se fue.

Quedaron los dos en silencio unos segundos.

—Parce… —dijo Jhon— ¿sí se va a ir?

Danny lo miró, esta vez directo.

—Sí.

No hubo más preguntas.

—Bueno… yo voy a… —Jhon dudó— ya vengo.

Se alejó, claramente buscando a alguien más.

Danny quedó solo, apoyado levemente contra una de las columnas del pasillo, la gente pasaba, reía, hablaba… pero él estaba como en otro ritmo.

Fue entonces cuando Yuranni se cruzó con Jhon.

Yuranni venía caminando despacio, sin apuro, con la toga ligeramente abierta y el cabello suelto moviéndose con el viento suave de la tarde, no parecía estar buscando a nadie… pero tampoco perdida.

Sus miradas se encontraron.

Ninguno desvió la mirada esta vez.

Ella fue la primera en hablar, cuando quedó a pocos pasos.

—Hola…

Jhon medio sonrió, un poco nervioso.

—Hola…

Hubo un silencio corto, incómodo… pero no incómodo del todo.

—…felicitaciones —dijo ella, jugando con sus manos.

—Igual… usted también.

Otro silencio.

Se escuchaban risas a lo lejos, gritos de familias, motos pasando afuera… pero ahí, en ese espacio, todo parecía ir más lento.

—Usted sí habla mucho en clase… —dijo ella de repente, con una leve sonrisa.

Jhon bajó la mirada, medio apenado.

—Pues… sí… a veces.

—A veces no… siempre —respondió ella, ahora sí sonriendo bien.

Jhon soltó una pequeña risa.

—¿Le cae mal?

Ella negó con la cabeza.

—No… —hizo una pausa— solo… habla como si ya supiera lo que va a hacer.

Jhon la miró de nuevo.

—…y creo que sí.

El ambiente cambió un poco con esa frase.

Ella lo miró más fijo.

—¿Sí se va a ir?

Jhon no dudó esta vez.

—Sí.

Yuranni bajó la mirada un segundo… luego volvió a subirla.

—…está loco.

Jhon sonrió leve.

—Puede ser.

El silencio volvió… pero ahora era distinto, más cercano.

Ella dio un pequeño paso hacia él.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Se va a ir… y ya?

Jhon dudó por primera vez.

—Pues… no sé…

Ella lo interrumpió, suave.

—Pues yo sí sé.

Y antes de que Jhon pudiera reaccionar del todo…ella se acercó un poco más, él también, no fue perfecto, no fue rápido, no fue planeado, fue ese momento torpe, sincero… donde ninguno sabía exactamente qué hacer, pero aun así pasó.

Se besaron.

Un beso corto… pero suficiente para detener todo lo demás.

Cuando se separaron, ninguno habló de inmediato, Jhon la miraba como si no entendiera del todo lo que acababa de pasar, ella sonrió… nerviosa.

—Para que no se le olvide volver.

Jhon soltó una pequeña risa, todavía sorprendido.

—…no se me va a olvidar.

A lo lejos…

—¡Eeeeeehhh! —se escuchó la voz de Andrés— ¡mírelos pues!

Danny, al lado, se quedó quieto… sin decir nada, pero con una sonrisa leve.

—No le creo —dijo Andrés— este man sí coronó.

—Cállese… —respondió Danny— déjelos.

—No, no, no… esto hay que verlo completo —insistió, asomándose más.

De vuelta a ellos, Yuranni miró hacia dónde venían las voces.

—Ya nos vieron…

Jhon se volteó apenas, y negó con la cabeza.

—Déjelos.

Ella volvió a mirarlo.

—Entonces… ¿sí?

Jhon no preguntó a qué se refería.

—Sí.

Ella sonrió, esta vez más tranquila.

Y en medio del ruido, de la gente, del país que se caía a pedazos en muchos lugares…

Mientras los labios de Jhon y Yuranni apenas se separaban, aún con esa mezcla de nervios y verdad recién descubierta, el mundo seguía girando… pero no en todas partes con la misma calma, a cientos de kilómetros de allí, donde la carretera que comunica Bogotá con el Sumapaz se pierde entre neblina espesa y montañas silenciosas… la tarde no era tranquila.

—¡Alto ahí!… ¡escuche eso! —susurró un soldado, levantando el puño.

La patrulla se detuvo en seco, el aire era frío, húmedo… pesado, la vegetación cerrada no dejaba ver más allá de unos cuantos metros, el camino de tierra, angosto, serpenteaba entre lomas que podían esconder cualquier cosa.

Silencio.

Un silencio distinto al del auditorio… este no era reflexivo… era peligro.

—Mi sargento… eso no es normal —murmuró otro, ajustando su fusil.

Un chasquido seco rompió el ambiente.

—¡Nos cayeron! —gritó una voz.

La selva explotó, ráfagas de fusil atravesaron el aire desde los costados, levantando tierra, hojas y gritos al mismo tiempo, los soldados se lanzaron al piso, buscando cobertura entre piedras, troncos, cualquier cosa.

—¡Flanco derecho! ¡flanco derecho! —ordenó el mando, arrastrándose.

El sonido era ensordecedor. No había claridad, no había tiempo para pensar.

Solo reaccionar.

—¡Granada! —gritó alguien.

Una explosión sacudió la loma, levantando polvo y fragmentos, el eco retumbó entre las montañas.

Mientras tanto…en el colegio, las risas nerviosas seguían.

—¡Mírelos pues! —insistía Andrés, sin poder contenerse.

Yuranni bajó la mirada, sonriendo, mientras Jhon apenas negaba con la cabeza, como si quisiera congelar ese instante.

Pero en la montaña…

—¡No se queden quietos, muévanse! —rugió el sargento.

Uno de los soldados intentó avanzar unos metros… y en ese instante—

¡CLACK!

El sonido fue mínimo… pero suficiente.

—¡Mina!

La explosión no dio espera.

El cuerpo se elevó apenas un instante antes de caer, un grito que se cortó en seco, el resto de la patrulla sintió el golpe en el pecho, no solo por la onda… sino por lo que significaba.

—¡Enfermero! ¡ENFERMERO! —gritaban, pero el combate no se detenía.

Las balas seguían silbando.

—¡No lo dejen solo, no lo dejen solo! —insistía uno, arrastrándose hacia su compañero.

El barro, la sangre, el humo… todo se mezclaba ,y en ese mismo segundo…

Jhon miraba a Yuranni como si nada más existiera.

—Para que no se le olvide volver —había dicho ella.

—…no se me va a olvidar.

Pero allá…

—¡Nos tienen fijados! ¡Nos tienen fijados! —gritó otro soldado.

—¡Resistan! ¡apoyo en camino! —respondió el mando, aunque sabía que en ese terreno… el tiempo no era aliado.

Una ráfaga impactó contra un tronco a centímetros de su cabeza.

Respiración agitada.

Dedos firmes en el gatillo.

Miedo… contenido.

—¡Avancen por la izquierda, cúbranme! —ordenó.

Dos soldados se levantaron apenas lo necesario… disparando… ganando metros… sobreviviendo segundo a segundo.

La guerra no se anunciaba, simplemente aparecía, y mientras unos luchaban por no morir en una carretera olvidada entre montañas…otros, en una tarde cualquiera en Medellín…descubrían lo que era empezar a vivir.

El viento sopló suave en el colegio.

En el Sumapaz… solo llevaba el eco de los disparos.

Y sin que nadie en ese auditorio pudiera escucharlo…el país, en ese mismo instante…se estaba rompiendo en dos realidades.

Una que soñaba.

Y otra que resistía.

Incorporación en junio 2002

Los días pasaron sin más en la ciudad, las noticias seguían golpeando y golpeando la radio de los ciudadanos; ya era imposible no evitar saber, hablar, criticar o hablar sobre el aumento del conflicto…

—Boletín informativo… habitantes del municipio de Granada, Antioquia, reportan desplazamientos masivos tras enfrentamientos entre grupos armados ilegales… familias abandonan sus viviendas por temor a quedar en medio del fuego cruzado…

—Información en desarrollo… en Norte de Santander, sector rural de Tibú, autoridades denuncian la instalación de minas antipersonales en corredores utilizados por la población civil…

—Urgente… explosión de un artefacto en zona rural del sur de Bolívar deja varios uniformados heridos… las autoridades investigan la posible instalación de un campo minado en el sector…

—Reporte nacional… el Gobierno anuncia incremento del pie de fuerza en diferentes regiones del país ante el aumento de acciones violentas en las últimas semanas…

Ya era común entre los ciudadanos estos actos atroces cometidos durante el conflicto.

—¿Sí viste que a doña Laura le mataron el hijo, que era cabo en Arauca? Qué pesar de esa señora, lo bien… eso lloraba por toda esa cuadra, horrible —les decía Jhon mientras la ciudad se veía imponente y sin cambios en el árbol de sus compincherías.

—Noo, es que a lo bien estamos es rodeados de puras lacras, pero las propias valijas de este mundo, yo no vi, pero sí conocí el hijo de doña Laura; ese man era un vacán; él siempre le traía esas sandías gigantes a todo mundo en el pichirilo que tenía de carro… y mire… lo quebró la guerrilla en Arauca…

Mientras Andrés decía estas palabras, Danny solo miraba la imponente ciudad, con sus ruidos comunes y con la mente en otras cosas, pero la más importante era la guerra, dentro de sí no podía soportar escuchar tantas noticias, saber que morían los demás y que la ciudad pasara desapercibido todo esto…

—¡Ya no más! —gritó Danny de desespero ante lo que estaba escuchando, rompiendo el silencio de aquel lugar y contaminando el aura con el odio que irradiaba aquel grito.

—Deja la bobada, home, ¿no está viendo pues que aquí no podemos hacer nada? Yo en junio me voy para ese batallón; para algo tendrán que servir estas manos…

Los demás se miraron en silencio, reflejando el terror que les provocaba saber que uno de ellos se iba para quizás no más regresar a verlos…

Andrés, en su inexperiencia, solo dijo:

—Pues la verdad, Danny, usted nació pa' eso, a mí sí me gusta molestar y todo, pero… noo… jamás me iría a esos lugares donde sé que me van a pelar, yo soy muy indisciplinado, además me falta mucha pelaita que comerme, a lo bien…

—Sí, home Danny, piénsalo bien… —decía Jhon mientras Andrés hablaba como nunca lo había hecho—. Mira, home, que está tu mamá ahí sola, y te vas

a poner a inventar… el cementerio está lleno de héroes… ¿y para qué, madres? Nadie se acuerda de ellos…

Entre más hablaban sus amigos, en la mente de Danny ya estaba marcado un destino, no había nada más que decir o decidir.

Mientras los labios de sus amigos hablaban sobre justificaciones, argumentos y otras cosas, de repente Danny cogió su maleta, los miró por un momento, giró hacia la ciudad, y fue la manera en que lentamente se fue del lugar sin decir absolutamente nada.

Era su manera de responder ante todo lo que le decían.

Y se dirigió hacia su destino.

Esa misma noche, Jhon no paraba de pensar en su amigo, pensaba que lo peor le podía pasar a él; incluso pensaba en qué palabras decir en el funeral, pensaba en que cuando le llegara su hora no fuera dolorosa, sino repentina, que no le doliera en lo absoluto…

—¿Y si lo secuestran?…

Muchos pensamientos se le pasaban por la mente, pero todo fue cortado por una llamada y un fuerte grito que le rompió los tímpanos:

—¡Hombre, Jhon, al teléfono!

—Ya voy pues… —respondió, todavía con la cabeza llena de pensamientos.

Caminó hasta la sala, tomó el teléfono con cierta prisa.

—¿Aló?

—¿Jhon?

Se quedó en silencio un segundo.

—…¿Yuranni?

—Sí… —respondió ella con una voz suave, un poco nerviosa—. ¿Estás ocupado?

Jhon miró hacia el techo, como si no creyera lo que estaba pasando.

—No… no, para nada… dime.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Podemos vernos?

Jhon sintió que el corazón se le aceleró.

—Sí… sí, claro… ¿dónde?

—En el árbol.

Jhon frunció el ceño.

—¿Cuál árbol?

—No te hagas el bobo… el de siempre, donde se la pasan con Andrés y Danny.

Jhon se quedó quieto.

—…¿cómo sabes eso?

Ella soltó una pequeña risa.

—Porque no eres tan disimulado como crees… más de una vez los vi desde la esquina… y además… —hizo una pausa— siempre hablas de ese lugar.

Jhon sonrió, nervioso.

—Ah… bueno… sí…

—¿Entonces?

—Sí, de una… ya voy para allá.

—Te espero.

Colgó.

Se quedó unos segundos con el teléfono en la mano, mirando al vacío.

Sonrió.

—No lo puedo creer… —murmuró.

—¿Quién era? —preguntó la mamá desde la cocina.

Jhon reaccionó.

—Nadie, ma… un amigo ahí.

—¿Ah sí? ¿Y por qué esa sonrisita entonces? —respondió ella asomándose, limpiándose las manos con un trapo.

—No, nada… es que… me invitaron a salir un rato.

La mamá lo miró de arriba abajo.

—¿A esta hora?

—Sí… ahí cerquita, no más.

—Ajá… —dijo ella, cruzándose de brazos— ¿y cómo se llama ese “amigo”?

Jhon dudó medio segundo.

—Andrés…

La mamá soltó una pequeña risa.

—No me mienta, mijo… que yo lo parí.

Jhon bajó la mirada, sonriendo.

—Ay, ma…

—¿Es la muchachita, cierto? —dijo ella con tono tranquilo, casi orgullosa—. La que usted mantiene nombrando.

Jhon no respondió.

No hacía falta.

—Vaya pues… pero me llega temprano, ¿oyó? —le dijo señalándolo con el dedo—. Y se me cuida.

—Sí, ma.

—Y vea… —añadió— no se me vaya a enamorar mucho que después es peor.

Jhon soltó una risa.

—Ya es tarde pa’ eso…

La mamá lo miró con una sonrisa que mezclaba ternura y preocupación.

—Vaya pues… pero con cuidado.

Jhon tomó su chaqueta y salió.

La noche estaba fresca, las luces de la ciudad brillaban abajo, como siempre… pero él ya no la veía igual.

Iba apurado… pero no por afán.

Iba porque alguien lo estaba esperando.

Y esta vez… no era cualquier cosa.

La noche para nada apremiaba, era la que más tenía paciencia mientras el joven conquistador del corazón de la flaca se echaba su último toque de loción para el encuentro más esperado de su vida; su corazón palpita tres veces más rápido que cuando pasó a recibir el diploma, tomó la moto 100 cc que le había dado su tío Albeiro y se aceleró hacia el lugar indicado.

Conforme pasaban los minutos, por la mente de Jhon solo transcurría qué le debía decir para no embarrarla; debía de decir para no embarrarla, y si se quedaba callado también embarrarla, se decía a sí mismo que no quería dañar todo, así que paró en un estanco, pidió una aromática mientras la tendera lo miraba con cara de extrañeza, y continuó su viaje, que en sí era algo largo, pero no tanto como para que escribiera algún texto.

Al llegar, antes de subir en la moto, esperó a Yuranni un rato en la única vía que los subía al sitio no tan secreto ya; miraba a un lado y miraba a otro, pero no

veía llegar a nadie, aunque no había pasado nada de tiempo, se le hizo eterno ese momento; era la ansiedad junto con la sensación de terror y de compinche con la sensación de derrota, que le decían que todo iba a salir mal.

—Pero ¿dónde estará, home? —se preguntó una y otra vez mientras se miraba su rostro por los retrovisores de la moto.

De un momento a otro, una luz de una moto se fue acercando y dejó a Yuranni en la vía… Sus ojos no lo podían creer; de verdad había llegado a ese sitio, a esa hora, y que ella misma lo invitara era algo de no creer, hasta pensó que Andrés le estaba jugando una de sus bromas.

Se fue acercando Yuranni; era una muchacha flaca, caminaba algo arrogante, aunque no lo era; cabello largo y liso, sonrisa perfecta, piel blanca, ojos miel y un cuerpo súper desarrollado para esa edad, como era algo común en chicas de su edad.

Quedaron solos. Por primera vez… solos de verdad.

—Pensé que no ibas a venir —dijo Jhon, tratando de sonar tranquilo.

—Yo también —respondió ella, sonriendo leve.

Hubo un silencio corto… pero cargado, subieron caminando despacio, la noche estaba fresca, el viento movía suavemente los árboles, y la ciudad brillaba abajo como si nada pasara, pero ahí arriba… todo era distinto.

Llegaron.

El mismo árbol.

El mismo lugar.

Pero no el mismo momento.

Se quedaron de pie unos segundos, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Siempre vienen aquí? —preguntó ella.

—Sí… es como… —Jhon dudó— no sé… como donde todo se siente más tranquilo.

Ella miró la ciudad.

—Tranquilo… —repitió— y el país vuelto nada…

Jhon bajó la mirada.

—Sí…

Se hizo otro silencio.

Esta vez más cercano.

Ella dio un paso hacia él.

—¿Sí se va a ir? —preguntó, mirándolo fijo.

Jhon tragó saliva.

—Sí…

—¿Y no le da miedo?

Jhon la miró… y por primera vez no intentó hacerse el fuerte.

—Sí… bastante.

Ella sonrió apenas… como entendiendo.

—A mí también.

Se quedaron mirándose.

Más cerca.

Mucho más cerca.

El ruido de la ciudad desapareció.

El viento también.

Solo quedaban ellos dos… y el momento.

Jhon levantó la mano, dudó… pero finalmente la apoyó suavemente en la cintura de Yuranni.

Ella no se apartó, al contrario, se acercó un poco más, sus rostros quedaron a centímetros, respiración contra respiración.

—Usted sí habla mucho… —susurró ella.

—Y usted también…

Y sin pensarlo más… se besaron.

Esta vez no fue corto.

No fue nervioso.

Fue distinto.

Más lento… más profundo… como si ambos entendieran que ese momento no se iba a repetir igual, las manos dejaron de ser tímidas, se buscaron, se encontraron, se quedaron ahí… sintiendo, sin hablar, sin pensar en lo que venía.

Pero la guerra seguía.

—¿Y si no vuelve? —dijo ella, separándose apenas.

Jhon la miró.

—Entonces… al menos vine hoy.

Ella sonrió… pero sus ojos no.

Se recostó contra su pecho.

Y por un momento…el mundo dejó de importar.

El frío se metía en los huesos sin pedir permiso, y el viento golpeaba las lonas como si quisiera arrancarlas de raíz, entre los árboles y la neblina espesa, apenas se alcanzaban a ver las siluetas de las hamacas colgadas, una junto a otra, como si fueran sombras suspendidas en medio de la nada.

Uno de los soldados no dormía.

Estaba recostado en su hamaca, mirando hacia arriba, con una pequeña linterna iluminando apenas lo necesario y en sus manos sostenía una foto… ya un poco doblada por las veces que la había sacado.

La miraba en silencio, era una muchacha joven, sonrisa amplia, de esas que no conocen la guerra, sus dedos pasaban suavemente por la imagen, como si al tocarla pudiera acercarse un poco más.

—Luisa… —murmuró para sí mismo.

—Ya casi…

El permiso estaba cerca.

Solo tenía que aguantar unos días más.

Pensaba en el viaje… en el bus… en el momento de verla otra vez, en abrazarla sin el fusil colgándole del hombro, sin el miedo metido en la espalda.

Cerró los ojos un segundo.

Como si pudiera adelantarse a ese momento.

Pero el monte no dejaba.

A lo lejos… un sonido seco rompió la noche.

Tac.

El soldado abrió los ojos de inmediato.

Apagó la linterna.

El silencio volvió… pero ya no era el mismo.

A unos metros, otro soldado se movió en su hamaca.

—¿Escuchó? —susurró.

—Sí…

Nadie se levantó.

Nadie habló más.

Pero todos estaban despiertos.

El arma, más cerca.

El oído, atento.

La respiración, contenida.

El viento volvió a soplar.

La neblina cubría todo.

Y en medio de esa calma engañosa…la guerra seguía ahí, esperando.

Unos metros más allá, en medio de la oscuridad, la silueta de un soldado se mantenía firme, de pie, con el fusil colgado y la mirada clavada en la nada.

—Palomeque… —susurró Malagón desde la hamaca.

—¿Qué pasó? —respondió en voz baja, sin dejar de vigilar.

—¿Usted cree que uno sí sale de esta vaina bien?

Hubo un silencio corto, el viento volvió a pasar entre los árboles.

—Eso depende… —dijo Palomeque— hay días buenos… y hay días que no.

Malagón miró la foto otra vez.

—Yo es que ya tengo todo planeado… —dijo— salgo de permiso, me voy pa' Medellín, la veo… y ya después de esto no vuelvo a saber de monte.

Palomeque soltó una leve risa seca.

—Eso dicen todos…

Malagón sonrió apenas.

—No, pero en serio… yo sí, esa mujer vale la pena… Luisa no es cualquier cosa.

Palomeque giró un poco la cabeza.

—¿Y esa pelada qué? ¿Dónde la conoció?

Malagón acomodó la foto entre sus manos.

—En el colegio… —respondió— de esas que uno ve todos los días y ni cuenta se da… hasta que un día sí.

Palomeque no dijo nada.

—Allá en Medellín… —continuó Malagón— mientras uno estaba era pensando en bobadas… y vea ahora… uno aquí y ella allá.

El viento volvió a soplar.

—Entonces aguante mi lanza… —dijo Palomeque— que aquí el que se descuida no llega ni a contar la historia.

Malagón apretó la foto.

—Sí… ya casi.

Palomeque volvió a su posición.

El dedo cerca del gatillo.

La mirada fija.

—Malagón…

—¿Sí?

—No se duerma profundo.

Malagón acomodó su cuerpo en la hamaca.

—No… hoy no.

La noche siguió su curso, silenciosa, fría y cargada de algo que ninguno de los dos podía ver…pero que ambos sabían que estaba ahí.

Una gran fila se ve a lo lejos; los ojos cafés de Danny eran golpeados por la impresionante ola de brillo que le daba en el rostro mientras avanzaba hacia la fila para preguntar cómo prestaba el servicio militar.

—Parcero, ¿cómo vamos?, ¿esta fila para qué es?
—Parce, salga a correr más bien, que estos manes se están llevando al que sea para el batallón.
—¿Pero si yo quiero que me lleven?…

La mirada del joven a quien preguntó se volvió algo turbia, que simplemente lo dejó parado hablando solo… esa era la fila para los que querían comprar la libreta militar.

—Mijo, ¿usted qué?, váyase para la cola, hombre —le dijo una persona con el uniforme pixelado, algo afanado por huir de ese rayo de sol que estaba golpeando a la gente y a él claramente…

—Hola, señor, es que yo quiero que me lleven…

De inmediato toda la fila lo miró con asombro y la ciudad pareció que cayó por un milésimo de tiempo para escuchar lo que dijo Danny.

El soldado era casi del mismo tamaño que Danny y un poco más flaco, pero eran casi similares; el soldado solo lo arrastró hacia una sombra de árbol, lejos de la fila, para hablarle sobre su decisión…

—Oiga, pero ¿usted fue que se embobó o qué?, ¿no ve que ahora todos van derechito a cargar morral con los profesionales?, si en mi tiempo fue mal, ahora es peor, porque eso sí son los propios combates.

Danny dijo sin vacilar:

—Eso es lo que yo quiero, ¿cuál es el problema?

El asombro no salió del soldado al oír este argumento.

—Bueno, papi, mire, yo estuve en Sumapaz, que es la región donde va a lanzar la operación; si quiere lo presento con mi mayor Lancheros, pero la verdad, la verdad, eso es pesado, yo estuve en el Sumapaz y no veía la hora de que esa

vaina terminara; yo solo pensaba en Luisa, ella es la que vengo firme a levantarme.

—¿Cuál Luisa?

—Esa del colegio INEM de la sede en Medellín.

—Yo estudié ahí.

—¿Serio? Yo estaba apenas para irme a Bogotá, y ella apareció con su faldita de colegio, uff, severa reina, y me dio de tomar una gaseosa con pan que vendían en el colegio; veníamos de caminar por ahí en la ciudad y ella salió toda mamasita de los salones del primer piso, y nos dimos los picos, y lo más elegante es que le rogué a mi comando que me dejara esperarla, y efectivo, mijo, la esperé y cuadramos el parchecito, ella fue al batallón en la noche, llegó en una moto; cuando llegamos a una casa, dizque de un amigo de no sé quién, me lo fue dando sin más, jajaja…

En ese momento fue algo salido de la locura; en Danny fue como algo de pena ajena, pero no dijo una palabra, sabía que era Luisa la de su salón y muchos recuerdos llegaban a su mente; no podía creer aquella historia, de alguna manera, el soldado Malagón estaba fascinado con Luisa, al punto que le comentó a Danny que se la iba a llevar a vivir y todo, que ella le envió cartas y todo, y pues que ya se habían visto varias veces mientras terminaba de prestar el servicio.

—Entonces sí pilla, mire, esto aquí es pesado; yo volví fue de pura chimba porque un sargento que estuvo desde 1995 era muy sagaz ya y se dio cuenta de una emboscada que nos tenían en unos cerritos; él se olió cómo era la vuelta y disparó de una vez a esos cerros, y efectivo, yo era el que iba de

puntero y él me dijo por el radio que parara la tropa; íbamos uno detrás del otro, y eso fue pesado, apenas le dispararon, tiraron unas granadas que me estaban esperando, y eso fue el tastaseo ni el más madre; de eso salió un soldado que perdió el ojo y de ellos como cinco muertos; ese día me gasté toda la munición porque solo pensaba en Luisita… por eso le digo que mejor compre esa vaina y suerte de aquí…

—La verdad yo quiero irme, no tengo vuelta atrás.

—Hágale pues, si eso quiere, vamos, y hasta le paso todo lo que me sobra, porque por allá yo no vuelvo, la verdad… vamos pues.

El soldado Malagón le hizo una seña con la cabeza.

—Venga pues, sígame.

Danny lo siguió sin decir mucho, dejaron atrás la fila, el ruido, la gente hablando, el calor… y se metieron por un pasillo angosto que llevaba hacia una parte más interna del lugar.

El ambiente cambió de inmediato.

Ya no había tanto movimiento.

Solo pasos firmes, voces más serias y ese olor a encierro mezclado con tela vieja y sudor seco.

Entraron a una sala.

Era amplia, silenciosa… distinta.

En las paredes colgaban banderas, cuadros grandes con fotografías de soldados en formación, otros en combate, algunos con placas que tenían nombres grabados. Había vitrinas con cascos viejos, radios, botas desgastadas… como si cada cosa tuviera una historia que nadie contaba.

Danny caminaba despacio.

Mirando todo.

Absorbiendo.

—Mire —dijo Malagón—, eso no es decoración… eso es gente que ya no está.

Danny se detuvo frente a un cuadro.

Un grupo de soldados, serios, formados.

Abajo… nombres.

Fechas.

Algunas cortas.

Demasiado cortas.

—Todos esos pensaban que iban a volver… —continuó Malagón, con voz más baja— todos tenían algo… una mamá, una novia… un plan.

Danny no respondió.

Solo miraba.

—Por eso le digo, piense bien… —añadió— porque una vez usted cruza esa puerta… ya no es lo mismo.

Se hizo un silencio.

A lo lejos se escuchó una voz fuerte.

—¡Malagón!

—¡Ya voy, mi sargento! —respondió.

Se volteó hacia Danny.

—Bueno, ¿sí o no?

Danny levantó la mirada.

—Sí.

Sin dudar.

Malagón lo miró unos segundos… como midiendo si hablaba en serio.

—Listo pues… —dijo finalmente— entonces venga, que esto apenas empieza.

Caminó hacia otra puerta.

Una más pesada.

De esas que no suenan… pero pesan.

Danny lo siguió.

Y al cruzarla…

dejó de ser el mismo.

Ya no era el pasillo, ni la sala de los cuadros.

Era otra cosa.

Una oficina amplia, ordenada… pero cargada.

Las paredes no estaban vacías. Estaban llenas de historia.

Cuadros grandes colgaban uno al lado del otro: formaciones impecables, tropas en selva, helicópteros levantando polvo en medio de operaciones, soldados con el rostro pintado mirando fijo al horizonte, en algunos, el tiempo había opacado los colores, pero no la intensidad.

Había banderas.

La de Colombia, firme, extendida, con ese amarillo que parecía más fuerte ahí adentro, a un lado, la bandera del Ejército, perfectamente ubicada, como vigilando cada movimiento dentro del lugar.

Una vitrina de vidrio reposaba contra la pared.

Dentro, condecoraciones alineadas con precisión.

Medallas de distintos tamaños, algunas brillantes, otras más opacas por los años, pero todas con algo en común: no estaban ahí por casualidad.

Cada una significaba algo.

Tiempo.

Dolor.

Sobrevivir.

En un rincón, un casco abollado.

Al lado, un radio antiguo.

Más allá, una placa metálica con nombres grabados.

Nombres que no volvían.

Sobre el escritorio, todo estaba en orden.

Papeles, carpetas, un arma corta perfectamente ubicada, y detrás, una silla firme, imponente, como si no cualquiera pudiera ocuparla.

Pero lo que más llamó la atención de Danny… fueron las fotos.

Había varias.

Algunas de grupo, otras individuales.

En una, un oficial más joven, con la mirada firme, rodeado de tropa en medio del monte.

En otra, el mismo hombre… pero con más edad, más serio, más marcado.

El mismo.

El Mayor.

Danny no sabía por qué…

pero algo dentro de él se movió.

No era miedo.

No era duda.

Era otra cosa.

Algo más profundo.

Como si todo lo que estaba viendo le estuviera hablando sin decir una sola palabra.

Como si cada cuadro, cada medalla, cada nombre… le mostrara lo que significaba estar ahí.

Sintió el peso.

Pero también…

algo más.

Una especie de orgullo anticipado.

De querer estar en una de esas fotos.

De querer ganar una de esas medallas.

De no quedarse afuera.

De no ser uno más.

Respiró profundo.

Y en medio de ese silencio lleno de historia…

Danny entendió algo.

Ya no estaba pensando en si debía hacerlo.

Ya estaba pensando…

en hasta dónde iba a llegar.

La puerta se abrió con firmeza, pero sin estruendo, danny giró apenas el rostro y lo vio entrar, el Mayor Lancheros no era un hombre exageradamente alto, pero tenía algo en su forma de caminar que hacía que el espacio se sintiera más pequeño cuando él estaba dentro, su uniforme estaba impecable, bien ajustado al cuerpo, con cada insignia en su lugar, con las botas lustradas y con una expresión endurecida por años de monte, frío y pólvora, tenía el rostro marcado por el sol y por la intemperie, como si la piel ya se hubiera acostumbrado a resistirlo todo, su mirada era fija, pesada, de esas que no parecían mirar por encima, sino atravesar a la persona que tenía al frente.

Danny se puso recto por instinto.

El Mayor dejó unos documentos sobre el escritorio, se quitó lentamente la gorra, la acomodó a un lado, y solo después clavó los ojos en el muchacho que tenía delante.

—¿Así que usted es el que quiere que se lo lleven? —preguntó con voz seca, sin sentarse todavía.

Danny tragó saliva, pero no retrocedió.

—Sí, mi Mayor.

Lancheros lo observó unos segundos sin decir nada, como si quisiera medirle hasta el último pensamiento.

—Vea pues… —dijo al fin, caminando despacio alrededor del escritorio—. Afuera hay cientos tratando de zafarse, buscando cómo pagar la libreta, inventándose excusas, llorando que porque la mamá, que porque el estudio, que porque el trabajo… y usted viene a decirme que quiere que lo mande.

—Sí, mi Mayor.

—¿Y por qué?

Danny sintió que la oficina se le vino encima un segundo, los cuadros, las medallas, las banderas, el escritorio, todo parecía mirar la respuesta.

—Porque quiero servir, mi Mayor… y porque no me gusta quedarme quieto mientras esa gente sigue matando a los nuestros.

El Mayor lo siguió mirando, pero esta vez hubo algo distinto en su expresión, no era aprobación todavía, era otra cosa, quizás curiosidad.

Caminó hasta la ventana, afuera el brillo del día todavía golpeaba duro el patio y la fila, se quedó de espaldas unos segundos.

—Muchos dicen eso al principio —murmuró—. Muchos llegan aquí creyendo que esto es cuestión de rabia, de ganas, de orgullo… como si la guerra fuera una película donde uno sale más hombre por cargar un fusil, pero la guerra no vuelve hombre a nadie, la guerra lo que hace es desnudarlo a uno, lo deja tal cual es… o lo termina de romper.

Luego giró nuevamente y volvió a mirarlo.

—Acérquese.

Danny obedeció.

El Mayor levantó la mano izquierda y la puso sobre el escritorio, ahí fue cuando Danny lo vio bien.

Le faltaba un dedo.

No era una cicatriz reciente, era una ausencia antigua, cicatrizada, endurecida, como si el cuerpo hubiera tenido que aprender a vivir con esa falta hacía mucho tiempo, el muñón corto, grueso, contaba una historia sin palabras.

Lancheros notó la mirada del joven.

—¿Lo vio? —preguntó con una seriedad pesada—. Esto no me lo quitó un accidente de cocina.

Danny no respondió, solo asintió levemente.

El Mayor apoyó la mano entera sobre la madera, como obligándolo a mirar.

—Fue en una toma… y no una cualquiera, allá arriba, donde el frío no le da tregua a nadie y la neblina se le mete hasta los pensamientos, habíamos salido de madrugada, éramos varios, la orden era sencilla en el papel: avanzar, reconocer, limpiar, sostener, en el papel todo suena limpio, en el monte, no.

Hizo una pausa, y Danny sintió que la oficina desaparecía poco a poco detrás de las palabras.

—La patrulla iba abriendo paso despacio, adelante, el puntero, atrás, el resto, pegados, mirando cada mata, cada piedra, cada sombra rara, había un silencio

maluco… de esos que el monte pone cuando algo no está bien, los pájaros no sonaban, el viento no se sentía igual, usted aprende eso allá: cuando hasta la naturaleza deja de hablar, es porque alguien ya la obligó a callarse.

Danny no pestañeaba.

—Íbamos subiendo una loma angosta —continuó el Mayor—. A la izquierda, barranco. A la derecha, monte cerrado, un corredor perfecto para matarnos como a perros, yo iba revisando el mapa y escuchando por radio cuando el primero levantó la mano, nadie avanzó más, ahí ya sabíamos que algo olía raro, y en esas… el infierno.

Se quedó callado un segundo, pero no por dudar, sino como si estuviera viendo la escena otra vez.

—La primera ráfaga no sonó como en las películas, sonó seca, corta, mortal, tumbaron al de adelante y al segundo lo dejaron gritando, luego vinieron las granadas, una detrás de otra, la tierra se abrió, la neblina se volvió humo, y uno ya no sabía si estaba respirando barro o pólvora, nos estaban esperando desde arriba, ya tenían las distancias medidas, ya sabían por dónde íbamos a pasar, esa no fue una emboscada improvisada… eso fue una cacería.

Danny sintió un peso extraño en el pecho.

—¿Y su dedo, mi Mayor? —preguntó casi sin darse cuenta.

Lancheros bajó la mirada a su mano.

—Una granada, rebotó cerca de una piedra, yo alcancé a gritar cobertura, pero ya no había tiempo. La onda me sacudió entero, sentí fue el golpe… como si me hubieran metido un martillazo prendido en candela, cuando miré la mano, el

dedo ya no estaba, no me dolió de una, eso fue lo más raro, primero vi la sangre, después vi el guante roto, después me di cuenta de que me faltaba algo, pero no había tiempo para ponerse a llorar por eso.

Su voz se endureció más.

—Tenía dos opciones: tirarme a morir ahí como un bobo… o seguir mandando, y seguí mandando, porque mientras uno respire, uno manda, mientras uno pueda apretar el fusil, arrastrarse o gritar una orden, sigue peleando, ese día saqué gente viva de allá, otros no salieron, y los que salimos… no volvimos siendo los mismos.

El silencio dentro de la oficina se volvió más pesado, afuera todavía existía el mundo, pero ahí adentro parecía que ya solo cabían el monte, la sangre y la decisión.

El Mayor se sentó al fin detrás del escritorio, cruzó lentamente los brazos y miró a Danny con más dureza.

—Así que piénselo bien antes de seguir respondiéndome tan fácil, muchacho, porque si usted entra, no entra a posar para una foto, entra a cargar hambre, frío, barro, miedo, sueño, y a saber que cualquier paso puede ser el último, entra a ver caer gente, entra a obedecer. Entra a dejar de ser el rey de su casa para volverse una pieza más. ¿Todavía quiere?

Danny respiró hondo.

La historia del dedo, el combate, la oficina, las medallas, todo en vez de asustarlo lo había amarrado más.

—Sí, mi Mayor.

Lancheros lo sostuvo con la mirada varios segundos, esta vez ya no había duda de que el pelado hablaba en serio.

—Bueno… —dijo al fin, recostándose en la silla— entonces le voy a hablar claro, lo necesitamos.

Danny sintió que esas palabras le retumbaron distinto.

—El país no está en calma, y donde más se va a sentir lo que viene… es en Sumapaz, allá se está cocinando una operación grande, la más fuerte para recuperar esa localidad y sus alrededores, para volver a meter presencia donde durante mucho tiempo solo ha mandado el miedo, eso no va a ser entrar saludando, eso va a ser pelear casa por casa, camino por camino, loma por loma, trocha por trocha, y para eso se necesita gente, gente que aguante. Gente que no se me quiebre al primer disparo. Gente que quiera estar.

Danny apretó la mandíbula.

—Yo quiero estar, mi Mayor.

Lancheros asintió apenas, como si esa respuesta cerrara algo dentro de él.

—Eso lo dirá el monte después —contestó—. Por ahora, lo que hay es intención. Y la suya, por lo menos, no se ve floja.

Tomó el teléfono del escritorio, marcó rápido un número interno y esperó apenas dos segundos.

—¿Malagón?… venga a mi oficina de una vez.

Colgó.

Luego volvió a Danny.

—Hoy ya no le van a hacer el papeleo, ya es tarde para mover eso como toca, mañana temprano le toman datos, firmas, revisión y todo el resto, esta noche se queda aquí, quiero que vea desde ya dónde se está metiendo y que no me salga con que mañana amaneció arrepentido.

Danny negó con firmeza.

—No, mi Mayor.

—Más le vale.

A los pocos segundos tocaron la puerta.

—Siga —ordenó Lancheros.

Malagón entró casi de inmediato, cuadrándose de manera automática.

—A la orden, mi Mayor.

Lancheros señaló a Danny con una inclinación corta del mentón.

—Este muchacho se queda, me lo lleva al alojamiento, que pase la noche allá, mañana temprano lo trae para el papeleo, quiero que le muestre dónde va a dormir, dónde se baña y cómo se mueve esto. Sin payasadas.

—Sí, mi Mayor.

Malagón miró a Danny de reojo, entre sorprendido y resignado, como quien no termina de entender cómo alguien puede entrar voluntariamente a ese mundo.

—Y escúcheme bien, Malagón —añadió el Mayor—. No me lo deje muy cómodo. Que no crea que esto es paseo.

—Entendido, mi Mayor.

Lancheros volvió a clavar los ojos en Danny una última vez.

—Descanse lo que pueda esta noche, a partir de mañana, ya no le va a pertenecer igual ni el sueño.

Danny asintió.

—Sí, mi Mayor.

—Retírense.

Malagón hizo una seña leve con la cabeza.

Danny dio media vuelta, pero antes de salir volvió a mirar la oficina una última vez: las medallas, los cuadros, las banderas, el casco, las fotos, la mano incompleta del Mayor reposando sobre el escritorio, sintió que acababa de entrar por una puerta que ya no se iba a cerrar detrás de él.

Salieron.

La puerta quedó atrás.

Y mientras caminaba junto a Malagón por el corredor, con la tarde muriéndose poco a poco afuera, Danny supo sin necesidad de decirlo que esa noche no iba a dormir como civil.

—Esto aquí está súper lleno de gente, a lo bien.
—Normal, aquí si ligamos pues alguito.
—Pero este nivel está muy bajo, a lo serio; yo mejor no le hubiera hecho caso, a lo bien, mi mamá me insistió tanto, pero tanto… jamás la había visto así, yo creo que ella presentía algo… vámonos más bien, en serio.
—Aaaa, pero ¿qué?, deje la vaina, mire que Yuranni me dio permiso de salir, jajaja…

La noche una vez abrazaba a Medellín, un sábado como cualquier otro, salieron todos los jóvenes a distraerse un rato en medio de tantos problemas personales y familiares con los que convivían, una moto aquí, otra moto allá; la discoteca El Scorpion estaba a reventar ese día, música vallenata… “un osito dormilón le regalé… ayúdenme para enamorarla…” y otras canciones del momento, era una disco muy frecuentada por mucha gente de todos los estilos.

—Oe, ahí llegó Yura…

Ella ese día estaba despampanante, con un vestido color negro tipo falda, cabello suelto, labios maquillados con un rojo intenso y una loción que se sentía a kilómetros de festitas.

—Hola, muchachos, ¿cómo están?… hola, mor…

Dio un beso a Jhon y se sentó a la mesa como una más de su círculo de amistad.

—Amor, por ahí me dijeron que a Danny lo dejaron en el batallón… él sí se tomó esa vaina en serio.
—Aaa, ¿cómo así? Con razón lo llamé harto y nadie me dio razón… vea pues, se cumplió el sueño del man…

De inmediato Andrés metió parte de su cuchara en la conversación:

—Este man, muy pelota, a lo bien… estaría aquí tranquilito sin necesidad de nada más. Hoy sí, hoy espere y verá que me levanto una pelaita…

En sí, Andrés no era muy bueno para las mujeres; era muy extrovertido, pero no con ellas.

—Yura, estás muy hermosa… ¿y todo eso de quién es?
—Tuyo, mi amor… ya sabes…

Y un beso se dieron entre los dos.

—Vamos, ¿bailamos un ratico?
—Vamos…

Las pistas fueron sonando y siendo bailadas por los jóvenes, al llegar una hora alta de la noche, un tipo de la nada decidió tocarle las caderas a Yuranni sin decir más:

—Esta sí es una mamasita… ¿y con este man tan gurre?

—Oiga, respete, ¿qué le pasa? —dijo eufórica Yuranni al ver que habían traspasado su dignidad.

De inmediato Jhon golpeó al tipo con una botella de aguardiente antioqueño, que no le hizo mayor daño por el uso de la gorra del sujeto.

—Vos no sabes quién soy yo… espere y verá que te voy a quebrar.
—Hágale, mijo, que pa’ morir nacimos…

Todo se volvió una total odisea de combate, un desorden absoluto de peleas, ingresó la seguridad del lugar; lo que antes era un paraíso bailable se convirtió en un descontrol absoluto.

Todo se volvió una total odisea de combate, un desorden absoluto de peleas, ingresó la seguridad del lugar; lo que antes era un paraíso bailable se convirtió en un caos sin control.

El piso estaba pegajoso por el licor derramado, las botellas rotas crujían bajo los zapatos, las mesas volcadas parecían obstáculos en medio de una guerra improvisada, la música seguía sonando… pero ya no era fiesta, era ruido, gritos, insultos, empujones… una energía pesada que se había salido de las manos.

Afuera, la noche de Medellín ya no abrazaba… apretaba.

Y entonces se escuchó.

Primero lejos… como un rumor.

Luego más cerca…

Un motor grueso, pesado.

No era una moto.

No era un carro cualquiera.

Era un camión.

Uno militar.

De esos que no pasan desapercibidos.

Entró a la vía levantando polvo y tensión, frenó en seco frente a la discoteca, las luces iluminaron por un segundo a todos los que estaban afuera, como si los hubieran descubierto en algo que no debían.

Las puertas traseras golpearon.

¡CLANG!

Y de inmediato bajaron.

Botas negras, firmes, pesadas, golpeando el pavimento con autoridad, uniformes pixelados, sudados, con ese olor a tela de monte que no se quita fácil, fusiles colgados con naturalidad, como si fueran parte del cuerpo.

Las caras serias.

Sin emoción.

Sin preguntas.

Esa noche Medellín no había sido la mejor… y ellos lo sabían.

—¡TODO EL MUNDO QUIETO! —retumbó la voz de uno de los soldados.

No fue un grito cualquiera.

Fue una orden.

Y se sintió.

El que corría, se frenó.
El que gritaba, se calló.
El que peleaba, soltó.

El ambiente se congeló por un segundo.

—¡HOMBRES A LA DERECHA! ¡MUJERES A LA IZQUIERDA! ¡YA!

El movimiento fue inmediato.

Desordenado.

Empujado.

Inevitable.

Las manos separándose, los cuerpos cruzándose, las miradas buscando a alguien en medio del caos.

Yuranni sintió cómo la apartaban.

Su brazo se soltó del de Jhon.

Fue llevada hacia la izquierda, entre otras mujeres, algunas asustadas, otras molestas, otras simplemente en shock.

Jhon intentó acercarse… pero una mano firme en el pecho lo detuvo.

—¡Pa’ ese lado!

Lo empujaron.

Y quedó con los hombres.

—¡DOCUMENTOS EN LA MANO!

Los soldados comenzaron a avanzar uno por uno.

Mirando.

Midiendo.

Evaluando.

No era solo un control.

Era selección.

—¿Edad?

—Dieciocho…

—Suba.

El soldado no dudaba.

No explicaba.

Solo decidía.

—¿Edad?

—Diecinueve…

—Suba.

El camión empezaba a llenarse.

Metal contra metal.

Botas subiendo.

Respiraciones agitadas.

—¿Edad?

—Dieciocho… —respondió Jhon, aún con la adrenalina de la pelea en el cuerpo.

El soldado lo miró directo.

Un segundo.

Suficiente.

—Suba.

No hubo más.

Jhon apretó la mandíbula.

Miró hacia el otro lado.

Buscó a Yuranni.

Pero ya lo estaban empujando.

Subió.

El metal frío del camión le recibió los pies.

Andrés venía atrás.

—¿Edad?

—Dieciocho… pero vea, mi sargento, yo—

—¡SUBA!

No hubo espacio para más palabras.

Subió.

—Noo, a lo bien, esto sí no era el plan… —murmuró entre dientes, mirando alrededor.

Entre los que subían, también estaba él.

El de la gorra.

El mismo que había tocado a Yuranni.

Subió con una sonrisa torcida, acomodándose como si nada hubiera pasado.

Miró hacia abajo.

Buscó.

Encontró.

—Pa’ que lo sepa, sapo… me llamo Camilo —dijo, señalando con la barbilla.

Jhon lo miró fijo.

Sin miedo.

Sin respuesta.

Pero con algo más.

El camión se cerraba.

Puertas golpeando fuerte.

¡CLANG!

—¡CIERREN!

El motor rugió otra vez.

Más fuerte.

Más pesado.

Y comenzó a moverse, primero lento, como tomando fuerza, luego avanzando, llevándose todo.

Desde abajo…

Yuranni quedó quieta, el vestido negro ajustado, el cabello suelto moviéndose con el aire de la noche, ese perfume que aún flotaba… ahora mezclado con el humo, el sudor y el caos.

No gritó.

No corrió.

Solo miró.

Y ahí…

En la parte trasera del camión…

Jhon.

De pie.

Sujeto del metal.

Mirándola.

Ambos se quedaron ahí.

Conectados en silencio.

Como si el ruido desapareciera.

Como si el tiempo se estirara.

Sin poder decir nada.

Sin poder hacer nada.

Solo mirarse.

El camión siguió.

Se fue alejando.

Las luces de la ciudad comenzaron a tragárselo poco a poco.

Primero las botas.

Luego las caras.

Luego la silueta.

Hasta que solo quedó la distancia.

Yuranni no se movió.

Seguía ahí.

Perfecta.

Firme.

Pero ya no era la misma.

Y en ese cruce de miradas que se desvanecía en la noche…no solo se despedían.

Se estaban perdiendo.

El camión sonaba con cada bache que cruzaba; iba a la máxima velocidad que podía ese motor, no respetó ningún semáforo, solo se enfocó en llegar, dentro del camión no había sillas, solo una cuerda en el medio para poder sostenerse, lo peculiar era ver el rostro de los jóvenes que se estaban chocando con lo desconocido y nada podía evitarlo; uno de ellos tenía una guitarra al hombro, y uno de los soldados le dijo:

—Ya sabemos quién va a tocar los villancicos en diciembre…

Y solo los soldados rieron; el resto permaneció en total silencio.

El camión continuó custodiado por varias motos, hasta que por fin se detuvieron…

—Bueno, bueno, pirobos… se fueron bajando…

Y como si fuera ganado, se tiraron todos en manada.

—A ver, vayan dejando todas sus cositas ahí en esa silla, que ya el soldado Martínez les hace el inventario…

—Oigan, este a mí me va es soltando, cafuche malparido…

De inmediato un soldado lo golpeó en el estómago y le dijo:

—Váyase acomodando, flaco, que si no aquí sí va a recibir más de uno así… a ver, suelte esa guitarra, a ver…

El ambiente era de tensión absoluta, era una plaza gigantesca la que los había recibido, llena de escudos militares, algo muy prusiano, estilo castillo; era una planta de tres pisos y en todas tenía astas para poner banderas, y en medio de la plaza un lugar totalmente diseñado para ser el pabellón de los acusados, o así lo veían los demás.

Se escuchaban voces de mandos dando órdenes y muchas personas corriendo de un lado a otro sin parar; lo curioso era que, siendo tan de madrugada cuando llegaron, no era raro ver todo ese movimiento a esas horas.

—Aa, sí pilla, Jhon… ahora nadie nos va a salvar por culpa suya… si me matan es culpa suya, bobo…
—Eso no va a pasar, home… mi mamá ahora nos saca de aquí…

Para su mala suerte, el soldado Martínez lo escuchó.

—Eso siga soñando, tontaso, que así se va a quedar… oiga, mi sargento, a este disque ya viene la mamá a sacarlo de aquí…

De inmediato todos los soldados se rieron a carcajadas, y unos decían:

—Este sí es mucho bobaso…

—A ver, ¿qué es la guachafita con los reclutas?, ¿qué pasó ahora?

En ese momento llegó el mayor Lancheros al lugar.

—Mi mayor, sin novedad, aquí recibiendo los reclutas… ¿qué ordena?
—¿Cómo que qué ordeno?, ¿ya les quitaron las cosas?
—Sí, señor —respondió el soldado sin vacilar y muy, pero muy computarizado—.
—Bueno, eso es de una vez, para que no vengan las mamitas… móntelos en la buseta del cabo Ramírez y que se vayan a la base de Bogotá…

Con solo terminar esta frase, el resto de soldados dijeron:

—¡Como ordene, mi mayor!

Y sin más, otra vez como ganado los fueron llevando a la buseta que les habían indicado.

—¿Sí ve, parce? Con razón mi mamá estaba toda eufórica… no, parce, tengo unas ganas de llorar, a lo bien…

Jhon estaba estupefacto, no salía de su asombro; solo pensaba que en un momento tenía a Yuranni, la mujer que siempre soñó, y ahora nuevamente la había perdido solo por una fiesta, recordó que su madre le decía que le gustaba ese tal Scorpion porque siempre pasaba algo… esa vez sí pasó, y le tocó a él.

Se subieron a los gritos de:

—¡Rápido, rápido, a ver, reclutas!

Al sentarse como pudieron y sin conocerse, el automóvil comenzó a avanzar y todos empezaron a sentir que una parte de ellos quedaba en ese lugar para siempre; era como si algo muriera dentro de ellos lentamente y se separara de ellos.

—A ver, reclutas… bienvenidos a la guerra…

Muchos comenzaron a llorar, otros a rogar a Dios y a hacer miles y miles de promesas, pero Andrés solo ya comenzaba a mirar con odio a su parcero que lo metió en ese problema.

Jhon iba en la primera silla pensando en cómo recuperar a su flaca; solo pensaba en ella, su mente no podía salir de ese colapso de saber que la dejó vestida de negro, con su aroma a fresitas, así, sin más.

De un momento a otro, solo escuchó una voz que se volteó a donde él estaba y le dijo:

—¿Cómo va, parcero?

Una gran sonrisa había surgido en medio de todo.

Era Danny.

Escuela de formación julio del 2003

El frío aumentaba conforme avanzaban las horas, eran cinco camiones, custodiados por algunas motos, con rumbo a Bogotá, la vía era un total espanto: solitaria, abandonada, marcada por historias de pescas milagrosas y retenes de la guerrilla, nadie se atrevía a pasar por ese lugar; solo lo hacía el Ejército, fuertemente armado y dispuesto a disparar todo lo que fuera necesario.

Las curvas no terminaban nunca. Una tras otra, como si el camino no quisiera soltarlos, y nada que llegaban, el destino seguía siendo desconocido.

Dentro de los camiones, el panorama era otro, la mayoría de los jóvenes dormía profundamente, rendidos, como si ya se hubieran entregado a la desgracia que en silencio cada uno aceptaba, nadie hablaba, nadie reaccionaba.

Pero Jhon no podía dormir.

Miraba el techo del camión, tratando de conciliar el sueño, sin lograrlo.

—Oe, Danny…
—Decime, Jhon.
—Aquí es donde necesito que me ayudes… ¿cómo es que no estás estresado? ¿Cómo haces para que esto no te afecte?

Danny soltó una leve risa, sin burlarse, más bien como quien ya había pensado en eso antes.

—La verdad… no me da miedo esto, primero, porque yo quería, y segundo… porque me está esperando mi mamá en la casa, esa es la motivación que llevo.

Hizo una pausa corta y luego continuó:

—Mire, Jhon, búsquese una razón para no perder la esperanza, yo me la pasé escuchando historias de otros soldados en el batallón, y todos decían lo mismo… siempre hay algo que lo mantiene a uno firme, échele cabeza.

Las palabras quedaron flotando en el aire.

Jhon cerró los ojos un momento… y pensó en Yuranni.

Recordó su aroma, la forma en que sonreía, la suavidad de su cabello deslizándose entre sus manos, recordó sus labios, su risa, las noches en las que se quedaba dormido sobre su pecho, sintiendo que el mundo, por un instante, estaba en orden.

Pensó en todo lo que no le había dicho.

En que quería casarse con ella, en que quería una vida juntos, sin guerra, sin miedo, solo los dos.

Sintió un nudo en la garganta.

Sacó lentamente su billetera, dentro estaba la única foto que tenía de ella, Yuranni, con su vestido negro, sonriendo justo como a él le gustaba… como si le hablara desde ese pequeño pedazo de papel.

La miró en silencio.

Luego la besó.

Y la guardó nuevamente.

Esa sería su razón.
Esa sería su forma de no rendirse.

Los camiones entraron a Bogotá cuando la noche todavía no terminaba de irse, la ciudad apenas empezaba a mostrar sus primeras luces, pálidas, frías, como si ni siquiera quisiera despertarse del todo para recibirlos, desde la parte trasera del vehículo apenas se alcanzaban a ver las sombras de algunos edificios, postes interminables, rejas altas y muros grises que iban apareciendo a ambos lados de la vía. Nadie les explicaba nada. Nadie les decía a dónde iban. Solo avanzaban.

Jhon se había quedado con la imagen de Yuranni todavía latiéndole en el pecho cuando sintió que el camión redujo la marcha, las llantas crujieron sobre el pavimento húmedo, luego sobre una superficie más áspera, y finalmente se detuvieron, en ese instante el silencio duró apenas un segundo, porque enseguida una voz brava, gruesa, cargada de desprecio, rompió la quietud.

—¡Bájenme ya, hijueputas! ¡Muévanse, que esto no es paseo!

Otra voz se montó encima de la primera:

—¡Rápido, señoras, rápido! ¿O es que las trajeron a dormir?

Los muchachos se incorporaron como pudieron, todavía entumecidos por el viaje, por el miedo y por el sueño mal dormido, las manos se les enredaban con el borde del camión, con la cuerda del centro, con las mismas piernas, torpes después de tantas horas, el primero en bajar casi se resbala, y eso arrancó una carcajada seca de varios soldados que ya los esperaban abajo.

—¡Mírelo, mírelo! ¡Y todavía no empieza y ya se quiere partir la jeta!

Apenas pisaron el suelo sintieron el verdadero frío de Bogotá, no era el frío de carretera ni el aire cortante de la madrugada en movimiento, era otro, este se metía por la nariz y bajaba como una navaja hasta el pecho, les entraba por las

mangas, por el cuello, por las botas, era un frío quieto, disciplinado, militar, un frío que parecía vivir ahí, pegado a las paredes, a los corredores y a las rejas de esa unidad.

El lugar imponía desde la primera mirada, rejas altas, muros extensos, de un gris viejo, lavado por lluvias de muchos años, edificios de concreto sin ninguna intención de ser amables, a lo lejos se alcanzaban a distinguir hangares bajos, fachadas rectas, ventanales oscuros y algunas luces amarillas todavía encendidas, como ojos cansados vigilando el amanecer, el concreto sudaba humedad y el aire olía a tierra fría, a tela mojada, a combustible, a metal y a sopa recalentada de cocina de tropa, todo parecía diseñado para dejar claro que allí adentro el hombre no valía por lo que había sido afuera, sino por lo que aguantara desde ese momento.

Los hicieron caminar casi trotando por un corredor ancho hasta una cancha de fútbol de arena, no era una cancha para jugar; era una cancha para formar, para castigar, para cansar cuerpos, la arena estaba húmeda y apelmazada en algunas partes, pero en otras era suelta y se metía de inmediato en las botas, a un lado había graderías viejas de cemento, cortas, frías, despintadas, más allá, unos reflectores altos parecían árboles de hierro, detrás se levantaban varios bloques de alojamiento y oficinas, sin color, sin alegría, con ventanas idénticas y puertas pesadas, el cielo estaba encapotado, blanco sucio, y la neblina ligera de la mañana hacía que todo pareciera aún más hostil.

—¡En línea, carajo! ¡En línea! ¡No me armen esa recocha, que no vinieron a una finca!

Los reclutas se fueron acomodando como pudieron, hombro con hombro, algunos todavía medio dormidos, otros muertos de susto, otros queriendo aparentar firmeza, danny se puso a la derecha de Jhon, Andrés quedó un poco

más atrás, Camilo, a unos metros, volteó apenas la cara y lo miró, no era una mirada cualquiera, era odio puro, masticado desde hacía horas, quizás desde antes de subirse al camión, no dijo nada, pero no hacía falta, sus ojos decían suficiente: si estaba ahí, era por culpa de alguien, y para él ese alguien tenía nombre.

Jhon intentó ignorarlo.

—Oe —murmuró Danny sin mover casi los labios—, respire despacio. No mire a nadie a los ojos.

—¿Así de feo es esto? —preguntó Jhon apenas.

Danny soltó aire por la nariz.

—Ni ha empezado.

La tropa antigua seguía caminando frente a ellos como perros de presa sueltos, oliendo miedo.

—¡Mire al frente, perro!
—¡Enderece esos hombros!
—¡Usted no vino a modelar, vino a servir!

Fue entonces cuando apareció el sargento segundo Vargas.

No necesitó gritar para imponerse, venía caminando con una seguridad seca, de esas que se notan incluso antes de ver el rango en el pecho, era un hombre de estatura media, ancho de espalda, con el rostro duro y curtido, como si el viento y la disciplina le hubieran ido tallando la cara con los años, llevaba el uniforme impecable, ni una arruga de más, ni una hebra suelta, la gorra

perfectamente ubicada, el paso medido, cuando se detuvo frente a la formación, hasta los otros soldados bajaron el ruido.

Vargas recorrió la fila con la mirada, lenta, sin afán, como quien revisa mercancía recién llegada y calcula cuánto de eso sirve y cuánto se va a romper en el intento.

—Muy buenos días, señoras.

Algunos alcanzaron a responder algo desordenado.

—¿Yo les di permiso de hablar? —dijo sin subir la voz.

Silencio total.

—Eso pensé, desde este momento entiendan algo: aquí se acabó el paseo, se acabó la maña, se acabó la delicadeza y se acabó la vida que tenían afuera, aquí no me interesan sus novias, sus mamás, sus barrios, sus cuentos ni sus lloriqueos, aquí solo me interesa una cosa: que aprendan a obedecer antes de pensar siquiera en abrir esa boca.

Caminó unos pasos más frente a ellos.

—Ahora sí, señoras, los vamos a llamar por sus nombres y van a responder: “Firme, mi sargento”. El que no responda como es, repite, el que repita mal, paga, el que pague mal, vuelve a pagar. ¿Está claro?

—¡Sí, mi sargento! —respondieron varios.

—Eso estuvo triste, empecemos.

Sacó una lista doblada y la abrió con calma.

—Jhon Escudero Mateus.

Jhon sintió que el pecho le dio un golpe por dentro.

—¡Firme, mi sargento!

—Danny Rodríguez Mora.

—¡Firme, mi sargento!

—Andrés Betancourth Arias.

—¡Firme, mi sargento!

—Camilo Cano…

Vargas levantó la vista de la lista y soltó una mueca de desprecio.

—¿Qué clase de estúpido nombre es ese? ¿Eso son dos palabras o le faltó el resto del apellido?

Algunos soldados antiguos soltaron una risa ahogada. Camilo apretó la mandíbula.

—¡Firme, mi sargento!

—Eso, por lo menos tiene voz. Siga.

Fueron nombrando a todos, uno por uno, cada nombre sonaba menos humano y más parecido a una pieza que entraba a inventario, cuando terminaron, los sacaron por grupos hacia una barbería improvisada dentro de uno de los bloques.

La fila avanzaba despacio, el lugar olía a cabello recién cortado, a desinfectante barato y a humedad encerrada, las paredes estaban manchadas por los años, había un espejo grande, viejo, rayado en los bordes, y tres sillas metálicas donde los muchachos iban cayendo como animales rumbo al sacrificio, las máquinas de pelar no descansaban. Zumbaban sin parar, devorando mechones, identidades, estilos, cualquier rastro de la vida civil.

Cuando le tocó a Jhon, se sentó sin decir palabra, la máquina le entró por la nuca y subió con una frialdad brutal, los cabellos negros fueron cayendo sobre la lona, sobre los hombros, sobre el suelo, en el espejo vio cómo desaparecía poco a poco el muchacho que había subido al camión, cuando terminó, apenas se reconoció.

Al salir, Danny ya lo esperaba, frotándose la cabeza recién rapada.

—Nos dejaron como bombillos.

Jhon medio sonrió.

—Peor. Como presos.

Andrés, que venía detrás, soltó con rabia:

—Ni presos, a los presos por lo menos les explican por qué están ahí.

Ninguno respondió.

Después vino la entrega de uniformes, los hicieron entrar a una bodega amplia, con estanterías de metal repletas de cajas, botas, chaquetas, camuflados y costales marcados con pintura negra, dos soldados sacaban tallas sin siquiera mirarles bien el cuerpo.

—Siguiente.

—Brazo.

—Pantalón.

—Botas.

—Siga.

A Jhon le dieron un pantalón demasiado ancho, una guerrera que parecía prestada y unas botas rígidas que le bailaban un poco en el talón, Danny quedó parecido, Andrés parecía envuelto en una carpa militar, Camilo recibió las cosas sin mirar a nadie, tragándose cada humillación en silencio.

Con el uniforme colgándoles, pasaron luego al área de costureras, era un salón angosto, iluminado por tubos blancos, lleno del sonido incesante de máquinas de coser, había varias mujeres mayores, con gafas en la punta de la nariz, cinta métrica al cuello y dedos veloces, el lugar olía a tela nueva, hilo, almidón y café frío, una de ellas le hizo seña a Jhon para que extendiera los brazos.

Lo miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Esto le queda grandísimo, mijo.

No fue burla, fue lástima, una lástima serena, maternal, la única mirada suave que habían recibido desde que bajaron del camión.

—Quédese quieto —dijo mientras marcaba el ruedo—. Si no, se va a enredar con eso y lo van a reventar.

Otra costurera ajustaba la cintura del pantalón de Danny.

—Cada tanda llega más flaquita —murmuró una.

—Y más asustada —respondió otra, sin dejar de coser.

Jhon se sintió extraño, esas mujeres parecían saber, sin necesidad de preguntar, que todos los que pasaban por esas manos entraban siendo una cosa y salían convertidos en otra.

De ahí los mandaron a la fila del comedor.

El comedor de tropa era grande, frío y ruidoso, mesas largas de metal, bancas ancladas al piso, un eco constante de platos, cucharones y órdenes cortas, en las paredes había carteles descoloridos de disciplina, higiene y amor patrio, cerca de la entrada un reloj enorme parecía caminar más lento que el resto del mundo, el olor era una mezcla de arroz hervido, agua de panela, verduras cocidas de más y esa grasa cansada que flota en las cocinas cuando se prepara para demasiada gente.

La comida les cayó en la bandeja sin ceremonia: un cucharón de arroz apelmazado, una sopa rala con dos pedazos mínimos de papa, una porción de lentejas casi sin aliño y un trozo de plátano cocido que parecía haber perdido toda intención de ser sabroso, nada tenía sal suficiente, nada tenía calor humano, era comida de subsistencia, comida de aguante, comida que no buscaba gustar sino mantenerte en pie el tiempo justo para seguir obedeciendo.

Jhon probó la sopa y miró a Danny.

—Esto sabe a agua cansada.

Danny tragó despacio.

—Coma. Que si no come esto, más tarde le toca tragarse el hambre.

Andrés clavó la cuchara en el arroz con rabia.

—Yo no sé por qué putas terminé aquí.

La frase quedó suspendida entre los tres.

Jhon lo miró de reojo. Sabía perfectamente por qué Andrés lo decía.

—Bájale —murmuró—. Aquí todo se escucha.

—No, Jhon, aquí ya todo da igual —respondió Andrés, con voz baja, pero cargada—. A usted le pareció muy berraco meternos en esto, muy heroico, muy bonito, pero el que va a cargar este infierno no es usted solo.

Danny levantó la vista de inmediato.

—Cállese ya.

—No me calle nada —dijo Andrés, apretando la mandíbula—. A mí nadie me va a venir a decir que esto fue decisión mía.

Jhon sintió el golpe sin necesidad de responder, porque en parte entendía la rabia, en parte sabía que Andrés sí había entrado empujado por circunstancias que otros adornaban con palabras como deber, hombría o destino.

A unos metros, sentado en otra mesa, Camilo los observaba sin comer casi nada, tenía la mirada clavada en Jhon, fija, fría, como si cada segundo que pasaba le sirviera para alimentar algo por dentro, cuando Jhon se encontró con esos ojos, Camilo no apartó la vista, apenas torció un poco la boca, no en sonrisa, sino en una mueca amarga.

Danny siguió comiendo.

—Ustedes hagan lo que quieran, yo no vine a joderme por gusto, si estamos aquí, lo mínimo es no regalarnos.

Jhon lo observó un instante, Danny ya no parecía uno más, había algo en él, una disciplina temprana, una convicción rara para alguien que acababa de llegar, hasta comía recto. Hasta la forma de sostener la cuchara parecía ensayada.

No era pose. Era decisión.

Al terminar, apenas tuvieron tiempo de dejar las bandejas cuando sonó el llamado a formación otra vez, afuera el día había pasado sin que lo sintieran, el cielo seguía gris y el viento se había vuelto más filoso, los pusieron otra vez en la cancha de arena, ya con el uniforme medio ajustado, las botas nuevas mal amarradas y el cuerpo cargado de cansancio.

El sargento Vargas salió de nuevo, esta vez con menos paciencia.

—¿Creyeron que por haber comido ya se acabó? No, señoras, lo que viene es para que entiendan dónde están paradas.

Les ordenó flexiones, abdominales, sentadillas, carrera en la arena, cuerpo a tierra, volverse a levantar, volver a tirarse, arrastrarse, saltar, formarse, desbaratar, formarse otra vez.

La arena se les metía por las mangas, por el cuello, por las botas, por la boca, el frío no desaparecía, pero el cuerpo empezaba a sudar bajo el uniforme grueso, ese contraste era peor: la espalda caliente, las manos heladas, el aliento quemando por dentro y el viento cortándoles la piel por fuera, varios comenzaron a temblar no solo por el clima, sino por el agotamiento, a uno se le aflojaron las piernas y cayó de rodillas.

—¡Arriba, carajo! —rugió un cabo—. ¡Nadie se cae hasta que yo diga!

Jhon aguantaba como podía. Cada ejercicio parecía alargarse más de lo necesario, como si el objetivo real no fuera fortalecerlos sino encontrar el punto exacto donde el orgullo empieza a resquebrajarse, miró a Danny en una pausa mínima y alcanzó a notar algo impresionante: incluso cubierto de arena, sudor y barro, llevaba las botas mejor que todos, las había brillado antes de esa última formación y, aunque ya estaban castigadas, todavía conservaban un orden, un cuidado, una intención. Danny se plantaba recto incluso cuando respiraba con dificultad, era como si entendiera de antemano que allí la voluntad también se mostraba en los detalles.

Camilo, en cambio, cumplía cada ejercicio mirando a Jhon cuando podía, no mucho, apenas lo suficiente, esa mirada breve, repetida, constante, terminó siendo peor que un grito, Andrés cada vez respiraba con más rabia que cansancio, sus movimientos ya no parecían guiados por el entrenamiento sino por una furia interna que iba creciendo con cada orden, con cada caída al piso, con cada humillación de los superiores.

Las horas se hicieron largas y deformes. Oscureció por completo, encendieron reflectores, la cancha de arena quedó bañada en una luz blanca y dura que no calentaba nada, solo hacía más visible el desgaste, el vapor del aliento se veía salir de las bocas abiertas, los rostros se iban endureciendo, ya nadie pensaba en la hora, ya nadie pensaba en el primer día como una llegada, esto no era una llegada, era un desmonte.

A las diez de la noche seguían ahí, a las once también, cada vez que alguno creía que la jornada iba a terminar, aparecía otra orden, otra serie, otro castigo colectivo por culpa del que no alzó suficiente la voz, del que no mantuvo la

línea, del que se tardó un segundo de más, aprendieron rápido una ley silenciosa del lugar: aquí paga uno y pagan todos.

Cerca de la medianoche, con las piernas convertidas en dos maderos temblorosos, los dejaron quietos, en formación.

El sargento Vargas caminó frente a la fila, los miró uno por uno, ya no parecían los mismos que habían bajado del camión, ahora tenían arena en las pestañas, barro seco en las rodillas, la piel enrojecida por el frío y el cansancio colgándoles de los hombros.

—Mírenme bien —dijo—. Esto fue apenas el saludo.

Nadie se movió.

—Aquí ustedes no valen por lo que creen ser, valen por lo que soporten, y al que no le guste, la puerta está muy lejos.

La frase quedó haciendo eco.

Jhon bajó apenas la mirada y sintió que el cuerpo ya no le pertenecía del todo, pero siguió de pie, a su derecha, Danny respiraba hondo, firme todavía, a unos pasos, Andrés hervía por dentro, su rabia ya no era una chispa pasajera; era una brasa creciendo, alimentada por el cansancio y por la certeza de que estaba allí por un camino que nunca habría escogido solo, y más allá, bajo la luz fría de los reflectores, Camilo volvió a mirar a Jhon con ese odio mudo, afilado, paciente, como si apenas estuviera esperando el momento correcto para convertirlo en algo peor.

Y así, en medio del frío de Bogotá, de la arena mojada, del concreto sin alma y de las órdenes que caían como golpes, terminó su primer día.

No con descanso.
No con alivio.
Sino con una verdad clavada en los huesos: acababan de entrar a un mundo donde el sueño, el hambre, la dignidad y el miedo ya no les pertenecían por completo, y así siguió la misma tónica durante dos semanas.

Dos semanas de frío metido en los huesos, de arena en las botas, de madrugadas rotas por gritos, de formación tras formación en aquella cancha gris de Bogotá donde el concreto sudaba humedad y el cielo parecía no abrirse nunca, dos semanas en las que los días dejaron de tener nombre y pasaron a medirse por castigos, por rancho, por barro seco en las rodillas y por la capacidad de no dejarse caer delante de los demás.

En ese tiempo aprendieron a tender la cama como si se les fuera la vida en un doblez, a lustrar las botas hasta ver en ellas una sombra de su propio rostro, a comer rápido, a bañarse más rápido todavía y a responder con la voz alta aunque por dentro se les estuviera viniendo el mundo encima, también aprendieron a distinguir las pisadas de los superiores, el tono exacto en que una orden ya venía cargada de castigo y la diferencia entre un compañero asustado y uno que estaba a punto de quebrarse.

Algunos ya se veían distintos. Danny, por ejemplo, parecía haber nacido para ese ambiente, no porque no sufriera, sino porque tenía algo raro: mientras los demás peleaban con el uniforme, con la disciplina, con el sueño y con la rabia, él se iba acomodando como si una parte suya hubiera estado esperando exactamente eso, siempre llevaba las botas mejor brilladas que el resto, el cuello de la guerrera bien puesto, la cama sin una arruga, la voz firme en la formación, y cuando tocaba correr, correr, cuando tocaba aguantar, aguantar.

—Ese man sí vino fue a quedarse —murmuró una vez uno de los muchachos, mientras alistaban los elementos para la revista de alojamiento.

—No joda, ese pelao hasta dormido parece estar firme —respondió otro.

Danny solo se reía por debajo, sin creérsela del todo, pero tampoco negándola.

Jhon, en cambio, había aprendido a sobrevivir por otra vía, aguantaba pensando en Yuranni, en la voz de ella, en la manera en que lo miraba cuando sentía que él ya estaba pensando demasiado, en el calor de sus manos, en esa foto guardada en la billetera, doblada con cuidado, como si fuera un pedazo de vida anterior que todavía se negaba a desaparecer, cada noche que llegaba vivo al catre, aunque fuera con los brazos temblando y la espalda hecha leña, la sacaba un momento, la miraba apenas unos segundos y la devolvía a su sitio, casi con miedo de que alguien le fuera a robar también ese último refugio.

Andrés, en cambio, empeoraba, al principio su rabia era un fastidio contenido, una molestia oscura que se le notaba al hablar, al comer, al acomodarse en la formación, pero con los días eso se fue volviendo otra cosa: un resentimiento espeso, silencioso, más peligroso, ya no soltaba comentarios por soltar, ahora decía las cosas con intención, con peso, una tarde, mientras limpiaban las botas sentados en el borde de un corredor, con el frío cayendo otra vez sobre el batallón, Andrés habló sin mirar a nadie:

—A mí no me vengan con ese cuento del honor. Aquí a uno primero lo revientan y después le dicen que eso lo hace hombre.

Nadie respondió.

Danny siguió dándole al cepillo.

Jhon levantó apenas la mirada.

—Bájale a esa vaina.

—¿Bajarle? —dijo Andrés, y soltó una risa seca—. No, Jhon. El que debería bajarle es usted a ese romanticismo de guerra, porque si yo terminé acá, fue por seguirle la corriente a usted y a sus ideas de grandeza.

Danny dejó de cepillar.

—Ya empezó otra vez.

—No, no empecé. Nunca he terminado —respondió Andrés, con los ojos fijos en el piso—. Lo que pasa es que aquí uno ya no puede ni pensar tranquilo, porque enseguida aparece un hijueputa a gritarle que se pare firme, que corra, que salte, que coma, que calle, entonces la rabia se le queda a uno guardada.

Jhon no dijo nada, porque, en el fondo, entendía que la rabia de Andrés ya no era una simple rabieta, era una deuda emocional, y lo peor era que esa deuda la cobraba en silencio.

Camilo seguía igual o peor, no hacía falta hablar con él para sentir el veneno, bastaba con cruzarse su mirada, a ratos parecía tranquilo, incluso funcional, pero siempre había algo en sus ojos, una dureza antigua que se afilaba más cada día, cuando Jhon lo veía al otro lado de la formación, sentía que ese hombre no estaba pensando en salir bien librado del entrenamiento; estaba pensando en otra cosa, en algo más personal, más oscuro.

Y entonces, al cumplirse esas dos semanas, llegó el movimiento.

Sacaron a los seiscientos soldados en varias busetas militares, todavía de madrugada, los hicieron formar, pasar lista, montar a los golpes de voz de siempre, acomodarse con el equipo entre las piernas y aguantar, esta vez nadie preguntó para dónde iban, muchos ya se lo imaginaban por rumores escuchados entre los antiguos, por frases al aire, por comentarios de suboficiales que a veces se les escapaban sin querer.

—Nos van a mandar pa'l infierno —susurró uno desde el fondo.

—No, pa' Tolemaida —respondió otro—. Que es peor.

El trayecto fue largo. Al principio todavía los acompañó el aire frío de la sabana, el vidrio empañado, la neblina blanda sobre la carretera, pero poco a poco el paisaje empezó a cambiar, las montañas comenzaron a abrirse, el tono del cielo se volvió más claro, más blanco, más agresivo, la vegetación se hizo distinta, el verde ya no era húmedo ni quieto; era áspero, polvoriento, cansado, y el calor empezó a subir sin pedir permiso.

No fue un cambio brusco, fue peor, fue una invasión lenta.

Primero se quitaron la chaqueta, luego se aflojaron un poco el cuello, después comenzaron a sudar aunque estuvieran quietos, el aire que entraba por las rendijas ya no aliviaba nada; parecía soplado desde un horno, las espaldas empezaron a humedecerse, las manos a pegarse, las sienes a brillar.

—No joda —dijo uno, secándose con la manga—, esto sí es otra guerra.

Danny miró por la ventana y sonrió apenas.

—Mejor. El frío me tenía podrido.

—Usted está enfermo —respondió Jhon.

—No —dijo Danny—. Es que si ya nos tocó, toca gustarnos aunque sea un poquito, mire, hermano, coja esa idea: si uno pelea con cada cosa que venga, se muere antes de tiempo, mejor asúmalo, esto es lo que hay.

—Fácil decirlo —gruñó Andrés desde el otro lado del pasillo.

Danny volteó a mirarlo.

—No dije que fuera fácil, dije que toca.

Andrés soltó aire por la nariz.

—A usted todo le parece normal, los gritos, el hambre, los castigos, el calor… Usted como que nació para que lo manden.

Danny no se alteró.

—No, yo nací pa’ no dejarme partir por dentro, es diferente.

La frase quedó sonando un buen rato dentro de la buseta.

Jhon volvió la cara hacia la ventana y siguió viendo cómo el paisaje cambiaba del gris húmedo al amarillo terroso, sintió por primera vez que Bogotá había quedado muy lejos, que lo que venía ya no era un filtro, sino otra etapa, más dura, más caliente, más desnuda.

Cuando por fin entraron al Fuerte Militar de Tolemaida, lo sintieron antes de entenderlo.

Primero fueron las dimensiones, ese lugar no se parecía al encierro de Bogotá, aquí todo era más grande, más abierto y al mismo tiempo más aplastante, vías internas largas, polvorientas, bordeadas por árboles dispersos y construcciones militares extendidas a ambos lados, a lo lejos se alcanzaban a ver campos amplios de instrucción, explanadas desnudas, postes, hangares, zonas de entrenamiento, barracones, plataformas y más tierra, mucha tierra, como si el calor hubiera ido secando todo hasta dejar solo lo esencial, el horizonte parecía vibrar, el aire ondulaba encima del suelo, el sol no alumbraba: castigaba.

Tolemaida imponía de otra manera. No era el gris de la disciplina húmeda, era el ocre del esfuerzo, un lugar hecho de polvo, de sudor, de trote, de gritos que se perdían entre explanadas y resonaban en patios abiertos, allí el viento no cortaba como cuchillo: sofocaba, el olor no era a concreto mojado, sino a tierra caliente, a lona, a sudor viejo, a fusil aceitado y a uniforme secándose sobre cuerpos reventados, el cielo, amplio y casi blanco por la intensidad, caía directo sobre ellos como una orden más.

Los hicieron bajar rápido.

—¡Muévanse, hijueputas!
—¡Eso no es una buseta de colegio!
—¡Saquen ese culo de ahí y armen formación ya!

El sargento segundo Vargas caminó frente a ellos una última vez, se notaba que estaba en su terreno, pero también que para él su trabajo con ese grupo estaba terminando.

—Bueno, señoras —dijo, con las manos en la cintura y la voz cargada de ese desprecio pedagógico que ya les conocían—. Hasta aquí las traje yo, si pensaron que Bogotá había sido duro, váyanse bajando de esa nube de una

vez, allá estaban apenas aprendiendo a respirar, aquí sí van a empezar a volverse soldados o a pedir cacao como unas perras.

Varios tragaron saliva.

Vargas sonrió sin alegría.

—Aquí el sol los va a cocinar, el entrenamiento los va a dejar viendo estrellitas y más de uno va a descubrir que la boquita se le llena muy fácil de orgullo, pero el cuerpo no le responde igual, así que escuchen bien: el que crea que esto es mucho, todavía está a tiempo de llorar por dentro. Porque por fuera no le va a servir de nada.

Hizo una pausa corta, miró hacia un grupo de instructores que venía acercándose.

—Y ahora sí. Los dejo con su curso. Curso Toro.

El nombre cayó como un golpe.

El hombre que venía al frente del nuevo grupo de instructores era más joven que Vargas, pero tenía una energía peor, más rápida, más agresiva, no transmitía experiencia lenta, sino violencia controlada, caminaba como si en cualquier momento fuera a lanzarse encima de alguno, los ojos encendidos, el mentón duro, la voz lista para salir en estallido.

—¡A ver, ganado! —gritó apenas estuvo a distancia suficiente—. ¿Estos son los muñequitos que nos mandaron? ¡No me jodan! ¡Parecen un curso de costura!

Las risas de los antiguos retumbaron.

—¡Curso Toro! —bramó otro suboficial a su lado—. ¡Aquí los queremos viendo volar o arrastrándose, pero jamás quietos! ¿Entendieron, manada de inútiles?

—¡Sí, mi sargento! —respondieron algunos, tarde y mal.

—¡Eso no fue una respuesta! ¡Otra vez!
—¡Sí, mi sargento!
—¡Más duro, que todavía suenan a colegio de monjas!
—¡SÍ, MI SARGENTO!

Curso Toro los recorrió con la mirada y se detuvo frente a uno de los más delgados.

—¿Y usted qué es, mijo? ¿La cuota cultural del pelotón?

Avanzó dos pasos más y le pegó una palmada al fusil de madera de instrucción que cargaba uno de los antiguos.

—Escuchen bien, porque no lo voy a repetir bonito: aquí no me sirven bonitos, ni delicados, ni contestones, ni creídos, aquí me sirven los que trotan, los que disparan, los que obedecen y los que aprenden a cerrar la jeta cuando toca, el que no, me lo llevo a punta de sol hasta que aprenda o se reviente.

Ese primer recibimiento bastó para que varios sintieran que en verdad acababan de entrar a otro nivel.

Los llevaron a las barracas.

Las barracas de Tolemaida eran largas, anchas y sofocantes incluso en la sombra. Construcciones funcionales, sin una línea de más, hechas para albergar cuerpos y disciplina, no comodidad, techo alto de lámina que atrapaba

el calor del día y lo devolvía en oleadas pesadas al caer la noche, ventiladores viejos colgados a distancia, insuficientes para tanta gente, filas de camarotes metálicos, uno tras otro, todos iguales, cada uno con un catre angosto, una colchoneta delgada, una almohada triste y una cobija militar áspera que no servía para dar calor sino para recordar que seguías lejos de cualquier casa, el lugar olía a una mezcla de betún, tela húmeda, sudor reseco, desinfectante barato, pies cansados y la ansiedad colectiva de cientos de hombres intentando parecer duros en el mismo encierro.

Apenas entraron, algunos soltaron el equipo encima del catre y se quedaron quietos, mirando el espacio como quien acaba de recibir condena.

Uno se sentó y empezó a secarse los ojos con rabia, disimulando.

Otro se quedó recostado contra una columna, respirando hondo, como si todavía no creyera haber llegado hasta ahí.

Un par, de esos que siempre eran fastidiosos, comenzaron a joder desde el primer segundo.

—Ese catre de arriba es mío.
—Suyo un culo, yo llegué primero.
—¿Primero a qué, bobo? Si ni sabe amarrar un toldillo.
—Cállese o se lo hago amarrar con la jeta.

Curso Toro apareció en la puerta como un rayo.

—¡Silencio, malparidos! ¡No llevan ni diez minutos y ya parecen plaza de mercado!

La barraca se congeló.

—Aquí duermen cuando yo quiera, hablan cuando yo quiera y hasta se rascan cuando yo quiera. ¿Está claro?

—¡Sí, mi sargento!

Y, sin embargo, cuando la noche cayó del todo y el movimiento de la jornada por fin se fue apagando, la barraca empezó a llenarse de otra clase de sonidos.

Toses.

Suspiros.

Murmullos.

El chirrido de un catre cuando alguien no encontraba postura.

Una respiración cortada de otro que estaba intentando no llorar.

Uno rezando casi en secreto.

Otro insultando por lo bajo.

Uno roncando como si el cuerpo se hubiera apagado por pura defensa.

Jhon se dio vuelta en su catre y, aprovechando la penumbra, sacó la foto de Yuranni, la luz que entraba por una ventana alta apenas le dejaba ver la curva de su sonrisa, el vestido negro, la manera en que ella parecía viva incluso en papel.

Se quedó mirándola un rato.

Pensó en lo lejos que estaba, en si a esa hora ella ya sabría algo de él, o si solo estaría sintiendo ese vacío raro que dejan las ausencias largas, pensó en sus

manos, en su olor, en cómo serían las cosas si de verdad lograba salir de ahí convertido en alguien digno de volver, se llevó la foto al pecho un momento y cerró los ojos.

A pocos catres de distancia, Danny también seguía despierto.

—¿No puede dormir? —susurró Jhon.

—No.

—¿Qué piensa?

Danny se quedó callado unos segundos.

—En mi mamá.

—¿Sí?

—Sí. Ojalá esté bien. Ojalá no esté llorando, yo siempre le dije que iba a poder con todo, pero ya sabe cómo son las mamás… ellas creen que uno sigue siendo un pelado así lo manden pa' la guerra.

Jhon lo escuchó respirar hondo.

—Pero igual —dijo Danny—, eso también sirve, saber que uno tiene a quién volver, eso empuja.

Andrés, desde otro camarote, habló en la oscuridad:

—A mí no me empuja nada.

Nadie respondió enseguida.

—A mí lo único que me sostiene es la rabia —agregó.

Esta vez sí se sintió el silencio de todos.

Danny fue el único que contestó:

—Pues aprenda a usarla. Porque si la deja usarlo a usted, lo va a volver mierda.

Pasaron los días. Luego las semanas. Y Tolemaida empezó a hacer su trabajo.

La formación bajo el sol era una tortura lenta. A media mañana, el patio parecía una plancha ardiendo, el sudor se escurría por la espalda antes siquiera de arrancar a trotar, el uniforme se pegaba al cuerpo, la boca se secaba, el fusil de instrucción pesaba el doble, el polvo se levantaba con cada pisada y se les pegaba a la piel húmeda hasta volverlos una costra de sudor y tierra, en esas formaciones Curso Toro aparecía con la misma energía brutal de siempre.

—¡Alineación!
—¡Quiero ver esas filas derechas, carajo!
—¡El sol les está pegando a todos por igual, así que no me vengan con caritas de sufrimiento!
—¡Ustedes no están de vacaciones en Melgar, están aquí pa' aprender a ser soldados, hijueputas!

Y luego venía el discurso, ese que mezclaba insulto, doctrina y amenaza:

—Bobitos mire bien, porque algunos todavía no entienden dónde están parados, el fusil no es adorno, el uniforme no es disfraz, y el soldado no se hace repitiendo consignas bonitas sino obedeciendo, tirando, marchando y aguantando, al que yo vea blandito lo voy a endurecer, y al que vea torcido lo

enderezo así me toque sacarle el orgullo por los poros, porque ustedes no vinieron aquí a descubrirse a sí mismos, vinieron a aprender a responder cuando les toque. ¿Estamos?

—¡Sí, mi sargento!

—¡No oigo, señoras!
—¡SÍ, MI SARGENTO!

El día del polígono cambió algo en todos.

Hasta entonces el entrenamiento había sido cuerpo, orden, castigo, rutina y aguante, pero el polígono era otra cosa, era el momento en que esa formación empezaba a parecerse a la idea que muchos traían clavada desde antes de llegar: la de convertirse en hombres armados, en soldados de verdad.

Los llevaron por grupos, el campo de tiro se extendía abierto, seco, con el sol pegando sobre la tierra clara y los parapetos marcando la línea de fuego, allí el olor era distinto: más metálico, más técnico, más serio, aceite de arma, polvo quemado, lona, sudor y una tensión masculina difícil de explicar, los fusiles ya no eran imagen ni promesa; eran peso real entre las manos.

Cuando Jhon tomó el suyo y sintió la dureza del metal, el apoyo contra el hombro, la instrucción precisa del tirador guía, algo dentro de él cambió de sitio.

—Posición.
—Respiración.
—No me apriete el gatillo como si estuviera ordeñando una vaca.
—Sienta el arma. Domínela.

Se acostaron sobre la tierra caliente. La mejilla pegada al arma. Un ojo cerrando mundo. El otro apuntando.

Y entonces sonó el primer disparo.

Seco.

Violento.

Más poderoso de lo que muchos habían imaginado.

Luego otro.

Y otro.

Y otro.

El retroceso les sacudía el cuerpo, pero también les encendía algo, varios, al levantarse, no podían ocultar la emoción.

—Uy, hijueputa… —murmuró uno, todavía con el pecho inflado—. Esto sí es otra cosa.

—Ahora sí me siento soldado —dijo otro.

Danny no dijo mucho, disparó concentrado, sin alarde, y ahí fue cuando empezó a correrse la voz entre todos.

—Ese man tira duro.
—No joda, vea la agrupación.
—Danny sí resultó bueno pa' eso.
—Bueno no. Ese hijueputa es el mejor tirador del curso.

Incluso un instructor lo miró dos veces después de revisar los impactos.

—Rodríguez Mora.

—¡Mi sargento!

—No es pa’ que se me agrande. Pero siga así.

Danny apenas bajó la cabeza.

—Sí, mi sargento.

Cuando volvió con los demás, Jhon le sonrió.

—Ve, francotirador.

Danny soltó una risa.

—Cállese.

Pero se le notaba el orgullo, y estaba bien, porque en medio de tanta humillación, de tanto cansancio y tanto sol, tener algo en lo que uno brillara servía para no olvidar que todavía quedaba una parte propia bajo el uniforme.

Jhon mejoró también, Andrés disparaba con furia, casi con rabia acumulada, Camilo, preciso y callado, era de esos que no hablaban pero dejaban claro que estaban tomando nota de todo.

Las semanas siguieron tragándose el tiempo, marchas, polígono, ejercicios, voces de mando, trote, limpieza de armamento, revistas, castigos colectivos, carreras al sol, noches mal dormidas, y en medio de todo, la hermandad también empezó a formarse a su manera. No bonita, no sentimental, una

hermandad de catre compartido, de cantimplora prestada, de aguante mutuo y de comentarios al final del día, cuando el cuerpo ya no daba para aparentar.

—Oe, Jhon —dijo una noche uno de los lanzas, sentado en el suelo mientras secaba las medias—. Si Danny no se gradúa de primero, es porque el Ejército no sirve pa' un culo.

—Ese man ya nació con betún en las venas —respondió otro.

Danny, acostado en el camarote de arriba, soltó una carcajada.

—Hablen mierda, pero mañana no me vayan a dejar solo en la trocha.

—No lo dejamos solo —respondió Jhon—. Pero tampoco nos venga a hacer quedar mal, campeón.

Hasta Andrés, esa noche, sonrió apenas.

Muy poco.

Pero sonrió.

Y una tarde, cuando ya el mes y medio de formación se estaba agotando y el curso comenzaba a oler a cierre, los reunieron en el patio, el sol seguía pegando igual de duro, pero ellos ya no eran los mismos que habían llegado en las busetas, se les notaba en la postura, en la manera de coger el fusil, en la forma de mirar de frente.

Curso Toro caminó delante de todos con las manos atrás.

—Bueno, señoras, no se me emocionen, que todavía no son Rambo, pero tampoco son la manada de atembados que recibimos, les falta una semana,

una sola, y en estos días, si no me dañan la paciencia, se les va a regalar una llamada.

Aquello corrió por la formación como una descarga eléctrica.

Nadie habló, porque no podían. Pero todos sintieron el golpe en el pecho.

Una llamada.

La posibilidad de escuchar una voz de afuera, de volver por unos minutos a la casa, a la mamá, a la novia, al barrio, a la vida previa.

Jhon pensó de inmediato en Yuranni.

Danny, en su madre.

Y hasta los más duros tragaron saliva como si les hubieran prometido agua en mitad del desierto.

Curso Toro siguió hablando, casi burlándose de la ilusión que acababa de sembrar:

—Pero no se me ablanden, porque una llamada no los gradúa, lo que los gradúa es llegar vivos, derechos y útiles al final de esta vaina, así que dejen de pensar en amorcitos y concéntrense, la última semana siempre es donde más se cae el confiado.

—¡Sí, mi sargento! —rugieron todos.

Y mientras el eco de esa respuesta se perdía bajo el sol enorme de Tolemaida, Jhon sintió algo que no había sentido desde que todo empezó: no alivio, todavía no; pero sí la certeza de que ya habían cruzado la parte del camino donde uno

solo sobrevive, ahora estaban entrando en esa otra zona donde el sufrimiento empieza a mezclarse con orgullo.

Todavía faltaba una semana.

Todavía faltaba aguantar.

Todavía faltaba esa llamada.

Pero por primera vez, en medio del calor, el polvo, el fusil y los gritos, también empezaba a sentirse que el final existía.

Bueno señoras, el día de hoy es la prueba final, ahora sí ya van pasando a ser hombrecitos, esas pendejadas de allá, de los amigos, ya quedaron en el pasado, ahora sí se viene lo serio...

Todos estaban expectantes ante lo que estaban oyendo y respondieron fuertemente:

—¡Sí, mi sargento!

—Eso me gusta, esa energía que mantiene la tropa… ahora esperen mis órdenes en el alojamiento.

Ya los rostros de los 600 hombres eran diferentes, ya más hombres, y ya un poco más de músculos se veían en ellos, ya más formados y un poco más educados, si se podía decir, ya no lloraban como antes, pero no tenían idea a qué se iban a enfrentar sino hasta que supieran las destinaciones.

—Curso, qué belleza, mire, ya me veo súper fuerte.

—Ja, este sí es mucho cacorro, normal.

Y todos rieron mientras el soldado regular Manosalva mostraba, a manera de gracia, sus nuevos bíceps.

—Eso no le pare bolas a como está disparando, que allá no le va a hacer falta —le dijo uno de sus compañeros en medio de la fiesta.

—Qué va, usted es un flacucho ahí no más, envidioso de todo esto, papi...

Y continuó mostrando sus bíceps y todos reían.

Pero en la vida de Andrés algo se quebró, no había podido superar que estaba en un lugar que le robaba la tranquilidad, que no quería estar allí, y recordaba mucho a su madre que le decía que no se fuera a esa discoteca aquella noche.

—¿Qué hubo, lanza? ¿Usted por qué es tan callado? ¿Le pasa algo?

—Ash, la verdad no quiero estar aquí.

—Pues culito, mire, aquí nadie quiere estar, pero toca darse la vida, ¿sí pilla?

—Pero es que… ash, no sé, algo me roba la paz. No sé cómo decirle, es como una rabia...

—Papi, vea, ¿usted cómo terminó aquí?

—La verdad, me puse a hacerle caso al carenalga de Escudero, él se puso a pelear, dizque dándoselas de héroe frente a la novia, calentó el parche y llegaron los soldados y nos llevaron, ¿sí pilla? Por culpa de ese...

Mientras contaba esto, sus manos se apretaban enfurecidas cuando recordaba ese momento. No lo podía soportar más, recordar que fue por culpa de otro.

—Lanza, vea, vaya donde Escudero, le pega un puño en toda la cara y verá que se recupera de una...

—Bobo, esas bobadas...

—Sí, home, haga caso, yo sé por qué se lo digo, eso es rabia acumulada, apenas haga eso, papi, vuelve al vuelo, hágame caso…

En la mente de Andrés quedó esta idea muy arraigada, en realidad sí quería, sentía y sabía que debía hacerlo, pero siempre lo reprimió... pero no lo soportó más.

Y caminó por todo el pasillo, mientras en los catres estaban todos haciendo varias cosas: brillando las botas, mirando revistas de pornografía, hablando con otros, otros durmiendo y cosas así.

Jhon Escudero estaba en su catre junto con Danny, hablando quién sabe qué cosas.

Andrés le dijo:

—Oe, Escudero…

De inmediato la alegría llegó a Jhon, se levantó para saludarlo, pero al levantarse, Andrés lo golpeó en el estómago, le sacó el aire y después lo golpeó en la cara.

—Eso es lo que mereces, carechimba, por meterme aquí...

Jhon se revolcaba de dolor en el piso, mientras Danny se levantó sorprendido, el resto ni se inmutó por lo que pasó, ya que esas acciones eran comunes y a nadie le importaba.

—Parce, me duele como una madre, pero tenés razón… ¿ya quedó contento?

De a poco, Andrés sentía que la rabia y ese odio lo fueron abandonando, y sintió que descansó, se sentó como si nada en la cama de Jhon para hablar.

—Uff, sí, era verdad, ya descansé… he vuelto a ser yo… uff, ya siento que vuelve mi energía, siento que puedo convertirme en super saiyayin… ¡AAAAAA!

Y gritó desaforado.

Danny solo se rió, comprendiendo que todo estaba en su ruta, conforme al destino.

Los amigos habían vuelto a surgir.

No hubo tambores, no hubo ceremonia, no hubo anuncios elegantes, solo una formación RAPIDA, bajo un cielo que desde la mañana ya venía con ese blanco encendido que en Tolemaida anunciaba una jornada brutal, los seiscientos muchachos fueron reunidos otra vez en la misma cancha en la que habían sido recibidos semanas atrás, solo que ya no se veían iguales, la diferencia saltaba a la vista, los rostros estaban más duros, los brazos más tensos, las miradas menos perdidas, ya no eran esa camada de civiles asustados que habían bajado de las busetas sudando incertidumbre, ahora tenían otra presencia, todavía no eran soldados hechos y derechos, pero ya no se les veía la blandura del principio, hasta la manera de pararse era distinta, habían aprendido a sostener el peso del fusil, del sueño, del hambre, del insulto y de sí mismos.

El sargento se paró al frente, caminó de un lado al otro con esa costumbre de depredador que tienen algunos hombres cuando ya dominan un terreno, y habló con una voz que no necesitaba gritar para clavarse.

—Bueno, señoras, hoy sí se acabó el jueguito, el día de hoy es la prueba final, el que la supere, comienza a entender por qué lo han reventado tanto todo este tiempo, el que no la supere… pues se jodió.

Los seiscientos guardaron silencio.

—Van a recorrer doce kilómetros con fusil, casco y un bulto de arena en lona de cinco kilos. Todo eso encima, todo eso al mismo tiempo, y van a llegar en menos de tres horas, menos de tres horas, ¿me escucharon o se les derritió el cerebro con este calor hijueputa?

—¡Sí, mi sargento! —rugieron.

—Eso me gusta, porque al que no llegue le va a tocar quedarse mirando cómo los demás sí se ganaron el derecho de ir a donde les toca ir, y para que sepan de una vez por qué no pueden darse el lujo de llegar después de ese tiempo, les voy a decir una cosita: se me van para San Vicente del Caguán.

Ese nombre cayó como una piedra.

Ya todos lo conocían, no porque hubieran estado allá, sino por las historias, por las conversaciones sueltas, por los comentarios de los instructores y, sobre todo, por los radios, en los reportes siempre aparecía ese lugar como una zona difícil, espesa, caliente no solo por el clima, sino por lo que significaba, San Vicente del Caguán era una palabra que sonaba a selva, a guerrilla, a patrullaje duro, a emboscadas, a hombres que terminaban de crecer a las malas, nadie tuvo que explicarles nada más.

El sargento siguió caminando despacio, mirando a uno y a otro.

—Y el resto… —dijo, dejando una pausa pesada— el resto va a formar una unidad nueva. Un batallón de contraguerrillas del Sumapaz.

Esta vez el murmullo se contuvo a pura fuerza, Sumapaz también sonaba grande, peligroso, frío, remoto, el nombre cargaba otra clase de miedo, otra geografía, otro tipo de guerra, pero en los dos casos el mensaje era el mismo: lo que se venía ya no era escuela.

—Así que, si alguno todavía está creyendo que esto es un curso para aprender a marchar bonito, puede ir despertando de una vez, hoy corren por su pellejo, por su orgullo, por su destino… y porque si no corren, después van a estar estorbando en lugares donde un estorbo dura muy poquito.

—¡Sí, mi sargento!

—Más duro, carajo.

—¡SÍ, MI SARGENTO!

Después vino la repartición del peso, las lonas con arena estaban apiladas a un costado de la cancha, cada una cerrada a la carrera, maltratada, áspera, no parecían mucho cuando uno las veía de lejos, pero al cargarlas el cuerpo entendía de inmediato que esos cinco kilos estaban hechos para sentirse más, el peso no era limpio ni cómodo, era un peso muerto, mal acomodado, cabeceante, eso, sumado al fusil, al casco y al calor que ya venía subiendo desde temprano, convertía la prueba en otra cosa.

Algunos se ajustaban la lona al hombro, otros intentaban acomodarla sobre la espalda, algunos la abrazaban como podían, cada cual probaba la forma menos miserable de cargarla.

Danny fue de los pocos que se la echó encima con orden, sin quejarse.

—Asegúrela bien, Jhon —le dijo, ayudándole a acomodársela—. Si se le corre en la mitad del trote, lo va a partir.

—Esta mierda pesa más de cinco kilos —dijo Jhon, intentando quedar firme.

—No pesa más —respondió Danny—. Lo que pasa es que está mal hecha, y eso la hace sentir peor.

Camilo, a unos pasos, forcejeaba con la lona como si quisiera arrancarle un pedazo.

Danny se acercó también a él.

—Venga, lanza, déjeme ayudarle.

Camilo iba a rechazarlo por orgullo, pero Danny no le dio tiempo.

—No se ponga de terco, gire, así, métala más hacia este lado, si no, en el cuarto kilómetro se le va a montar en un solo hombro y ahí sí se funde.

Camilo lo miró apenas, entre serio y agradecido.

—Gracias.

—Después me da las gracias llegando, no antes.

Esa era una de las cosas que Danny tenía: incluso en medio de la dureza, ayudaba, no desde la debilidad, sino desde la convicción, ya varios decían que era el mejor del curso, el más firme, el que mejor disparaba, el que mejor tenía las botas, el que menos se dejaba doblar por el ambiente, pero además de eso,

tenía otro valor: nunca dejaba que el compañero se sintiera solo si veía que podía empujarlo un poco más.

Poco después empezaron a moverse hacia el punto de salida.

Y ahí apareció la patrulla.

Era una camioneta militar adaptada con parlante, avanzando despacio al costado del camino, como un perro bravo que no se aparta de la presa, desde el bafle salió primero un chasquido, luego una voz distorsionada y después el insulto limpio, directo, sin filtro.

—¡A ver, manada de inútiles! ¡Muévanse! ¡Qué belleza de soldados nos mandaron, parecen lavanderas con casco! ¡Quiero ver quiénes sirven y quiénes vinieron a que los sostengan de la mano!

Las risas de algunos suboficiales se mezclaron con el primer impulso del grupo, la patrulla siguió rodando lentamente a un costado, acompañándolos, y de vez en cuando el parlante volvía a escupir su descarga.

—¡Corra, flaco, que ese bulto no se lo va a llevar su mamá!
—¡Mire al de atrás, se mueve más un borracho saliendo de cantina!
—¡Si así van a patrullar, mejor entréguense de una vez!

Y arrancaron.

Desde los primeros minutos quedó claro que aquello no era una prueba cualquiera, el sol empezó a pegar como si la jornada hubiera sido diseñada justo para la peor hora, no era una luz generosa ni limpia, era una chispa de sol endemoniada, rebotando en la tierra seca, subiendo desde el suelo y bajando desde arriba al mismo tiempo, la piel quemaba debajo del uniforme, el sudor

nacía rápido en la frente y en segundos ya corría por las cejas, por la nariz, por el cuello, por la espalda, la lona de arena se iba asentando sobre los músculos como una mano ajena que no soltaba nunca, el casco calentaba la cabeza, el fusil se transformaba en una extensión pesada del brazo, y apenas iban empezando.

El camino era largo, terroso, por tramos abierto y por otros bordeado por vegetación baja y polvorienta, cada paso levantaba una nube mínima que se iba pegando a las piernas y a las botas, los que arrancaron con demasiada fuerza comenzaron a pagarlo pronto, la respiración se fue rompiendo en varios, el paso se desordenó, el grupo empezó a estirarse.

—¡No se me queden! —tronó la voz del parlante—. ¡Esto no es desfile de reinas, malparidos, es una prueba de hombres!

Jhon sintió el golpe del calor en la cara y algo en ese instante, sin que pudiera explicarlo, le recordó a Yuranni, no por el calor en sí, sino por una tarde antigua en la que la había acompañado caminando bajo un sol bravo, cuando ella se quejaba riéndose y se tapaba la cara con la mano mientras él le decía que ya faltaba poco para llegar, recordó la forma en que ella lo miró entonces, entre fastidio y ternura, y ese recuerdo le cayó encima como un vaso de agua limpia en mitad del agotamiento, pensar en ella le acomodó el alma por un segundo, no le quitó el peso ni el cansancio, pero sí le recordó que afuera existía algo que valía la pena.

—No me joda, Danny —murmuró a los pocos kilómetros—. Siento que me estoy cocinando vivo.

Danny iba a su lado, rojo, sudando igual que todos, pero con esa firmeza terca que parecía no soltarse nunca.

—No piense en cuánto falta. Piense en el paso que sigue. Uno más. Y otro. Y otro. Así.

Camilo empezó a quedarse un poco.

La respiración se le volvió más cortada. La lona se le corría otra vez hacia un solo lado.

Danny lo vio y se desplazó apenas.

—Camilo, enderece hombro.

—No puedo, marica, esta mierda ya me rompió.

—Sí puede. Pásele el fusil un segundo al otro brazo, eso, ahora suba esto aquí, apriete los dientes y siga, no mire al frente, mire el suelo, paso corto, pero constante.

Camilo obedeció.

Jhon los miró y siguió empujándose.

Andrés, por su parte, venía con la rabia convertida en combustible, no hablaba, no pedía ayuda, no miraba a nadie, solo avanzaba con la mandíbula apretada y los ojos clavados en el camino, como si fuera matando algo adentro con cada zancada.

La patrulla con parlante continuaba al lado.

—¡Eso, hijueputas, así me gusta! ¡A punta de sufrimiento sí se les nota algo de carácter!
—¡El que se rinda hoy mañana no aguanta ni la primera patrulla!

—¡San Vicente no espera princesas! ¡Sumapaz no espera señoritas!
¡Muévanse!

Algunos iban ya vacíos de aire, pero seguían, porque todos sabían lo que estaba en juego, no era solo pasar la prueba, era no quedar como un cobarde ante el resto, era no ser el que se partió antes de tiempo, era no llegar derrotado al momento en que se leyera el listado de destinaciones, era demostrar que si el Ejército los iba a mandar a un lugar donde el radio siempre sonaba con noticias feas, por lo menos podían cargar doce kilómetros de peso sin pedir misericordia.

El paso del tiempo se volvió extraño, el cuerpo empezó a entrar en ese punto donde ya no distingue bien el minuto del kilómetro, solo hay ardor en los hombros, latidos subiendo a la cabeza, lengua seca y la necesidad de seguir, algunos empezaron a jadear como animales, otros maldecían en voz baja, unos cuantos hicieron el intento de aflojar, pero la patrulla aparecía enseguida al lado como una sombra gritona.

—¡No me afloje, pecueca! ¡Que lo estoy viendo!
—¡Si ya vino hasta acá, termine, no sea descarado!
—¡Mire a su compañero! ¡Él sí tiene pantalones!

En un momento, uno de los muchachos tropezó y cayó de rodillas, la lona se le vino al frente, el fusil golpeó el suelo, el hombre quedó unos segundos quieto, respirando como si se fuera a desarmar.

—¡Arriba! —rugió la voz del parlante.

Danny miró apenas, pero no se desvió, sabía que en esas pruebas el mayor favor que uno podía hacerse era no romper su propio ritmo, el que cayó se levantó solo, medio tambaleando, y siguió.

Eso tenía la prueba: obligaba a cada uno a pelear con algo propio.

Cuando finalmente vieron la zona de llegada a lo lejos, el grupo estaba estirado, reventado, sucio, brillante de sudor y polvo, pero seguían llegando, uno tras otro, algunos casi corriendo por orgullo en los últimos metros, otros ya sin energía, sosteniéndose en la pura terquedad.

Danny llegó bien, muy bien, soltó la lona apenas cruzó y se inclinó con las manos en las rodillas, respirando hondo, pero todavía entero, Jhon llegó después, sintiendo que los hombros no le pertenecían y que la camiseta se le había pegado al cuerpo como otra piel, Camilo apareció más tarde, roto, pero de pie, y apenas se encontró con Danny le dio un golpe corto en el brazo.

—Sí llegué, carechimba.

Danny sonrió.

—Le dije.

Andrés llegó con la cara vacía, sin una queja, sin una palabra, como si hubiera cruzado la meta solo para demostrarle algo a alguien que no estaba allí, cuando soltó la lona, ni siquiera se estiró, solo respiró una vez, larga, y bajó la mirada.

De los seiscientos, la mayoría pasó, otros quedaron tirados en alguna parte del trayecto, vencidos por el tiempo o por el cuerpo, no bastaba con haber salido, había que llegar antes de las tres horas, y ese detalle era el que convertía la prueba en una frontera real.

No hubo mucho descanso.

Apenas unos minutos para volver a agarrar aire, para beber lo justo, para evitar que el pulso se saliera por la garganta, luego los formaron otra vez, ahí mismo, sudados, llenos de tierra, oliendo a lona, a metal y a cansancio.

El sargento apareció con un listado en la mano.

Lo miraban todos como si de ese papel dependiera algo mucho más grande que un simple nombre, y en parte era así, porque lo que estaba por venir ya no era formación, era destino.

El sargento carraspeó y empezó a hablar con esa mezcla rara que solo algunos superiores saben manejar: medio insulto, medio reconocimiento.

—Bueno, señoras, no estuvieron tan mal, para ser un poco de animales recién amansados, no corrieron tan horrible, algunos hasta sorprendieron.

Nadie se atrevió a sonreír.

—No se me emocionen tampoco —continuó—. Esto no significa que ya sean unos berracos de guerra, significa apenas que lograron no desmoronarse del todo cargando un costal y un fusil bajo este sol hijueputa, pero les reconozco algo: sí se les nota el cambio, ya no parecen la misma manada de pelados llorones que nos llegó hace unas semanas.

Algunos tragaron saliva.

—Ahora sí viene lo serio, voy a leer las destinaciones de los primeros cincuenta que salen para San Vicente del Caguán.

El nombre atravesó la formación como un cable pelado.

Se hizo un silencio de piedra, empezó a leer.

Uno a uno fueron saliendo los nombres, cada soldado que escuchaba el suyo respondía con fuerza y daba un paso al frente, algunos lo hacían con orgullo, otros con una dureza muda, otros con una cara que intentaba no mostrar nada, San Vicente no era un premio bonito ni un castigo sencillo, era un lugar donde ya no se jugaba a ser militar.

Cincuenta hombres.

Cuando terminó, dobló la hoja apenas y levantó la vista.

—El resto…

Otra pausa.

—El resto va a conformar el nuevo batallón de contraguerrillas del Sumapaz.

Jhon escuchó su nombre en el grupo del Sumapaz.

Danny también.

Camilo igual.

Andrés, para el mismo grupo.

Y los cuatro, de una forma u otra, sintieron que la vida acababa de torcerse hacia un camino del que ya no se regresaba siendo el mismo.

El sargento entonces les soltó un discurso que tenía más veneno que ternura, pero que, viniendo de él, era casi un homenaje.

—Bueno, malparidos, felicitaciones, aunque me cueste decir esa palabra, se ganaron su destino, unos se van para un infierno verde donde el plomo no avisa, y otros van a pararse en unas montañas donde hasta el silencio tiene mala intención, pero, escúchenme bien, así se construye esto, no con discursos, no con peinaditos, no con lloriqueos, se construye con tipos que, aunque estén reventados, llegan, que aunque tengan ganas de mandar todo a la mierda, siguen, hoy demostraron que al menos no son de porcelana, y eso, en este oficio, ya es bastante.

Nadie se movía.

—No me malinterpreten, todavía les falta calle, les falta monte, les falta guerra y les falta que los revienten de verdad, pero hoy dieron el primer paso para dejar de ser un curso de pendejos y comenzar a parecerse a una tropa, así que sí… felicitaciones, señoras, por fin sirven pa' algo.

Algunos, sin querer, sintieron orgullo.

Era un orgullo extraño, duro, casi sucio, pero real, porque después de tantas semanas de insultos, sudor y castigo, que ese hombre dijera algo parecido a una felicitación valía más de lo que cualquiera habría admitido en voz alta.

Ya de noche, sin permitirles baño ni descanso completo, los mandaron a armar cambuches militares sobre la misma cancha donde semanas antes los habían recibido como ganado recién llegado, era una especie de círculo que se cerraba, el mismo lugar del comienzo, pero con ellos ya transformados.

La cancha seguía siendo dura, abierta, terrosa, todavía se le sentía el polvo seco debajo del barro que ahora les cubría las botas y los pantalones, estaban inmundos, sudor seco, tierra pegada, lodo en los ruedos, sal en la cara,

cansancio en cada articulación, el cuerpo pedía agua, jabón, cama, pero en lugar de eso les tocó lona, estaca, cuerda y suelo.

Armaron los cambuches casi por memoria, guiados por lo que les habían enseñado, algunos maldiciendo, otros demasiado agotados para decir nada, poco a poco fueron quedando levantadas esas pequeñas cuevas de lona donde la tropa aprendería otra forma de dormir.

La noche en Tolemaida tenía un contraste raro, después de un día abrasador, el aire se aflojaba apenas, pero seguía cargado de un calor cansado, el cielo se abría más, y las estrellas, lejos de la humedad de Bogotá, parecían haberse multiplicado sobre el campamento.

Muchos se tiraron al suelo dentro del cambuche sin siquiera quitarse bien el equipo, otros se quedaron un rato afuera, respirando, mirando el vacío, todavía con el cuerpo latiendo por la prueba, el barro ya se había secado en algunos puntos y tiraba de la tela cuando doblaban la pierna, el olor del campamento era una mezcla espesa de hombre reventado, lona caliente, tierra removida y triunfo silencioso.

Danny salió un momento del cambuche, caminó unos pasos y se dejó caer boca arriba sobre el suelo, mirando al cielo.

Las estrellas estaban ahí, inmensas, limpias, como si no tuvieran nada que ver con el barro del cuerpo ni con el cansancio de los huesos.

Respiró profundo.

Y entonces lo dijo, casi en un susurro, como si hablara con alguien que no estaba ahí pero pudiera escucharlo.

—Lo logré.

No había arrogancia en esa frase. Solo verdad, solo descanso, solo el reconocimiento íntimo de un muchacho que había aguantado todo lo que le pusieron encima y seguía entero.

Jhon lo escuchó desde cerca, pero no dijo nada, estaba sentado, con la espalda apoyada, sacando otra vez la foto de Yuranni de su billetera, la miró bajo la poca luz que había, el vestido negro, la sonrisa, esa manera de quedarse suspendida en el tiempo, ahora que ya sabía que en poco tiempo iban a poder hablar un rato, sentirla en papel era diferente, ya no era solo nostalgia; era espera, una espera viva, la posibilidad de escucharle la voz de nuevo.

Se quedó viendo la foto como quien contempla una promesa.

Pensó en lo que le diría, pensó en que tal vez no iba a saber por dónde empezar, pensó en contarle el calor, los gritos, la prueba, el barro, la noticia del Sumapaz, pero también pensó que quizás bastaría con decirle que seguía vivo, que la había pensado todos los días y que esa foto le había ayudado a no perderse del todo.

Andrés, dentro del cambuche, ya respiraba más tranquilo, no dormía del todo, pero por primera vez en mucho tiempo su cuerpo parecía no pelear consigo mismo, Camilo estaba callado, tendido, con la mirada perdida en la lona del techo, a su manera, también había sobrevivido.

Y así pasaron esa noche: sin baño, sin comodidad, llenos de lodo, de cansancio y de futuro.

En la misma cancha donde todo empezó.

Pero ya no eran los mismos.

Ahora tenían destino.

Ahora tenían prueba superada.

Ahora sabían que pronto podrían hablar con quienes habían dejado lejos.

Y mientras el campamento se iba quedando en silencio, con el cielo abierto encima y los cambuches oscuros dibujados sobre la tierra, la sensación que quedó flotando entre todos no fue solo alivio.

Fue algo más grande.

La certeza callada de que, después de tanto golpe, tanto sol, tanto insulto y tanto peso, por fin habían cruzado la puerta que separa al muchacho del soldado.

El aire en la sala de crisis del Cantón Norte era denso, espeso, casi pesado de respirar, no era solo el calor contenido de tantos cuerpos reunidos, sino esa mezcla inconfundible de café recalentado, papel viejo y equipos eléctricos trabajando sin descanso, los proyectores zumbaban con un sonido constante, agudo, que se mezclaba con el leve chasquido de los radios en silencio táctico, en las paredes, varios mapas colgaban con chinches metálicas: Cundinamarca, Meta, Tolima… pero en el centro de la sala, iluminado por una luz blanca directa, estaba el verdadero protagonista: un mapa topográfico del páramo de Sumapaz extendido sobre una mesa amplia de madera, marcado con líneas, círculos rojos y coordenadas escritas a mano.

Afuera, Bogotá dormía, o al menos eso parecía. Una ciudad ajena, inconsciente de lo que se estaba decidiendo en ese cuarto, pero dentro, el ambiente era otro, allí no había noche, allí no había descanso.

Los generales permanecían de pie, con las manos cruzadas a la espalda, mirando el relieve del mapa como quien observa una herida abierta que no deja de sangrar, sus rostros, curtidos por años de guerra, no mostraban sorpresa… solo cálculo.

El silencio no era cómodo.

Era un silencio de guerra.

El Coronel Andrade dio un paso al frente, el golpe seco de su bota contra el piso resonó más de lo que debía, como si incluso el sonido entendiera la importancia del momento, su uniforme estaba impecable, cada línea perfectamente alineada, cada insignia en su lugar, pero sus ojos… sus ojos no descansaban, habían pasado demasiadas noches sobre ese mapa.

Tomó el puntero láser.

Una luz roja apareció sobre el gris del páramo.

—Señores Generales…

La voz salió firme, precisa.

—La situación es crítica.

El punto rojo se desplazó lentamente sobre el mapa, siguiendo una línea que descendía desde la profundidad del páramo hacia la sabana.

—Tras el fin de la zona de distensión, el Bloque Oriental ha reorganizado su estructura en este corredor. Inteligencia confirma movimiento coordinado de los Frentes 51, 53 y 55… —hizo una pausa mínima— estamos hablando de más de ochocientos hombres armados, bajo influencia directa de alias “Romaña”.

Uno de los generales se inclinó ligeramente hacia el mapa, apoyando una mano sobre la mesa.

—¿Confirmado?

—Confirmado, señor. Interceptaciones de radio y reconocimiento aéreo. No vienen a contener… vienen a avanzar.

El puntero marcó otro punto.

—Desde la vereda El Tablón hasta la localidad 20 de Bogotá, el patrón es claro: secuestros en la vía al Llano, presión sobre población civil, instalación de campos minados, están cerrando el cerco.

Otro oficial, con el ceño fruncido, intervino:

—Coronel… ¿por qué Sumapaz? ¿Por qué insistir en un terreno que nos desgasta más a nosotros que a ellos?

Andrade no apartó la mirada del mapa.

—Porque quien domina el Sumapaz… domina la llave de Bogotá, mi General.

El silencio volvió a caer, más pesado.

El láser se detuvo en un punto exacto.

—Coordenadas del objetivo principal: 3°58′01″N 74°14′41″W. Alto de las Águilas.

Algunos oficiales se acercaron un poco más.

—A 3.500 metros sobre el nivel del mar —continuó Andrade—. Visibilidad reducida por niebla permanente, temperaturas que bajan a niveles operacionales críticos. Pero… —levantó la mirada— es el punto dominante del corredor.

Uno de los generales negó con la cabeza.

—Allá arriba no sobrevive una tropa convencional.

—Por eso no vamos a enviar una tropa convencional —respondió Andrade sin dudar.

Se hizo un silencio corto.

—Señores, lo que planteo no es una operación de contención. Es una operación de ocupación permanente.

El murmullo fue inevitable.

—Explíquese, Coronel.

Andrade respiró una vez, profunda.

—Propuesta: establecimiento del Batallón de Alta Montaña N.° 1 en el Alto de las Águilas. No como base temporal… como presencia fija. Un tapón estratégico.

Uno de los oficiales golpeó suavemente la mesa con los dedos.

—¿Sostener una unidad completa a esa altitud? ¿Con ese clima? ¿Con esa logística?

—Sí, señor.

—Eso es una apuesta… peligrosa.

—No es una apuesta —corrigió Andrade—. Es la única opción.

El puntero volvió a moverse.

—Beneficios: uno, negamos el santuario al enemigo, dos, cortamos el corredor Huila–Meta–Cundinamarca, tres, protegemos las fuentes hídricas que abastecen Bogotá, y cuatro… —hizo una pausa— devolvemos presencia del Estado donde hoy solo manda la guerrilla.

Un general más joven intervino, con tono más directo:

—¿Y si los rodean allá arriba?

Andrade sostuvo la mirada.

—No lo harán.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro de que lo intentarán… pero no estarán solos.

Se giró levemente hacia otro mapa lateral.

—Apoyo: Brigada Móvil en Tolemaida ya en fase final de reentrenamiento, personal adaptado a guerra de alta montaña, inserción inicial por helicópteros Black Hawk, ventana operativa: inmediata.

Uno de los generales cruzó los brazos.

—¿Nombre de la operación?

Andrade no dudó.

—Operación “Libertad I”.

El nombre quedó suspendido.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó uno.

—Porque no vamos a ir a pasar… vamos a quedarnos, como centinelas, permanentes, vigilando el acceso a la capital desde la montaña, el páramo deja de ser un vacío… y se convierte en una muralla, siendo la primera de dos fases de ocupación.

El silencio esta vez fue distinto.

Más firme.

Más decidido.

Uno de los generales, el de mayor antigüedad, dio un paso al frente, miró el mapa, luego miró a Andrade.

—¿Cuántos hombres necesitamos?

—Los suficientes para no retroceder, mi General.

El viejo asintió apenas.

—¿Y cuántos estamos dispuestos a perder?

Andrade sostuvo la mirada sin parpadear.

—Los que sean necesarios para que no perdamos Bogotá.

El silencio se volvió absoluto.

Afuera, la ciudad seguía dormida.

Adentro, la guerra ya había empezado.

El general mayor enderezó la espalda.

—Autorizada.

No hubo aplausos.

No hubo alivio.

Solo decisiones.

Andrade bajó el puntero lentamente, mirando una vez más el punto marcado en rojo.

Sabía lo que significaba.

Sabía quiénes iban a subir.

Y sabía que muchos de esos muchachos… no volverían iguales.

O no volverían.

—Es el momento, señores —dijo finalmente—. O tomamos el páramo…

Levantó la mirada.

—…o el páramo se convierte en la tumba de la democracia.Y nadie, absolutamente nadie en esa sala, dudó de que estaba diciendo la verdad.

Operación Libertad I

Horas después de que la orden quedara firmada en aquella sala de crisis, la tropa en Tolemaida no sabía nada de mapas, ni de coordenadas, ni de nombres de operaciones, ellos solo sabían una cosa:

Ese día les habían permitido una llamada.

Y eso, en medio de tanto barro, tanto sol y tanta presión, era casi un premio sagrado.

Los formaron al frente de una mesa improvisada, donde varios teléfonos estaban conectados por cables largos, viejos, con ese sonido metálico que ya de entrada imponía respeto, un suboficial caminaba de un lado a otro con una lista en la mano.

—¡Escuchen bien, señoras! —gritó—. Tienen dos minutos por llamada, dos, ni uno más, el que se ponga a llorar, a decir maricadas o a quedarse callado… pierde el turno. ¿Está claro?

—¡Sí, mi sargento!

—Van pasando por orden, y rápido, que esto no es un café internet.

Los hombres se miraron entre sí.

Nadie lo decía, pero todos estaban nerviosos.

No por el entrenamiento.

No por el fusil.

No por el destino.

Por la llamada.

Por volver a escuchar una voz que no gritaba.

Por recordar, aunque fuera por segundos, quiénes eran antes de todo eso.

—¡Escudero Mateus!

Jhon sintió el golpe en el pecho.

Caminó.

Tomó el teléfono.

Sus manos, que habían aguantado fusil, arena y golpe, ahora temblaban apenas.

Marcó.

Sonó.

Una vez.

Dos veces.

Tres…

—¿Aló?

Esa voz.

Se le detuvo el tiempo.

—¿Yuranni?

Silencio corto.

—¿Jhon…?

Ella no lo creyó de inmediato.

—Sí… soy yo.

Al otro lado se escuchó un suspiro quebrado.

—¡Dios mío, Jhon! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Jhon cerró los ojos un segundo.

—Sí… estoy bien.

Mentía un poco.

Pero era necesario.

—Pensé que… —ella se detuvo— pensé que no iba a saber nada de ti.

—No podía llamar… hasta ahora.

Hubo un silencio lleno de cosas.

—Te he pensado todos los días —dijo ella, bajito—. Todos.

Jhon apoyó la frente contra el teléfono.

—Yo también… —respondió—. No sabes cuánto.

Quiso decir más.

Quiso decirle todo.

El frío, el calor, los gritos, la prueba, el miedo, las noches…

Pero no tenía tiempo.

—Te voy a ver pronto —alcanzó a decir—. Vamos a tener una ceremonia… juramento de bandera. Quiero que vayas.

—Voy —respondió ella sin dudar—. Donde sea, voy.

Jhon sonrió por primera vez en días.

—Eso era lo que necesitaba escuchar.

—Te amo —dijo ella.

El tiempo se acababa.

—Yo también.

—¡Tiempo! —gritó el suboficial.

La línea se cortó.

Jhon se quedó un segundo con el teléfono en la mano.

Luego lo devolvió.

Y salió.

Pero no salió igual.

—¡Rodríguez Mora!

Danny caminó firme.

Tomó el teléfono.

Marcó sin pensarlo mucho.

—¿Aló?

—¿Mamá?

Silencio.

Y luego… llanto.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Dónde está?

Danny tragó saliva.

—Bien, mamá. Estoy bien.

—Yo sabía que usted iba a poder… pero ay Dios… yo no dormía…

—Tranquila, ma —dijo, bajando la voz—. Todo bien.

Ella seguía llorando.

—¿Está comiendo? ¿Está bien? ¿No lo están tratando mal?

Danny sonrió apenas.

—Sí, ma… todo bien.

No iba a decirle la verdad.

No hacía falta.

—La voy a invitar a algo —dijo él—. Vamos a hacer juramento de bandera. Quiero que vaya.

—Voy, mi hijo. Así me toque irme a pie, voy.

Danny apretó los dientes.

—Eso es lo único que necesito.

—Estoy orgullosa de usted —dijo ella.

Esa frase…

Le pegó más duro que cualquier prueba.

—Gracias, ma.

—¡Tiempo!

Danny colgó.

Respiró profundo.

Y se quedó quieto un segundo.

Como si necesitara guardar esa voz.

Uno a uno fueron pasando.

Algunos hablaron con madres.

Otros con padres.

Algunos con novias.

Algunos… no tenían a quién llamar.

Y eso también dolía.

Andrés dudó antes de tomar el teléfono.

Pero lo hizo.

Marcó.

—¿Aló?

—Ma…

Silencio.

—¿Andrés?

Su voz no era de llanto.

Era de alivio.

—Sí, ma.

—Usted… usted sí está bien, ¿cierto?

Andrés miró al frente.

—Sí.

Por primera vez en días… no tenía rabia.

—Yo le dije que no fuera esa noche —dijo ella, sin reclamo, solo como recuerdo.

Andrés cerró los ojos.

—Sí… tenía razón.

Hubo un silencio distinto.

—Pero ya estoy aquí.

—Entonces hágalo bien, mijo —dijo ella—. Si ya está ahí… hágalo bien.

Andrés respiró hondo.

—Voy a ir a una ceremonia… quiero que vaya.

—Voy.

Esa respuesta fue suficiente.

Cuando terminaron, el ambiente había cambiado.

Nadie lo decía.

Pero todos lo sentían.

Ya no eran solo soldados en formación.

Eran hijos.

Eran novios.

Eran hombres con alguien esperando afuera.

Y eso…

Eso los hacía más peligrosos.

Más firmes.

Más decididos.

Esa noche, en los cambuches, el silencio fue distinto.

Más tranquilo.

Más humano.

Danny volvió a tirarse al suelo, mirando las estrellas.

—Valió la pena —murmuró.

Jhon, a su lado, sacó la foto de Yuranni otra vez.

La miró.

Sonrió apenas.

Y por primera vez desde que todo había empezado…durmió sin pelear contra la noche.

Desde muy temprano, la unidad comenzó a transformarse, el campo de ceremonias, que en jornadas normales era solo una inmensa planicie rigurosa

de concreto y tierra alisada, tomó otro rostro, habían dispuesto las astas con las banderas, alineadas con una precisión impecable: la bandera de Colombia al centro, más alta, flameando con una dignidad solemne; a sus costados, las banderas institucionales, los estandartes de las unidades y los gallardetes que daban color a la rigidez del evento, todo estaba montado para que la ceremonia hablara por sí sola de orden, disciplina y patria.

El campo era enorme, abierto, intimidante por su amplitud, el sol de la mañana rebotaba sobre el pavimento claro y sobre los herrajes de las tribunas, arrancando destellos, más de mil hombres se fueron ubicando en formación, distribuidos en bloques perfectos, separados por compañías, cursos y unidades, desde lejos, el conjunto parecía una sola estructura viva: una masa verde oliva de fusiles, cascos, botas y hombros cuadrados, cada línea era tan recta que desde la distancia daba la impresión de haber sido trazada con regla, nadie se salía de su sitio, nadie giraba la cabeza sin orden, nadie respiraba de más.

Las voces de mando empezaron a elevarse por el campo con esa contundencia que solo existe en los espacios militares.

—¡Atención… fir!
—¡A discreción!
—¡Firmes!
—¡Escuadra… de frente… mar!

Cada orden caía como un golpe seco sobre el aire y el eco se regaba por el campo de ceremonias, estrellándose contra las graderías, regresando sobre la tropa, imponiendo ritmo y solemnidad, el sonido de las botas chocando al unísono era una música áspera, poderosa. Mil hombres marcando el mismo compás, mil pechos levantándose a la misma altura, mil voluntades alineadas, aunque cada una cargara por dentro una historia distinta.

En las graderías, el ambiente era otro universo.

Las habían dispuesto con toldos parciales en algunas zonas, pero aun así el calor no daba tregua, las bancas metálicas, largas y escalonadas, estaban llenas de madres, padres, novias, hermanos, tíos, niños inquietos y algunos viejos de sombrero que no se quitaban la emoción de la cara, mujeres con vestidos sencillos, algunas muy arregladas, como si asistieran a una fiesta mayor; madres con bolsos apretados al pecho; hombres de camisa formal, incómodos bajo el sol pero orgullosos; muchachas jóvenes que no sabían si mirar al frente o seguir buscando con los ojos a un solo uniforme en medio de ese océano verde, se escuchaban abanicos improvisados con programas de ceremonia, susurros, nombres repetidos una y otra vez:

—¿Cuál será?
—Mírelo allá, creo que es ese.
—No, no, el de más a la izquierda.
—Ay, Dios mío, sí parece él…
—Qué bonito se ve…

El orgullo caminaba por esas graderías como un animal silencioso, enorme. Cada familia sentía, a su manera, que ese día no estaba viendo solamente a un muchacho vestido de uniforme, estaba viendo una transformación, el hijo, el novio, el hermano, el muchacho que había salido de la casa semanas atrás con cara de civil, ahora estaba ahí, en formación, endurecido, firme, convertido en otra cosa.

Jhon permanecía inmóvil dentro de su fila, con el fusil bien afirmado y la vista al frente, pero por dentro el pecho le latía con una violencia distinta a la de cualquier prueba física, quería verla, había esperado ese momento desde el día en que le autorizaron la llamada, esperó sin mover un músculo visible hasta que

la formación quedó definitivamente ubicada y, en uno de esos instantes mínimos en que la vista puede barrer el horizonte sin parecer indisciplina, la encontró.

Estaba en una de las graderías laterales, no muy lejos del centro.

Yuranni.

Jhon sintió que por un segundo todo el campo, toda la tropa, todo el calor y toda la ceremonia quedaban suspendidos.

Ella llevaba un vestido ceñido, elegante en su sencillez, de un color oscuro que hacía resaltar su piel, el cabello largo le caía sobre los hombros con ese movimiento suave que él recordaba demasiado bien, tenía el rostro iluminado por la mezcla exacta de orgullo y emoción contenida; los ojos, atentos, buscándolo con un brillo húmedo que apenas se sostenía para no romperse, había en ella algo más fuerte que la belleza: la espera, la lealtad. La presencia de quien no se había movido de su lugar emocional aunque el tiempo y la distancia hubieran hecho su trabajo.

Jhon tragó saliva y volvió la vista al frente de inmediato, pero ya no fue el mismo, saber que ella estaba allí le enderezó todavía más la espalda.

Danny también buscó entre las graderías, no tardó en encontrar a la suya: su madre no había podido viajar por su enfermedad, pero había llegado una tía con dos primos pequeños y una vecina vieja que prácticamente lo había visto crecer, ellos agitaban discretamente la mano cada vez que creían reconocerlo, Danny no sonrió, porque no podía, pero sintió que algo cálido le subía por el pecho, a unos asientos de distancia, la madre de Camilo estaba de pie aunque nadie más lo estaba, como si no pudiera contener la emoción. La de Andrés,

sentada y con las manos unidas sobre el regazo, miraba en silencio, pero en sus ojos había una paz nueva: el hijo que tanto temía perder en la deriva ahora estaba firme, vivo, alineado entre hombres.

Las voces de mando volvieron a cruzar el campo.

—¡Batallón… atención!
—¡Presenten… armas!

El movimiento fue perfecto, el sonido metálico y uniforme de más de mil fusiles ajustándose al mismo tiempo llenó el espacio de una solemnidad imponente, las banderas flameaban con fuerza, el sol golpeaba sobre las hojas de acero y sobre los botones, arrancando chispazos de luz, el comandante de la ceremonia avanzó hacia el centro, acompañado por oficiales superiores, el protocolo se desplegó con toda la pompa que merece un acto de esa naturaleza: la lectura del orden del día, la invocación solemne del compromiso con la patria, el recordatorio de que desde ese momento el juramento no era una frase sino una deuda de sangre, de honor y de servicio.

Cuando llegó el momento del juramento, el campo entero pareció contener la respiración.

Más de mil voces repitieron la fórmula con una fuerza que estremeció a las graderías, no era solo la potencia del número, era lo que había detrás de cada garganta: semanas de formación, golpes, rabia, nostalgia, dolor, orgullo, miedo y decisión, Jhon pronunció cada palabra pensando en Yuranni. Danny, en su madre. Andrés, sorprendentemente, en todo lo que había resistido para llegar vivo a ese instante, Camilo, con esa gravedad silenciosa que no se le iba nunca.

Hubo un momento especialmente emotivo cuando el oficial encargado habló de las familias.

—Detrás de cada hombre que hoy jura bandera —dijo con voz profunda— hay un hogar que resistió su ausencia, una madre que rezó, un padre que esperó, una mujer que sostuvo la esperanza, unos hermanos que contaron los días, hoy no se honra solo al soldado, se honra también a quienes, desde lejos, lo ayudaron a no rendirse.

En las graderías varios se secaron los ojos.

Luego vino el reconocimiento.

—Se procederá a exaltar al mejor soldado del curso.

Un murmullo leve recorrió las filas, apagado enseguida por el rigor de la ceremonia, muchos ya sabían quién era, no porque lo hubieran anunciado antes, sino porque era evidente desde hacía semanas: la disciplina, el polígono, la presentación personal, el aguante, la regularidad… todo apuntaba al mismo nombre.

—Soldado regular Danny Rodríguez Mora… al frente.

Danny sintió el golpe de la orden hasta en las rodillas, dio el paso reglamentario, salió de su formación y avanzó con el fusil, erguido, medido, impecable, todo en él parecía encajar con la ceremonia: las botas brilladas hasta el límite, el uniforme pulcro, la expresión sobria, la mirada al frente, cuando llegó al punto central, la voz del comandante volvió a escucharse.

—Por su desempeño sobresaliente, su disciplina, sus resultados en instrucción, su capacidad de liderazgo y su excelencia en el polígono, se reconoce al soldado regular Danny Rodríguez Mora como el mejor del curso.

En las graderías, la tía de Danny se llevó las manos a la boca, los primos saltaron en el puesto, la vecina lloró sin disimulo, y hasta en las filas, sin romper la rigidez, varios sintieron una especie de orgullo compartido, Danny recibió el reconocimiento sin perder la compostura, pero por dentro era otra historia, sabía que su madre no estaba ahí para verlo con sus propios ojos, y sin embargo, sentía como si toda esa distancia quedara compensada por el peso de ese instante.

Cuando volvió a su lugar, Jhon lo miró apenas de reojo.

No hacía falta decirle nada.

El otro ya sabía.

La ceremonia continuó con marchas, honores, la banda marcial llenando el campo con ese sonido solemne y vibrante que solo en esos actos adquiere un sentido casi sagrado, las banderas siguieron ondeando sobre la multitud, el calor ya era intenso, pero nadie quería que terminara demasiado pronto, había algo en la belleza de ese orden perfecto que hasta las familias percibían como un privilegio raro: ver a los suyos convertidos en parte de una estructura más grande, engalanados por la liturgia del uniforme, el mando y la patria.

Al cierre, la voz del oficial volvió a imponerse sobre el campo:

—Personal de soldados… queda autorizado el encuentro con sus familiares.

La frase soltó la presión como si alguien hubiera abierto una válvula invisible.

Las formaciones se rompieron con orden, pero la emoción ya no se podía contener tanto, las graderías se vaciaron en cuestión de segundos, madres bajando casi a trote, novias arreglándose el cabello por última vez, hermanos pequeños señalando uniformes, abrazos que todavía no ocurrían, pero ya estaban anunciados en cada rostro.

Jhon apenas alcanzó a dejar su posición cuando vio a Yuranni bajando de la gradería, caminaba deprisa, sosteniéndose el vestido con una mano para no tropezar, y cuando al fin estuvieron frente a frente, el tiempo les hizo una pausa.

Ella no dijo nada primero.

Lo abrazó.

Con fuerza.

Con las dos manos alrededor de su cuello, apretándolo como si necesitara comprobar que de verdad estaba ahí, entero, vivo, suyo, Jhon la sostuvo por la cintura y escondió el rostro un instante en el cabello de ella, respirando ese olor que tanto le había faltado, Yuranni se apartó apenas lo necesario para mirarlo.

—Estás diferente —le dijo, con los ojos brillantes.

—¿Para bien o para mal?

Ella sonrió, y esa sonrisa le pegó a Jhon más duro que cualquier trote.

—Para volverme a enamorar.

Él soltó una risa breve, incrédula.

—Pensé en ti todos los días.

—Yo también —respondió ella—. Todos.

Se quedaron mirándose un momento, demasiado cerca para necesitar más palabras, alrededor, el campo se llenaba de abrazos parecidos, Danny recibía el abrazo apretado de su tía y la alegría escandalosa de los primos, Andrés estaba con su madre en una conversación callada, de frente, como si no necesitaran tocar demasiados temas para entenderse, Camilo, un poco más tieso, aceptaba el orgullo emocionado de la suya con esa torpeza de los hombres que no saben qué hacer cuando los miran con ternura.

Fue en medio de ese reencuentro cuando Danny se acercó a saludar a Jhon y a Yuranni.

Ella lo reconoció al instante.

—Danny, lo felicito de verdad, usted es mero teso de verdad

—Sí, señora —respondió él, medio sonriendo.

—No me diga señora —dijo ella—, que me hace sentir vieja.

Los tres rieron.

Fue una risa limpia. Descansada. Casi olvidada.

Luego Jhon y Yuranni se apartaron un poco del bullicio y hablaron con más calma, a la sombra de un costado de la gradería, ella le contó de la casa, del barrio, de cómo todos preguntaban por él, Jhon le habló de lo justo: del curso, de la prueba, del reconocimiento de Danny, de que pronto vendría lo serio, no quiso llenarla de miedos, quiso aprovechar la brevedad de la cercanía.

Más tarde, cuando el evento terminó y las visitas comenzaron a despedirse o a organizar lo poco de tiempo libre que les habían concedido, Danny recibió la carta de su madre, la llevaba su tía, doblada con cuidado dentro de un sobre sencillo.

—Tu mamá no pudo venir —le dijo ella, bajando la voz—. Está muy mal de la artritis, esta semana casi no ha podido ni levantarse sin ayuda, pero te mandó esto, me dijo que te lo entregara en la mano.

Danny tomó la carta como si pesara más que un fusil, no la abrió enseguida, primero tragó saliva, luego asintió.

—Gracias.

Jhon y Yuranni estaban cerca cuando ocurrió.

Ella, que tenía ese tipo de sensibilidad para entender el dolor ajeno sin invadirlo, se acercó y le habló con una ternura tranquila.

—Tu mamá hubiera estado muy orgullosa hoy.

Danny bajó la mirada un momento.

—Sí… —dijo—. Lo sé.

—A veces estar enferma no le quita a una madre las ganas de estar presente, solo le cambia la forma de hacerlo.

Danny apretó el sobre entre los dedos, la miró y sonrió con gratitud.

—Gracias.

Esa conversación quedó pequeña en palabras, pero grande en peso.

Después del encuentro, varios de ellos aprovecharon el permiso para salir hacia Bogotá con sus familias o con quienes los esperaban, cada uno tomó su propio rumbo, algunos se fueron a comer donde unos parientes, otros a beber con prudencia esa libertad breve, otros prefirieron simplemente caminar por la ciudad como quien necesita recordar que el mundo civil sigue existiendo.

Jhon y Yuranni eligieron la fiesta a su manera.

Bogotá los recibió con su tarde extendiéndose lentamente hacia la noche, con luces encendiéndose de a poco y ese aire fresco que después del calor de Tolemaida parecía otra bendición, caminaron primero sin mucho rumbo, como si necesitaran gastar el tiempo solo en estar juntos, luego fueron a un sitio donde sonaba música fuerte, donde la juventud se movía sin pensar en fusiles, en listas de destinación ni en páramos, allí, entre tragos, carcajadas y canciones, Jhon volvió a sentirse joven de una forma distinta: no como recluta, no como casi soldado, sino como hombre enamorado.

Danny, en cambio, eligió otra cosa.

Subió solo a Monserrate al caer la noche.

Necesitaba distancia, silencio, altura, se sentó en un punto desde donde la ciudad se extendía abajo como un mar de luces, sacó la carta de su madre y la leyó despacio, con las manos firmes y los ojos cada vez más húmedos, las palabras hablaban del orgullo, del dolor de las articulaciones, de la esperanza de verlo pronto, de lo mucho que ella rezaba por él, cuando terminó, levantó la vista hacia la ciudad y luego al cielo oscuro sobre la montaña.

No dijo nada.

Pero en esa soledad había una especie de oración.

Mientras tanto, la noche de Jhon y Yuranni tomó otro rumbo.

Después del bullicio, después de la música, después de sentir la ciudad ajena y viva alrededor, se quedaron finalmente solos, en un cuarto modesto, iluminado apenas por una lámpara cálida y el rumor distante de la noche bogotana, el silencio entre los dos fue volviéndose otra cosa, no era ausencia de palabras; era espera, mirada, hambre contenida, los cuerpos recordándose antes incluso de tocarse.

Yuranni se quedó de pie frente a él unos segundos, mirándolo como si quisiera recuperar con los ojos todo el tiempo perdido, Jhon le apartó un mechón de cabello de la cara, despacio, y ella cerró los ojos apenas al sentir la caricia y luego volvió a abrirlos y lo besó.

No fue un beso apresurado.

Fue un reencuentro.

Un beso largo, profundo, lleno de esa mezcla de deseo, alivio y necesidad que solo se acumula cuando el amor ha tenido que sobrevivir a la distancia y al miedo, Jhon la atrajo hacia sí por la cintura, con esa urgencia joven que todavía conservaba algo de torpeza hermosa, y ella respondió pegándose a él con la confianza de quien no teme entregarse, rieron entre besos, se dijeron cosas al oído, se tocaron con el asombro intacto de quienes, aun conociéndose, vuelven a descubrirse.

La ropa fue cayendo como cae lo innecesario cuando por fin se llega al centro de lo que se extrañaba, la piel de Yuranni bajo sus manos le devolvió a Jhon un mundo que el uniforme no había podido borrar, y ella, al sentir la fuerza nueva

en los hombros de él, la dureza reciente de sus brazos, el olor mezclado de hombre, jabón, sudor limpio y ausencia vencida, comprendió que el muchacho que se había ido seguía siendo suyo, aunque ahora trajera encima la sombra de algo más grande.

Se amaron con juventud, con hambre, con esa energía desbordada de quienes todavía creen que una noche puede suspender el tiempo, no hubo delicadeza fría ni distancia elegante, hubo respiración agitada, manos buscando sin miedo, besos con nombre propio, la risa interrumpida por el deseo y esa complicidad caliente que solo tienen dos personas que ya se habían imaginado demasiadas veces volviendo a tocarse, afuera seguía Bogotá, adentro, para ellos, solo existía el cuerpo del otro y la certeza momentánea de que el mundo podía quedarse quieto mientras durara ese abrazo.

Yuranni se quedó recostada sobre el pecho de Jhon, escuchando cómo su respiración iba bajando poco a poco, afuera, la ciudad seguía viva, pero ahí adentro el tiempo parecía detenido.

—Oiga… —dijo ella bajito, dibujando con el dedo sobre el pecho de él—… usted sí cambió.

Jhon sonrió apenas, mirando el techo.

—¿Pa’ bien o pa’ mal?

—Pa’ todo… —respondió ella—. Está más serio… más callado… pero también… —levantó la cabeza y lo miró a los ojos—… más hombre.

Jhon soltó una risa suave.

—No me diga eso, que me la creo.

—No, en serio —dijo ella, acomodándose mejor sobre él—. Antes usted era más bobo… más recochero.

—¿Y ahora?

—Ahora también… pero con cara de que ha sufrido —dijo, sonriendo.

Jhon negó con la cabeza.

—Si supiera…

Hubo un silencio corto.

Yuranni levantó la mirada otra vez.

—¿Fue muy duro?

Jhon dudó un segundo.

—Sí… —respondió al final—. Pero no era lo físico… era la cabeza… uno allá piensa mucho… y cuando no quiere pensar, piensa más.

Ella se quedó quieta, escuchando.

—¿Y en qué pensaba? —preguntó.

Jhon la miró directo.

—En usted.

Yuranni sonrió, pero los ojos se le aguaron un poquito.

—¿Sí?

—Todos los días —dijo él—. En serio… cuando ya no podía más… sacaba la foto suya… y ya.

Ella bajó la mirada, como si no supiera qué hacer con eso.

—Yo también pensaba en usted… —dijo—. A veces me daba miedo… no saber nada… uno se imagina muchas cosas…

Jhon le acarició el cabello.

—Tranquila… ya estoy aquí.

—Por ahora… —respondió ella, mirándolo fijo.

Ese “por ahora” quedó pesado entre los dos.

Jhon suspiró.

—Nos van a mandar pa’ Sumapaz…

—¿Eso qué es? —preguntó ella.

—Frío… montaña… guerra… —respondió sin adornarlo.

Ella se quedó callada unos segundos.

—¿Y tiene que ir?

—Sí.

—¿Y no puede decir que no?

Jhon soltó una risa corta.

—Esto no es la universidad…

Yuranni le dio un golpecito suave en el pecho.

—No se burle.

—No me estoy burlando… —dijo él, bajando la voz—. Solo que ya esto no depende de mí.

Ella apoyó otra vez la cabeza sobre él.

—A mí no me gusta eso…

—A mí tampoco —respondió Jhon.

Se quedaron en silencio.

Pero no era un silencio incómodo.

Era de esos que pesan… pero acompañan.

—Oiga… —dijo ella otra vez—… ¿y si no vuelve?

Jhon la apretó un poco más contra él.

—Voy a volver.

—Pero dígalo bien… —insistió ella—… no así como por salir del paso.

Jhon la miró serio.

—Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para volver a usted.

Yuranni lo sostuvo la mirada.

—Eso me sirve más.

Se quedaron así, mirándose.

—¿Sabe qué? —dijo ella de pronto—. Yo me siento orgullosa de usted.

Jhon levantó una ceja.

—¿En serio?

—Sí… aunque me dé miedo… aunque no entienda muchas cosas… —hizo una pausa—… pero verlo hoy allá, en formación… tan firme… tan… no sé… tan suyo…

Jhon sonrió.

—Tan pinta, diga.

Ella se rió.

—Ay, sí… también.

Se acomodó otra vez.

—Pero no se me vaya a poner creído, ¿oyó?

—Nunca.

—Porque si no, le quito el saludo.

—No me haga eso…

—Sí, le dejo de hablar.

—Ah no, ahí sí me jodió.

Los dos rieron bajito.

Después, el silencio volvió.

Pero esta vez más tranquilo.

Más suave.

Yuranni cerró los ojos.

—Quédese así… —murmuró—… que así me siento tranquila.

Jhon la abrazó un poco más fuerte, volviendo a una posición de relación íntima.
—Yo también.

Los tres días se fueron como agua entre los dedos.

Centros comerciales, comidas rápidas, cine, caminatas sin rumbo, risas que salían fáciles… como si el mundo, por un momento, hubiera decidido darles tregua. Jhon y Yuranni aprovecharon cada segundo, pero en el fondo, ambos sabían que eso tenía fecha de vencimiento.

El tercer día, en la tarde, el ambiente cambió.

No fue algo que se dijera.

Se sintió.

Estaban sentados en una banca, en un pasillo del centro comercial, viendo pasar gente como si fueran ajenos a todo, Jhon estaba más callado de lo normal, Yuranni lo notó de inmediato.

—¿Qué tiene? —le preguntó, mirándolo de lado.

Jhon se tomó unos segundos.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Sacó un sobre.

—Quiero que haga algo por mí.

Yuranni lo miró, seria.

—¿Qué?

Jhon le entregó el sobre.

—Entrégueselo a mi mamá.

Ella lo recibió sin abrirlo.

—¿Y por qué no se lo da usted?

Jhon bajó la mirada un segundo.

—Porque no sé cuándo la vuelva a ver.

El silencio se hizo pesado.

Yuranni apretó el sobre entre los dedos.

—No diga eso…

—Escúcheme —la interrumpió suavemente—. Solo entrégueselo. Y ya.

Ella asintió despacio.

—Listo.

Jhon dudó un poco más.

Luego sacó otro sobre.

Este más pequeño.

Más cuidado.

—Y este… —dijo, mirándola fijo—… es para usted.

Yuranni lo recibió, pero esta vez con otra expresión.

—¿Qué es?

—No lo abra.

—¿Cómo así?

—Solo lo abre si… —Jhon hizo una pausa corta—… si algo me pasa.

Yuranni lo miró de inmediato, con molestia y tristeza al tiempo.

—No me gusta que diga eso.

—A mí tampoco —respondió él—. Pero igual lo voy a decir.

Ella negó con la cabeza.

—No me deje con eso, Jhon…

—No la estoy dejando —dijo él—. La estoy cuidando.

Yuranni bajó la mirada.

Guardó el sobre lentamente en su bolso.

—No lo voy a necesitar —murmuró.

Jhon no respondió.

Solo la miró.

Después de unos segundos, ella volvió a hablar, como queriendo cambiar el peso de la conversación.

—¿Y su mamá cómo está?

Jhon soltó un aire leve.

—Como siempre… estricta.

Yuranni sonrió apenas.

—Sí… se le nota.

—Nunca le gustó que yo fuera así… —dijo él—. Siempre decía que yo era muy acelerado, muy llevado de la emoción.

—¿Y Juan Carlos?

Jhon se encogió de hombros.

—Ese sí… el perfecto.

—¿El ingeniero?

—Sí… Universidad de Antioquia… el orgullo de la casa —dijo con una media sonrisa—. A ese sí le aplauden todo.

—¿Y a usted no?

—A mí me quieren… pero diferente.

Yuranni lo miró con cuidado.

—Usted también debería ser el orgullo.

Jhon negó.

—Yo elegí otro camino.

—¿Y no le duele?

Jhon se quedó pensando.

—Antes sí… ahora no tanto.

—¿Por qué?

Él la miró.

—Porque ya no tengo que demostrarle nada a nadie.

Yuranni sonrió.

—Solo a usted mismo.

—Exacto.

Se quedaron en silencio.

Pero esta vez era un silencio más tranquilo.

Más claro.

El regreso a Tolemaida llegó demasiado rápido.

Como todo lo bueno.

En el punto de encuentro, los soldados comenzaron a reunirse uno a uno, con el uniforme nuevamente en orden, el cabello corto, el rostro serio… como si en cuestión de horas hubieran tenido que volver a ponerse la armadura.

Yuranni no decía mucho.

Desde que salieron de Bogotá, algo en ella no estaba bien.

No sabía explicarlo.

No era miedo claro.

Era una sensación.

Una incomodidad interna.

Ese tipo de presentimiento que no tiene forma, pero que no se va.

Durante todo el trayecto, fue en silencio.

Mirando por la ventana.

A veces mirando a Jhon.

A veces apretando el bolso donde guardaba la carta.

Las lágrimas empezaron suaves.

Luego no pararon.

Jhon la miró varias veces.

—Oiga… ¿qué le pasa?

Ella negó con la cabeza.

—No sé…

—Entonces no llore.

—No puedo —respondió, limpiándose la cara—. Siento algo raro…

—¿Cómo así?

—No sé… como si… —se detuvo—… como si algo no estuviera bien.

Jhon le tomó la mano.

—Todo está bien.

Pero ni él mismo sonó convencido.

Yuranni lo apretó más fuerte.

—Prométame que va a volver.

Jhon la miró en silencio.

No respondió de inmediato.

Solo le sostuvo la mano.

Al llegar a Tolemaida, la realidad volvió de golpe.

Órdenes.

Voces.

Movimiento.

Uniformes.

Formación.

Cada uno tomó su rumbo sin muchas palabras.

Jhon alcanzó a mirar a Yuranni una última vez.

Ella seguía ahí.

Con los ojos rojos.

Sin moverse.

Hasta que ya no pudo verla más.

—

En el alojamiento, el ambiente era otro.

Los muchachos ya estaban ahí.

Algunos doblando uniformes.

Otros organizando equipo.

Otros limpiando botas con una concentración casi obsesiva.

La recocha había bajado.

Ahora había otra cosa.

Expectativa.

—¿Qué hubo pues, lanza? —dijo Danny, viendo entrar a Jhon.

—Bien…

—¿Listo pa' lo que viene?

Jhon soltó una media sonrisa.

—Toca.

Camilo estaba sentado, ajustando su equipo.

Andrés, en silencio, revisando su fusil.

—Esto ya se puso serio —dijo uno al fondo.

—¿Cuándo no? —respondió otro.

Danny se paró.

—Lo que venga… lo sacamos.

Miró a todos.

—Ya llegamos hasta aquí.

Nadie discutió eso.

Porque todos lo sabían.

Esa noche, antes de dormir, Jhon sacó por última vez la billetera, miró la foto de Yuranni, y por primera vez desde que empezó todo…no sintió tranquilidad, sintió algo distinto.

Como si las palabras de ella…hubieran quedado flotando en el aire.

Y en algún lugar de ese mismo país…el destino ya se estaba moviendo.

A las 0700 horas los formaron en silencio y los condujeron al centro de exposiciones del cantón, un espacio amplio, cerrado, con sillas metálicas organizadas en filas perfectas frente a una tarima elevada, al fondo, un video beam ya encendido proyectaba una imagen fija: un mapa satelital del centro del país, la Cordillera Oriental se extendía como una columna vertebral, y en medio de ella, marcado con círculos rojos y líneas de avance, estaba el páramo de Sumapaz.

Más de mil hombres entraron y se sentaron.

El murmullo fue bajo.

Nadie sabía exactamente qué venía, pero todos intuían que ese momento era distinto a cualquier instrucción anterior.

En la tarima, varios oficiales ya estaban ubicados, uniformes impecables, rostros duros, miradas que no se detenían en nadie en particular sino en el conjunto, había un orden claro en la disposición: al centro, un coronel; a los lados, mayores, capitanes y algunos suboficiales de alto rango.

A las 0715, el murmullo se apagó.

El Coronel Andrade dio un paso al frente.

No necesitó gritar.

—Buenos días.

—¡Buenos días, mi coronel! —respondieron al unísono.

—Siéntense.

El sonido metálico de las sillas acomodándose llenó el recinto.

Andrade tomó el control del espacio como si siempre hubiera sido suyo.

—A partir de este momento, lo que van a escuchar no es instrucción básica… —hizo una pausa breve—… es misión.

El ambiente cambió.

Literal.

El mapa en la pantalla se amplió. Zoom directo al Sumapaz.

—Área de operaciones: páramo de Sumapaz —dijo, señalando con un puntero láser—. Corredor estratégico entre Meta, Huila y Cundinamarca, punto de acceso indirecto a Bogotá.

El láser marcó una línea.

—El enemigo ha utilizado este terreno durante años como ruta de movilidad, repliegue y presión sobre población civil, frentes identificados: 51, 53 y 55 del Bloque Oriental.

Algunos en las filas se movieron apenas.

No por miedo.

Por atención.

—Objetivo del Estado: recuperar control total del corredor.

El mapa cambió.

Aparecieron coordenadas.

—Punto de inserción y establecimiento: 3°58′01″N 74°14′41″W. Alto de las Águilas.

El silencio fue absoluto.

—Altitud aproximada: 3.500 metros sobre el nivel del mar, temperatura variable entre los 0 y los 10 grados, niebla permanente, visibilidad reducida, terreno irregular, sin infraestructura establecida.

El coronel bajó el puntero.

—En ese punto se va a establecer una base militar temporal.

Nadie se movía.

—Repito: base temporal.

Miró a todos.

—Ustedes van a ser los primeros en llegar.

El peso de la frase cayó completo.

—Van a ocupar el terreno, van a asegurar perímetro, van a sostener posición.

Pausa.

—Y van a esperar relevo.

Un mayor intervino desde el costado.

—Tiempo estimado de permanencia inicial: indefinido, hasta que condiciones operacionales permitan rotación de tropas.

Un murmullo leve quiso salir, pero se contuvo.

Andrade continuó.

—Nombre de la operación: **Libertad I**.

El nombre quedó en el aire.

—Fundamento: control permanente del punto dominante, negación de corredor enemigo, protección de fuentes hídricas y acceso a capital.

El láser volvió al mapa.

—No van a patrullar para salir… van a patrullar para quedarse.

Uno de los capitanes dio un paso al frente.

—Organización de mando.

Señaló hacia la tarima.

—Comandante general de la operación: Coronel Andrade.

Andrade no se movió.

—Segundo al mando: Mayor Rojas.

Un oficial dio un paso firme.

—Compañías distribuidas en bloques de 250 hombres, cada bloque bajo mando de capitanes operacionales.

Nombró varios:

—Capitán Herrera.
—Capitán Salgado.
—Capitán Muñoz.
—Capitán Cárdenas.

Cada uno respondió con un leve gesto de cabeza.

—Subdivisión táctica: pelotones bajo mando de tenientes.

El capitán hizo una pausa.

—Ustedes, directamente… —miró hacia la masa de soldados—… estarán bajo control de dos tenientes y un capitán que ya tienen experiencia en operaciones de alta montaña.

Señaló hacia un lado.

Tres hombres dieron un paso al frente.

Sus uniformes no estaban nuevos.

Estaban marcados.

—Teniente Lara.
—Teniente Cifuentes.
—Capitán Beltrán.

El capitán que presentaba los miró con respeto.

—Vienen de operaciones en el cerro de Patascoy.

Eso bastó.

No hacía falta explicar más.

Los que sabían… entendieron.

Los que no… sintieron el peso igual.

El Teniente Lara habló por primera vez.

—Allá arriba no hay margen de error.

Silencio.

—El frío no perdona, el terreno no perdona, y el enemigo tampoco.

El Teniente Cifuentes agregó:

—El que no esté atento… se pierde.

El Capitán Beltrán cerró:

—Y el que se pierda… no vuelve.

No hubo dramatismo.

Solo realidad.

El video beam mostró imágenes.

Niebla espesa.

Soldados caminando con visibilidad casi nula.

Terreno lodoso.

Cuerpos agotados.

Posiciones improvisadas.

—Esto es el Sumapaz —dijo Andrade.

Apagó el puntero.

—Y ahí es donde ustedes van a servir.

La charla duró casi dos horas, logística, movimientos, reglas de enfrentamiento, comunicación, supervivencia básica, nada sobraba, nada faltaba.

Al final, Andrade dio la última orden:

—Hoy se alistan. Mañana se mueven.

Horas después, en la misma plaza donde semanas atrás los habían recibido como ganado, estaban otra vez formados.

Pero ya no eran los mismos.

Ahora tenían:

Fusil asignado.
Equipo completo.
Morral cargado.
Casco ajustado.

Y una misión.

El sonido de los cierres, de los seguros de fusil, de las correas ajustándose llenaba el ambiente.

Danny revisaba su equipo con precisión.

—Todo en orden —murmuró.

Jhon ajustaba su cargador.

Camilo en silencio.

Andrés concentrado.

Un suboficial gritó:

—¡Atención!

Todos firmes.

—Movimiento hacia Cabrera, Cundinamarca.

El nombre quedó claro.

—Inserción terrestre hasta punto seguro. De ahí… ascenso.

Los camiones ya estaban listos, motores encendidos, polvo levantándose.

Uno a uno fueron subiendo.

Sin hablar mucho.

Sin mirar atrás.

Porque ya sabían, esto ya no era entrenamiento.

ERA EL COMIENZO.

Los camiones arrancaron en columna, uno tras otro, levantando una nube de polvo seco que se fue quedando atrás como una estela muda, el ruido del motor, constante y pesado, llenaba el interior, nadie hablaba mucho. Cada quien iba con su pensamiento, con su equipo apretado contra el cuerpo, con el fusil asegurado entre las manos o las piernas.

El calor de Tolemaida empezó a quedar atrás poco a poco.

La carretera fue cambiando.

Primero recta, amplia, abierta… luego más estrecha, más quebrada, más metida entre la montaña, el paisaje empezó a transformarse sin pedir permiso: el verde se volvió más intenso, el aire más fresco, y la sensación de “alejarse de lo conocido” se hizo más evidente.

—Entramos a Fusagasugá —gritó un suboficial desde adelante.

Algunos se asomaron lo que pudieron, el pueblo no estaba normal, se sentía.

Había presencia militar en cada esquina visible: soldados apostados, retenes, vehículos camuflados estacionados en puntos estratégicos, la gente caminaba, sí… pero no con la misma tranquilidad de una tarde cualquiera, miraban de reojo, bajaban la voz, aceleraban el paso.

Y en el aire…

Ese sonido.

El rotor de los helicópteros.

Uno pasó bajo, cruzando el cielo con ese golpe de viento que hacía vibrar los cables y levantar polvo en los techos. Luego otro, más lejos, y otro más.

—Eso es todos los días —dijo uno de los soldados.

—¿Por qué tanto movimiento? —preguntó otro.

Nadie respondió, pero todos entendieron.

El convoy siguió.

La carretera empezó a inclinarse más ,curvas, subidas, descensos cortos, vegetación más cerrada.

—Arbeláez —anunció otro suboficial.

Ahí la sensación fue aún más marcada, menos gente, más silencio, más presencia militar.

Los camiones redujeron la velocidad al pasar por un retén, soldados en posición, algunos con la mirada fija en el convoy, otros vigilando los alrededores como si esperaran algo en cualquier momento.

El ruido de un helicóptero volvió a cruzar el cielo.

Más cerca esta vez.

—Esto ya no es paseo —murmuró alguien.

Dentro del camión, el Capitán Beltrán se levantó un poco, agarrándose del tubo central para mantener el equilibrio.

Miró a todos.

—Escuchen bien.

El ruido del motor obligaba a prestar atención.

—Hasta ahora ustedes han entrenado.

Pausa.

—Han sufrido, sí, han sudado, sí, han aguantado.

Miró a uno y a otro.

—Pero lo que viene… —negó con la cabeza levemente—… eso es otra cosa.

El camión siguió avanzando.

—Allá arriba van a ver lo que un ser humano es capaz de hacerle a otro.

El silencio se hizo más pesado.

—Van a entender que esto no es juego, que esto no es por nota, que esto no es por quedar bien con un instructor.

Se inclinó un poco hacia ellos.

—Allá es vida o muerte.

Se volvió a sentar, nadie respondió, nadie tenía nada que decir.

Danny estaba sentado junto a Andrés.

El traqueteo del camión hacía que se golpearan levemente los hombros cada tanto.

Andrés miraba hacia el piso, con la mandíbula apretada.

—¿Qué, lanza? —le dijo Danny en voz baja.

—Nada…

—No le creo.

Andrés soltó un aire.

—Estoy pensando en lo que dijo ese man…

Danny asintió.

—Sí… yo también.

—¿Usted cree que sí es así de feo?

Danny se quedó mirando al frente unos segundos.

—Si no lo fuera… no nos estarían mandando.

Andrés tragó saliva.

—No sé… uno entrena, corre, dispara… pero otra cosa es estar allá…

Danny lo miró.

—Miedo siempre va a haber.

—¿Y usted no tiene?

Danny sonrió apenas.

—Claro.

Andrés lo miró sorprendido.

—¿Y entonces?

—Entonces uno hace lo que le toca… con miedo y todo.

El camión dio un salto en un bache.

—Además… —agregó Danny—… no estamos solos.

Andrés asintió despacio.

—Eso sí…

Al caer la tarde llegaron a Cabrera, el pueblo parecía detenido en el tiempo, pequeño, callado.

Encerrado entre montañas.

Pero también…

Tenso.

Había presencia militar en los accesos, en la plaza, en puntos altos, algunos habitantes miraban desde lejos, sin acercarse mucho, no era miedo abierto… pero tampoco tranquilidad.

Los bajaron.

—¡Rápido, rápido! —gritaban los suboficiales—. ¡Organicen cambuches!

El terreno asignado estaba a las afueras, una zona abierta, con suelo irregular y vegetación baja. Nada cómodo, nada preparado.

Cada grupo empezó a armar lo suyo.

Lona.

Estacas.

Cuerda.

Manos rápidas.

Cuerpos cansados.

La noche cayó rápido, más fría, más pesada, más silenciosa…al principio, porque luego empezaron los sonidos.

Lejanos.

Secos.

Irregulares.

—Tac… tac… tac-tac…

Disparos.

No cerca, pero tampoco tan lejos como para ignorarlos, algunos levantaron la cabeza, otros se quedaron quietos, escuchando.

Luego…un estruendo más fuerte.

—¡BOOM!

El suelo vibró apenas.

—¿Eso qué fue? —susurró uno.

—Granada… o cilindro —respondió otro sin seguridad.

Otro estallido.

Más lejos.

El silencio volvió… pero distinto.

Más tenso.

Dentro del cambuche, Jhon, Danny, Andrés y Camilo estaban acostados, mirando hacia el techo improvisado.

Nadie dormía.

—¿Escucharon? —dijo Andrés.

—Sí —respondió Camilo.

—Eso no es entrenamiento… ¿cierto?

Danny negó despacio.

—No.

Se quedaron en silencio, otro sonido lejano, más disparos.

—Entonces ya empezó… —murmuró Andrés.

Danny miró hacia arriba.

—No…

Pausa.

—Esto apenas está empezando.

El viento frío empezó a colarse por los lados del cambuche.

El olor a tierra húmeda subía.

Y en medio de esa noche, con disparos lejanos, explosiones que rompían el silencio y un cielo oscuro cubriendo todo…

La sala de espera estaba a reventar, todas las personas estaban abarrotadas por querer que las atendieran lo más pronto posible en el centro médico de Belén, el calor era pasable, pero la gente no; cada día la fila iba en aumento por

la cantidad de gripa y en busca de la vacuna contra el sarampión y la rubéola, los bebés eran los que más abundaban y su llanto se confundía entre las salas.

—Siga señora, tranquila.
—Eee, pero casi que no, llevo como desde las 7 de la mañana y nada que me atendían, mire a ver si le dan mejor trato al cotizante, ¿no ve que con eso yo le pago su sueldo, niña?
—Tranquila señora, siga por favor...

Sin más, la señora ingresó al centro de vacunación con sus niñas, que le hicieron una mofa a Yuranni, que era la que estaba atendiendo a los ciudadanos en su nuevo trabajo, con el cual estaba sustentando sus estudios en licenciatura en pedagogía infantil.

Como siempre, Yuranni solo expresaba ternura, pero a la vez firmeza, una pelada echada para adelante a pesar de los problemas familiares, su padre golpeaba a su madre y debió salir corriendo con todo desde Urabá para vivir en Medellín, su madre, una señora con la perfecta palabra de humildad y sencillez, vendía cosas en el centro de Medellín y trabajaba también por temporadas en casas del Poblado, haciendo aseo y cosas de jardín, entre las dos habían sacado todo adelante, incluso una casa de envidiar en Envigado, pero ya era hora de despegar de casa, pensó, cuando volvía de su encuentro con Jhon.

Ella también lo pensaba mucho, pero no podía perder el ritmo en el que iba.

De un momento a otro, la transmisión se detuvo, y aunque parezca extraño, todo se unió en silencio, en los pequeños televisores apareció una imagen de fondo color rojo intenso, casi color sangre, y casi gritando, las letras en color amarillo decían:

—Noticia de último minuto...

La imagen mostró, de manera impactante, cómo los policías de una estación recogían a pedazos lo que quedaba de su estación destruida por cilindros bomba.

—En hechos ocurridos y perpetrados por guerrilleros de las FARC, atacaron una estación de Policía en zona rural del departamento de Caquetá, utilizando cilindros bomba y ráfagas de fusil, este hostigamiento se extendió por varias horas durante la noche, dejando varios uniformados heridos y daños considerables en la infraestructura, la población civil permaneció confinada en sus viviendas ante la intensidad del ataque...

La historia siguió detallando los eventos ocurridos, pero no entrevistó a ningún policía por miedo a represalias. Cuando de pronto la imagen cambió hacia la sala de estudio diciendo:

—De inmediato nos conectamos con nuestro corresponsal en la Casa de Nariño, quien nos informa que el Presidente de la República dará una alocución...

—Compatriotas, el momento ha llegado, no hay otro momento más sublime de nuestra amada nación para informarles a todos que el fin de la guerrilla de las FARC ha llegado por fin, estos bandidos, que han sometido a nuestros campesinos, a jóvenes y niñas, no tienen la más mínima idea de lo que es ser humano, les dimos la oportunidad como nación de un proceso de paz que terminó fallando a la buena voluntad y al buen corazón de los colombianos, Tirofijo dejó una silla vacía, faltando a su promesa, mostrando con ello la voluntad de estos bandidos para con Colombia, por eso he tomado la firme decisión de que durante mi mandato, como lo prometí en campaña, acabaré

con este flagelo como bien lo saben hacer nuestras Fuerzas Militares, la Operación Omega será liderada por nuestros mejores hombres, al mando de los mejores comandantes. Vamos a hacer lo posible e imposible para conquistar aquellas zonas que estos bandidos creen que tienen para siempre bajo su dominio, Colombia es de los colombianos, no de los violentos, vamos a ir a cada rincón de nuestra amada nación para tomar el control absoluto de estas regiones, por último, señores de las FARC, no crean que la espesa selva en la que se esconden los va a salvar de la justicia, no crean que no estamos preparados para derrotarlos, ustedes le fallaron al pueblo colombiano, pero yo les aseguro, como buen colombiano, que yo no les fallaré, al Ejército Nacional, nuestras amadas tropas, confíen en su comandante en jefe y Presidente, estaré para apoyarles, y que sea la historia la que cuenten nuestros hijos, que tenemos los héroes para derrotar a los violentos, y que ya a ningún colombiano le dé vergüenza mostrar su pasaporte como el buen colombiano que es, a la Policía Nacional de Colombia, conozco sus capacidades de inteligencia en las cuales nos apoyaremos, lanzaremos los planes en conjunto y sé que una vez más, el triunfo es lo que nos espera. Muchas gracias.

De inmediato, y sin nadie más decir nada, todo se soltó en aplausos, sonrisas y alegría.

—¡Viva el Presidente!
—¡Por fin llegó alguien con verraquera!

Pero mientras todo era júbilo, en Yuranni se sentía en el corazón que algo no iba a estar bien. Las lágrimas se derramaban.

—¿Señorita, está bien? —le decía un señor que se encontraba cerca—. Señorita… señorita...

Y sin más, se desmayó por segunda vez en la semana.

Reuniones secretas

La neblina del páramo no dejaba ver más allá de unos pocos metros.

El viento bajaba helado, metiéndose por entre las lonas negras que hacían de techo improvisado, era un cambuche grande, armado con plásticos gruesos y palos torcidos, levantado a medias sobre una loma húmeda donde el suelo parecía respirar agua, alrededor, la vegetación baja del páramo se movía apenas, como si todo estuviera escuchando.

Dentro del cambuche, la luz era mínima, una linterna colgada de un alambre alumbraba a ratos, balanceándose con el viento, en el piso, mapas arrugados, botas embarradas y varios radios de comunicación escupían estática de forma constante.

—…chhh… copia… movimiento al sur… chhh…

Uno de los guerrilleros golpeó el radio con la palma.

—Este aparato ya está pidiendo entierro, hombre…

—Déjelo así —respondió otro—, que peor es quedarse sin oír nada.

Eran cinco hombres alrededor de una mesa improvisada, rostros curtidos, barbas irregulares, ruanas húmedas y fusiles apoyados cerca, como si fueran una extensión del cuerpo.

El que parecía llevar la voz principal estaba de pie, con las manos apoyadas sobre el mapa.

—Bueno… —dijo, escupiendo a un lado—. Ya oyeron al nuevo presidente ese.

Uno soltó una risa seca.

—Sí… ese sí viene con hambre de guerra.

—Ese no es como el otro —agregó otro—. Ese no viene a hablar… viene es a dar bala.

El primero asintió despacio.

—Ese man está montado en la idea de acabar esto a las malas… y lo va a intentar.

—Pues que intente —dijo uno más joven, acomodándose la ruana—. Esta montaña no es como la ciudad… aquí no mandan ellos.

El del mapa levantó la mirada.

—No se confíe tanto, mijo. Ya han subido más tropa… eso no es cuento.

Un silencio corto.

Solo el viento, solo los radios.

—¿Y lo de abajo? —preguntó otro—. ¿Cómo vamos?

Uno de los hombres, sentado sobre un cajón, respondió:

—Se les han pegado sus sustos… ya hemos bajado varios soldados en esas trochas… emboscadas limpias…

Se quedó callado un segundo.

—Pero también nos han dado duro.

Nadie respondió de inmediato.

—La gente se está cansando —agregó—. No es como antes… ya no es tan fácil moverse.

El primero golpeó el mapa con el dedo.

—Por eso es aquí.

Señaló la loma.

—El que controle esto… controla el paso.

—Sumapaz es la llave —dijo otro, casi repitiendo lo que ya sabían—. Por aquí es que quieren meterse pa' Bogotá.

—Y por aquí es que no van a pasar —respondió el líder, seco.

Un radio volvió a sonar.

—…chhh… reportan movimiento de tropas… varios camiones… dirección Cabrera…

Todos se quedaron quietos.

—Ahí vienen —dijo uno en voz baja.

El más joven apretó el fusil.

—¿Entonces qué?

El líder lo miró.

—Entonces nos quedamos.

Se enderezó.

—Nos movemos en pequeños grupos… nada de quedarse quietos en un solo punto… el que vea tropa, no se haga el héroe… golpea y se mueve.

—¿Y si suben hasta acá?

El hombre soltó una risa corta, sin alegría.

—Pues que suban.

Se hizo un silencio más pesado.

El líder salió del cambuche.

Afuera, la neblina le pegó de frente, caminó unos metros hasta la punta de la loma, desde ahí no se veía casi nada… solo sombras de montaña y un vacío blanco que parecía tragarse todo.

Se quedó quieto, respirando el frío, mirando lo que no se veía, atrás, dentro del cambuche, los radios seguían hablando solos.

El hombre escupió al suelo.

Y sin voltear, dijo en voz firme:

—Este cerro no se lo toman… ni por el hijueputa.

El viento se llevó las palabras.

Pero todos las escucharon.

La neblina comenzaba a cerrarse sobre la tropa.

No era una niebla suave, era espesa, pesada, como si el páramo quisiera tragarse todo lo que entraba en él, apenas se distinguían las siluetas a unos metros, el suelo era blando, húmedo, traicionero, cada paso se sentía como si uno caminara sobre algo vivo.

La formación se detuvo.

—¡Alto!

La voz del Capitán Beltrán cortó el avance.

Los hombres se quedaron quietos, respirando fuerte, con el vapor saliendo por la boca como si cada uno cargara un pequeño incendio interno.

—División de unidades —gritó uno de los tenientes.

Se escuchó movimiento.

Listas.

Nombres.

Señalamientos.

—Grupo uno, conmigo —dijo el Capitán, señalando hacia una pendiente más cerrada—. Coordenadas secundarias. Vamos a asegurar flanco.

Andrés levantó la cabeza cuando escuchó su nombre.

—Soldado Andrés Betancourth…
—Soldado Camilo Cano…

Los dos se miraron.

No dijeron nada al principio.

Pero ya entendían.

—Se me abren de ese lado —ordenó el Capitán.

Camilo ajustó el fusil.

—Bueno pues…

Andrés asintió, pero la mirada se le fue directo a Jhon y a Danny.

Al otro lado, el Teniente Lara reunió al segundo grupo.

—Escudero, Rodríguez… conmigo.

Jhon sintió el golpe en el pecho.

Danny solo apretó la mandíbula.

Por un momento, los cuatro quedaron frente a frente.

Ahí.

En medio de la neblina, sin formación, sin órdenes encima, solo ellos.

—¿Entonces qué, pues? —dijo Camilo, intentando sonar relajado—. ¿Nos abrimos?

—Parece que sí —respondió Danny.

Andrés miró a Jhon.

—Ve… —dijo en voz baja—… pilas, ¿sí?

Jhon asintió.

—Usted también, parce.

Hubo un silencio corto, de esos que pesan más que cualquier palabra.

—Oe… —dijo Danny, mirando a Andrés—… no se vaya a poner de loco allá, ¿oyó?

Andrés soltó una media sonrisa.

—Relájese… que yo no soy usted pa' andar de héroe.

Danny negó con la cabeza.

—No es por eso, marica… es que esto ya no es entrenamiento.

Camilo intervino:

—Uy sí… ya esto se puso serio, pues.

Miró hacia la niebla.

—No se ve ni un culo…

Jhon soltó una risa corta.

—Cállese, bobo, que eso no ayuda.

—Pues es la verdad —respondió Camilo—. Esto está como pa’ perderse uno y no volver a aparecer.

Andrés lo miró.

—No diga eso, gonorrea.

Pero no sonó molesto ,sonó preocupado.

Danny dio un paso más cerca.

—Escuchen… —bajó la voz—… lo que hablamos allá abajo.

Todos lo miraron.

—Nadie se regala… nadie se hace el valiente… si toca correr, se corre… si toca quedarse quieto, se quedan quietos… pero nadie se queda solo.

Jhon asintió.

—Sí, parce… eso es clave.

Andrés respiró hondo.

—Listo… eso está claro.

Camilo agregó:

—Y si nos toca vernos más adelante… pues nos vemos, ¿sí o qué?

Jhon lo miró fijo.

—Nos vamos a ver.

No fue una pregunta, fue una decisión.

El Capitán gritó:

—¡Movimiento ya!

El momento se acabó.

Andrés extendió la mano.

Danny la chocó.

Luego Camilo.

Luego Jhon.

Cuatro golpes secos.

Cuatro formas de decir lo mismo sin decirlo.

—Bueno pues… —dijo Camilo—… que sea lo que Dios quiera.

—Que Dios nos cuide —respondió Andrés.

Danny miró a Jhon.

—Nos vemos más arriba, parcero.

—De una.

Los grupos comenzaron a separarse , unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda.

La neblina empezó a tragárselos poco a poco, primero las piernas, luego el torso, luego la cara.

Jhon caminó unos metros y volteó.

Alcanzó a ver la sombra de Andrés perdiéndose.

Quiso decir algo.

Pero ya era tarde.

Danny lo miró.

—No mire pa’ atrás.

Jhon volvió la vista al frente.

—Sí…

Y siguieron caminando, hacia lo que no se veía.

Porque en ese punto…ya no eran cuatro, eran dos caminos, y ninguno sabía…si volvían a cruzarse.

La tarde se fue apagando sin que nadie lo notara con claridad, porque en el páramo la luz no cae: se disuelve entre la neblina, la tropa había logrado asegurar un pequeño punto entre matorrales bajos y tierra húmeda donde apenas cabían los cambuches y unas cuerdas tensadas entre estacas para colgar las hamacas, el frío empezó a meterse despacio, primero por las manos, luego por los pies, hasta instalarse en los huesos como si no tuviera intención de salir, uno a uno, los soldados se fueron acomodando en las hamacas, envueltos en ponchos y chaquetas, tratando de encontrar una posición que no doliera tanto, el cuerpo pedía descanso, pero la cabeza no ayudaba, cada quien se quedaba mirando hacia arriba, donde solo había lona negra y el sonido constante del viento golpeándola, algunos cerraban los ojos por segundos, otros ni siquiera lo intentaban, pensaban en la casa, en la familia, en lo que habían dejado atrás, en lo que venía, Jhon, por ejemplo, no podía dejar de pensar en Yuranni, en su mirada antes de despedirse, en esa sensación rara que ella tenía y que ahora empezaba a entender, Danny, en silencio, repasaba mentalmente cada instrucción, cada movimiento, como si el cansancio no fuera suficiente para apagarle la disciplina, Andrés, en otro punto del terreno, apretaba la mandíbula mientras intentaba convencerse de que había hecho lo correcto al seguir adelante, Camilo, por su parte, miraba la oscuridad como si esperara que algo saliera de ella en cualquier momento, afuera, el dispositivo de seguridad ya estaba montado: centinelas distribuidos en puntos estratégicos, relevos cada cierto tiempo, hombres quietos con el fusil listo, tratando de ver a través de la nada. Cada ruido se analizaba, cada sombra se interpretaba, el silencio nunca era completo, a lo lejos, los primeros disparos comenzaron a sentirse más cerca que la noche anterior, ya no tan lejanos, más definidos, más reales, luego el sonido de un helicóptero cruzando el cielo, invisible pero

presente, rompiendo la neblina con ese golpe de aire que hacía vibrar todo alrededor, después, un estruendo seco, profundo, como si la tierra misma hubiera recibido un golpe: un bombazo. Nadie habló, nadie preguntó. Ya no hacía falta, todos sabían lo que era, y aun así, el cuerpo exigía descanso, porque al día siguiente no habría excusa, porque el frío no se iba a ir, porque el enemigo tampoco, porque el miedo, aunque estaba ahí, no podía ser más fuerte que la orden, poco a poco, algunos lograron dormirse a medias, con el fusil cerca, con el oído atento, con el corazón todavía acelerado, otros simplemente cerraron los ojos sin entregarse del todo, como si descansar fuera también una forma de prepararse para lo peor, y en medio de ese páramo inmenso, helado e indiferente, más de mil hombres intentaban dormir sabiendo que cada minuto que pasaba los acercaba un poco más a la guerra que ya los estaba rodeando.

Pasaron los días y cada vez más y más se subía hacia las coordenadas ordenadas, el objetivo era llegar primero y después otra tropa llegaría con los elementos necesarios para poder hacer las trincheras.

—Uy no, curso, qué frío tan el de la madre, ¿de verdad cuándo será que volvemos a Tolemaida?
—Yo creo que jamás, a lo bien… uno no sabe qué es peor.
—Pero ya llevamos como tres semanas caminando y nada que llegamos… ¿este perro cerro es que llega a la luna o qué?
—No es eso, solo que toca hacerlo más tácticamente, lanza, para que no nos vayan a joder…

Esto decía Danny a Díaz, su compañero de campaña, mientras caminaban cuesta arriba por el cerro de una manera muy esforzada.

El **Capitán Beltrán**, un tolimense muy audaz en la guerra, había estado en la retoma de Patascoy y también en la recuperación de Mitú cuando fue tomada

en el año 98, su dolor venía de atrás, cuando en Coyaima, municipio del Tolima, la guerrilla se llevó a la fuerza a su hermanita para las FARC, además de eso, debieron desplazarse hacia Bogotá por la crudeza de la guerra.

Pero no dejaba de recordar a un soldado que le dio a su madre y a él una cantimplora de agua mientras salían de la vereda, y le decía:

—Vea, señora, yo sé que no es mucho, pero créame que si me dan la pata, yo los pelo de una vez.

El soldado hacía lo posible por consolar a la pobre madre que lloraba por su niña.

—Estos sí son muchos perros, ¿eh? Es que no tenemos gente, a lo bien… si no, nos metíamos a esa perrera, lanza…

El **Capitán Beltrán** escuchó esa conversación y les dijo:

—Deme un fusil y vamos por esa gente.

Se le veía en la cara a ese niño el odio total por lo sucedido, pero el soldado lo único que le dijo fue:

—Mire, hijo, cuando crezca, vuélvase de la tropa y le doy los fusiles que quiera, por ahora cuide a su mamá.

El **Capitán Beltrán** quedó con eso en la mente… y realmente lo logró, con ayuda de su mamá, que ya estaba en el cielo a causa de un cáncer de seno.

Él sabía lo que era la guerra en carne propia, en los combates era muy aguerrido, en la retoma de Mitú, se decía a sí mismo que disfrutó cada momento en el que dio de baja a tantos malnacidos como nunca lo había

podido lograr, no perdonó ni al más mínimo de ellos, pero también recordaba con dolor la pérdida de varios soldados a causa de las minas y explosivos que ponían en las trochas mientras se caminaba.

De un momento a otro se escuchó una gran explosión.

Y luego, una seguidilla de disparos que silbaban por el aire.

—¡Nos están dando, marica!
—¡Hágale pues, tire esa granada, bobo!

La explosión de la granada, al estallar, desató un mar de tierra sobre todos.

—¡Ubique rápido la ametralladora, rápido, rápido!

Mientras esto pasaba, una ráfaga golpeó el hombro de un soldado y atravesó a otro por el corazón.

—¡Lo mataron, lo mataron!

Gritaban los jóvenes al ver la sangrienta escena.

Danny alcanzó a subir un pequeño cerro y, con su mira, logró disparar y dar de baja a dos de los guerrilleros, pero de inmediato, las balas de una ametralladora se dirigieron hacia él sin piedad.

—¡Jhon, Jhon, suba la metra, hombre, que me van a pelar!

Pero Jhon estaba quieto.

Paralizado.

Todo lo veía en cámara lenta: gente gritando, otros disparando, las balas pasando por su lado sin reacción.

Un cachetazo de uno de los soldados lo despertó.

—¡Pilas, pilas, que lo matan! ¡Subamos esa metra, corra, corra!

De alguna manera subieron esa pequeña montaña para contraatacar a los guerrilleros, y de una vez empezaron a disparar toda la cinta de la ametralladora 7.62 sin piedad contra los matorrales.

Eso calmó todo por un instante.

—La madre… esta gente nos estaba esperando —dijo el **Capitán Beltrán** sin más—. Vamos muchachos, traigan el MGL y tírenle a ese cerro.

Y así fue.

Al disparar hacia ese cerro, algo grande estalló.

Todo quedó en un silencio profundo.

Sin palabras.

Incluso se escuchaban combates más arriba, más aguerridos… pero este ya había finalizado.

El saldo: un soldado muerto y otro herido levemente en el hombro.

—Parcerito… parcerito, ¿cómo me lo van a matar así de perro, home? No…

Lloraba el soldado Villamizar mientras su amigo de la infancia era cubierto con una capucha pixelada.

—¡Cúrame esa mierda rápido, que voy es a ir a pelar bandidos! ¡Cúrame pues eso rápido, gonorrea!

Era lo único que decía Villamizar, mientras todos lo miraban estupefactos.

Pasaron horas.

Y llegó la noche.

El terreno seguía húmedo, removido por la explosión de horas atrás, el olor a tierra levantada y pólvora todavía se sentía en el ambiente, los hombres armaron los cambuches como pudieron, con manos cansadas y movimientos automáticos, como si el cuerpo trabajara solo mientras la cabeza seguía atrapada en el combate.

Las hamacas quedaron tensadas entre palos torcidos, a diferentes alturas, algunas más bajas de lo normal porque el terreno no daba para más, nadie se quejaba ya del frío, el frío había dejado de ser una molestia… ahora era parte del lugar.

Los helicópteros no dejaron de pasar.

Uno tras otro.

El sonido de las aspas cortando el aire era constante, pesado, como si el cielo estuviera vivo, a veces pasaban bajos, haciendo vibrar las lonas; otras veces solo se escuchaban a lo lejos, pero nunca desaparecían del todo.

—Eso está caliente por todo lado… —murmuró alguien desde otro cambuche.

Nadie respondió, porque todos lo sabían, los centinelas ya estaban distribuidos, turnos cortos, puntos altos, movimientos mínimos, cada sombra era sospechosa, cada ruido tenía significado, el resto intentaba dormir.

O al menos… cerrar los ojos.

Jhon estaba en su hamaca, mirando hacia arriba.

No veía nada.

Pero no podía dejar de ver todo.

Las imágenes del combate le llegaban en ráfagas: el disparo, el soldado cayendo, el grito de Villamizar, el cachetazo, el miedo… ese miedo que lo había dejado quieto.

Apretó la mandíbula.

Al lado, Danny tampoco dormía.

—¿Está despierto o qué? —dijo en voz baja.

—Sí… —respondió Jhon.

—Yo sabía.

Silencio corto.

—Parce… —dijo Jhon—… yo me quedé frío allá.

Danny volteó apenas la cabeza.

—¿Cómo así?

—No reaccioné… —dijo Jhon—. Me quedé como un bobo viendo todo…

Danny soltó un aire.

—Eso le pasa a todo el mundo la primera vez.

—Pero casi lo matan a usted, marica…

—Pero no me mataron —respondió Danny—. Y subimos la metra, ¿o no?

Jhon no respondió de inmediato.

—Sí…

Danny acomodó el cuerpo en la hamaca.

—Mire, parcero… uno allá no es valiente… uno hace lo que puede con el miedo.

—Pero es que se siente una impotencia, gonorrea…

—Claro… —dijo Danny—. Y se va a volver a sentir.

Silencio.

—La vuelta es no quedarse ahí.

Jhon cerró los ojos un segundo.

—Sí…

Un helicóptero pasó más bajo que los anteriores, el ruido hizo vibrar todo, algunos levantaron la cabeza, otros ni se movieron.

A unos metros, en otro cambuche, varios soldados hablaban en voz baja.

—¿Supieron lo del man que pisó la mina?

—¿Cuál?

—Un curso de otra compañía… quedó vuelto nada…

—Eso es lo que dicen de esos “pisa suave”…

—¿Cómo así?

—Que los manes siembran esas minas como si nada… y uno ni cuenta se da…

—Uy no, qué miedo esa mierda…

—Eso no avisa, hermano… eso no suena… eso no se ve…Uno escupió a un lado.

—Usted va caminando normal… y pum…

Se hizo un silencio incómodo.

—Por eso es que hay que pisar donde pisa el de adelante…

—Y ni así, parce… ni así…

Jhon escuchaba, sin querer.

—¿Oyó eso? —dijo.

—Sí… —respondió Danny—. Mejor ni piense en eso.

—¿Y cómo no?

Danny se quedó callado un momento.

—Pensando en otra cosa.

—¿Como qué?

Danny sonrió apenas.

—Como en una vieja…

Jhon soltó una risa suave.

—Ah, no… entonces yo sí me salvo.

—¿La de Medellín?

—Sí…

—Esa lo tiene jodido, ¿no?

—Bastante…

Se quedaron en silencio, pero esta vez… menos pesado, y a unos metros, el **Capitán Beltrán** estaba sentado sobre una caja, con el radio en la mano.

El rostro serio, concentrado.

—…recibido… mantengan posición… refuercen perímetro… no avance sin reconocimiento… repito, no avance…

La estática se mezclaba con la voz.

—…posible presencia enemiga en altura… extremen medidas…

El capitán no respondía de inmediato, escuchaba, procesaba.

—Copiado… aquí mantenemos… sin novedades críticas… un KIA, un herido leve…pausa.

—Seguimos en capacidad operativa.

Soltó el botón, miró hacia la oscuridad, sabía que eso apenas empezaba.

El viento volvió a soplar más fuerte, el frío se metió otra vez en los huesos, los helicópteros siguieron pasando, los disparos lejanos no se fueron del todo.

Poco a poco, algunos lograron dormirse, otros no, pero todos entendieron algo esa noche:

El miedo no se iba, solo se aprendía a cargar, y en medio de esa oscuridad, con el páramo respirando frío y guerra alrededor…la tropa descansaba.

No porque estuviera tranquila.

Sino porque mañana…tocaba seguir subiendo.

Cada jornada era subir, bajar, rodear, volver a subir… caminar horas enteras para, al final del día, mirar alrededor y sentir que seguían en el mismo lugar, la neblina no ayudaba, no había puntos de referencia claros, todo era gris, húmedo, repetido, el cuerpo ya no respondía igual: las piernas pesadas, los hombros marcados por el peso del equipo, los pies húmedos todo el tiempo. Y aun así… avanzaban.

Lento.

Táctico.

Pero avanzaban.

Las coordenadas cambiaban, las posiciones se ajustaban, y aunque nadie lo dijera en voz alta, el cerco se iba cerrando.

Esa mañana el ambiente estaba raro, más callado, más tenso, como si el mismo páramo estuviera esperando algo.

Danny iba adelante, marcando el paso con cuidado, siguiendo la línea de avance. Detrás venía Jhon, luego Díaz y otros más.

Uno de los soldados rompió el silencio.

—¿Dónde andarán estas gonorreas, ah?

Danny ni volteó.

—No los invoque, parcero… que después salen.

Algunos soltaron una risa leve, pero fue corta, muy corta, porque apenas terminó la frase…todo estalló.

El primer disparo no se escuchó.

Se sintió.

Luego vino la ráfaga.

Seca.

Cruzada.

Desde arriba.

—¡Contacto! ¡Contacto!

La tropa reaccionó de inmediato, tirándose al suelo, buscando cobertura entre lo poco que ofrecía el terreno.

—¡Nos están dando!

Las balas bajaban silbando.

Golpeando tierra.

Rompiendo ramas.

Buscando cuerpo.

—¡Ubíquense, ubíquense!

El ametrallador alcanzó a montar posición, pero no tuvo tiempo.

Una ráfaga lo levantó.

Cayó pesado.

Sin movimiento.

—¡Cayó la metra, cayó la metra!

El grito corrió como pólvora.

Otro soldado, a pocos metros, recibió impacto en el pecho, cayó de espaldas, sin aire, con la mirada perdida antes de entender lo que había pasado.

Un tercero intentó moverse.

No alcanzó.

El silencio en su cuerpo fue inmediato.

La rabia explotó , más fuerte que el miedo.

—¡Nos bajaron tres, marica!

—¡Capitán, nos están cayendo duro!

El Capitán Beltrán ya estaba en posición.

—¡Fuego de contención! ¡No se queden quietos!

Los disparos se intensificaron, desde la loma, se veían sombras moviéndose.

Jóvenes.

Flacos.

Campesinos.

Como ellos.

Pero armados, y decididos a matarlos.

Uno de los guerrilleros bajó rápido, buscando llegar al cuerpo del ametrallador.

—¡Van por el equipo!

—¡No los dejen!

La indignación fue inmediata.

—¡Capitán, vámonos con toda!

—¡De una vez, mi capitán, no más juego!

Beltrán miró el terreno.

Calculó.

Y decidió.

—¡Listo! ¡Se van con toda! ¡Traigan los morteros!

El cambio fue total.

—¡MGL listo!

—¡Apunten a esa loma, allá, entre los matorrales!

—¡Fuego!

La primera granada salió, el impacto levantó tierra y vegetación, gritos, movimiento desordenado.

—¡Otra, otra!

—¡Fuego!

El segundo impacto fue más preciso.

Luego otro, y otro más, la loma empezó a romperse, la presión cambió de lado.

—¡Avance!

La tropa subió.

Con rabia.

Con miedo.

Con decisión.

Disparando sin parar.

Cerrando el espacio.

Cuando llegaron arriba…el combate ya estaba decidido.

Los cuerpos estaban esparcidos, algunos aún con el arma en la mano, otros en posiciones imposibles.

El terreno, removido, mezclado con sangre y tierra húmeda, el silencio llegó de golpe, pesado, incómodo, real.

—Diez… —dijo uno en voz baja—… por lo menos diez.

Habían logrado recuperar la posición, armas, munición, radios, y varios papeles, mapas, rutas, coordenadas.

Jhon se quedó quieto.

Mirando.

Respirando pesado.

Sin saber qué sentir y a unos metros, Villamizar no estaba en silencio.

Estaba en otra cosa.

—¡Eso les pasa, hijueputas!

Pateaba uno de los cuerpos.

Con rabia, con dolor.

—¡¿Así querían, ah?! ¡¿Así?!

Nadie lo detuvo.

Nadie le dijo nada.

Porque todos entendían de dónde venía eso.

Jhon lo miró, y entendió algo que no le gustó, la guerra no solo quitaba vidas, también cambiaba a los que quedaban.

El Capitán Beltrán caminó entre los cuerpos, revisando, confirmando, serio, sin emoción visible.

—Recojan todo lo útil.

Pausa.

—Y bajen a los nuestros.

La victoria no se sentía como victoria, se sentía…como costo, y mientras el viento volvía a soplar sobre la loma, llevándose el olor metálico que quedaba en el aire…la tropa entendía, cada vez más claro…que esto no iba a parar.

La noche volvió a caer sobre el páramo como una manta pesada.

Después del combate, nadie descansó de verdad, el cuerpo estaba tirado en las hamacas, pero la mente seguía arriba, en la loma, en los disparos, en los que no bajaron, el viento soplaba más fuerte, arrastrando ese frío que ya no se sentía solo en la piel, sino en los huesos.

El campamento estaba en alerta, centinelas doblados, silencio más rígido, y ese presentimiento… que no se iba.

Danny estaba medio despierto, medio dormido, no era sueño, era costumbre, escuchar, sentir, algo no cuadraba, abrió los ojos, el ruido era mínimo, pero diferente, un roce, un movimiento suave, no era viento.

—Pilas… —murmuró, casi sin voz.

Se incorporó apenas, miró hacia la oscuridad, ahí estaban, sombras, moviéndose bajo, rápido.

—¡Contacto! —gritó.

Y todo se rompió, las primeras detonaciones fueron cortas.

Cercanas.

Granadas lanzadas desde pocos metros.

Una cayó cerca del perímetro.

—¡Granada!

La explosión levantó tierra y lona.

Los hombres saltaron de las hamacas como pudieron.

Fusiles en mano.

Sin tiempo de pensar.

Danny ya estaba disparando.

Marcando objetivos.

—¡Por la derecha, por la derecha!

Las siluetas se movían rápido entre la neblina, pequeñas, ágiles.

—¡No los dejen acercar!

Una de ellas levantó el brazo, granada.

No alcanzó a lanzarla.

El disparo la detuvo en seco, otra intentó avanzar por el costado, dos tiros, cayó.

El combate fue corto.

Pero intenso.

Casi cuerpo a cuerpo.

Respiración contra respiración.

Cuando todo se calmó…

el silencio volvió.

Pero distinto.

Más pesado.

Los soldados comenzaron a acercarse, linternas, revisión.

—¿Ya?

—Ya…

Uno de ellos alumbró mejor, se quedó quieto.

—Eran… peladas…

Nadie habló de inmediato, ahí estaban, jóvenes, campesinas, con equipo, granadas, dos pistolas cortas.

Uno de los soldados, tratando de romper la tensión, soltó:

—Oiga… estaban hasta buenas…mire ese culote de esta, y mas el de esta uff, me arrecho esta de una, a lo bien, nadie respondió fuerte, solo una risa corta, nerviosa.

Otro agregó:

—Sí… mire esa…

La frase quedó incompleta.

No por respeto.

Sino porque el momento no daba para más.

Danny no dijo nada.

Solo miró el terreno.

Revisó el perímetro otra vez.

A unos metros, otro soldado, intentando volver al tono de antes, dijo:

—Así como la de Escudero, ¿sí o qué?

Algunos soltaron una risa leve.

Jhon solo sonrió por lo bajo.

Sin meterse, sin decir nada, pero en su mente apareció Yuranni.

Su rostro, su cuerpo, su forma de mirarlo.

—Pa’ que vea que levantó, ¿sí o qué? —dijo, tratando de aligerar el ambiente.

El Capitán Beltrán llegó.

Miró la escena y no dijo mucho.

—Revisen todo.

Pausa.

—Y vuelvan a posiciones.

El campamento se reorganizó.

Más alerta, más tenso.

Danny pasó cerca de Jhon.

—¿Está bien?

—Sí…

—Menos mal se despertó, parce…

Jhon asintió.

—Sí… si no…

No terminó la frase.

Los helicópteros volvieron a pasar, más cerca, más constantes, esa noche nadie volvió a dormir igual.

Porque ya no era solo subir.

Ahora…los estaban cazando también en la noche, pasaron apenas dos días.

Dos días de avance corto, lento, medido… pero suficientes para que todos entendieran algo: ya no estaban entrando, ya estaban adentro, el terreno había cambiado, no en apariencia —seguía siendo páramo, niebla, frío—, sino en la sensación, había más rastros, más señales, más silencio cargado, era como caminar dentro de algo que ya tenía dueño.

—Esto ya huele raro, parcero… —murmuró uno.

Danny no respondió, solo levantó la mano, alto, el primer disparo fue limpio, seco.

Levantó a uno de los soldados del grupo de atrás y lo dejó tendido sin siquiera un grito.

—¡Francotirador!

Todo se rompió.

—¡Al suelo, hijueputas!

Las balas comenzaron a caer desde varios ángulos, no era solo uno, eran más. Diez, por lo menos, bien ubicados entre la vegetación y la altura.

—¡Nos tienen referenciados!

—¡Muévanse, muévanse!

La tropa se pegó al terreno como pudo, el barro, la piedra, lo que hubiera, el aire se llenó de ese zumbido agudo de los proyectiles pasando cerca.

—¡Ubique ese malparido que está tirando!

Otro disparo.

Más preciso.

—¡Le dieron a otro!

Un soldado gritó.

—¡Me dieron, me dieron!

—¡Aguante, aguante, no se mueva!

Las voces del otro lado comenzaron a escucharse, cercanas, agresivas.

—¡Bajen, hijueputas!
—¡De aquí no pasan!
—¡Los vamos a volver mierda!

Eran jóvenes, voces duras, pero campesinas, había rabia en ellas.

—¡Capitán, están por la loma derecha!

—¡Fuego de contención, ya!

La tropa respondió, ráfagas largas, disparos sin pausa, pero el enemigo estaba bien cubierto.

—¡No los vemos bien, marica!

—¡Se están moviendo!

El combate se alargó, minutos que parecían horas.

El sol empezó a subir, pero la neblina no dejaba ver más allá de unos metros, el calor del cuerpo contrastaba con el frío del ambiente, el sudor se mezclaba con la humedad del páramo.

—¡Nos están rodeando, gonorrea!

—¡No se dejen cerrar!

El Capitán Beltrán gritaba órdenes sin parar.

—¡Mantengan línea! ¡No se dispersen!

Otro disparo.

Seco.

Preciso.

Uno de los soldados cayó sin reacción.

Silencio inmediato en su cuerpo.

—¡Lo mataron!

Esa frase ya no sorprendía, pero dolía igual.

Danny logró ubicar una silueta.

Disparó.

La vio caer.

—¡Uno menos!

Pero de inmediato, otra ráfaga le respondió.

—¡Agáchese, marica!

La presión aumentaba.

—¡Mi capitán, nos están jodiendo duro!

Beltrán miró hacia el cielo, tomó el radio.

—¡Solicito apoyo aéreo, repito, apoyo aéreo ya!

La respuesta tardó unos segundos, pero llegó.

—…copiado… en camino…

El combate siguió, más gritos, más disparos, más tierra levantada.

—¡Malparidos, no nos van a sacar de aquí!

—¡Vengan pues!

Y entonces…se escuchó.

Lejos primero, luego más cerca, ese sonido, pesado, inconfundible.

—¿Oyó eso?

—Sí…

El rugido del helicóptero rompió el cielo.

—¡Arpía!

La reacción fue inmediata.

—¡Nos llegó el ángel, hijueputas!

El helicóptero apareció entre la neblina como una bestia, bajo, fuerte, agresivo, se posicionó.

Y sin dudar…disparó.

El sonido de los cañones fue brutal.

La tierra explotó en múltiples puntos.

Las posiciones enemigas comenzaron a romperse.

—¡Ahí están, ahí están!

—¡Duro con esos malparidos!

El Arpía giraba, atacaba, volvía a entrar.

Destruyendo todo a su paso.

—¡Avance, avance!

La tropa se levantó, subió, disparando, con rabia, con todo.

Cuando llegaron a la zona…lo que encontraron fue el campamento.

Camuflado.

Bien montado.

Pero ya destruido, Cuerpos, armas, equipo regado.

—¡Treinta… por lo menos!

—¡Los reventaron!

La adrenalina bajó de golpe.

—Reporte —dijo Beltrán.

—Un herido leve… y…

Pausa.

—Un fallecido.

El silencio volvió, nadie celebró, nadie gritó victoria.

Jhon caminó unos metros, se quitó el casco, lo sostuvo un segundo, y luego se sentó sobre una roca.

Respirando, mirando, volteó hacia atrás, la montaña, el camino.

Todo lo que habían subido.

Todo lo que habían pasado.

Y en medio de ese silencio extraño que deja el combate…pensó en ella, en Yuranni.

En su voz, en su cara, en su cuerpo.

Cerró los ojos un segundo, y entendió algo.

Que cada paso que daba hacia adelante…lo alejaba más de todo lo que amaba.

Pero ya no había vuelta atrás.

Fue un periodo donde la guerra dejó de sentirse lejana y comenzó a respirarse en cada rincón del país, las noticias ya no hablaban de enfrentamientos aislados en selvas lejanas; hablaban de pueblos enteros bajo ataque, de estaciones de Policía reducidas a escombros, de soldados y civiles atrapados en medio de una violencia que no daba tregua también, las pantallas de los televisores mostraban imágenes crudas: tomas guerrilleras donde cilindros bomba caían sobre pequeñas poblaciones, levantando techos, destruyendo paredes, dejando a familias enteras escondidas bajo camas mientras las balas atravesaban puertas y ventanas; los reportes radiales eran constantes,

urgentes, casi desesperados; en muchas zonas del país, la noche ya no significaba descanso, sino miedo; el sonido de las ráfagas y las explosiones se volvió parte del paisaje sonoro de la guerra.

En las carreteras, los retenes ilegales se multiplicaban, hombres armados detenían buses, bajaban pasajeros, revisaban documentos, elegían a quién llevarse, el secuestro se convirtió en una de las caras más crueles del conflicto: padres arrancados de sus familias, jóvenes desaparecidos en la mitad de un viaje, campesinos obligados a abandonar sus tierras, la incertidumbre era total; nadie sabía quién podía ser el siguiente.

En los pueblos, las paredes hablaban, grafitis pintados a la fuerza marcaban territorios: consignas armadas, amenazas veladas, nombres de grupos ilegales que imponían su presencia sin necesidad de mostrarse, era una guerra silenciosa y visible al mismo tiempo, el control no siempre estaba en las armas… muchas veces estaba en el miedo.

El reclutamiento forzado también avanzaba sin pausa, niños y jóvenes eran sacados de sus casas, de sus veredas, de sus caminos, algunos no regresaban nunca, otros aparecían meses después convertidos en combatientes, con la mirada distinta, endurecida por una realidad que no habían elegido, y mientras todo esto ocurría en zonas rurales, las ciudades tampoco estaban ajenas, en Medellín, por ejemplo, la violencia urbana alcanzó niveles críticos, lo que llevó al Estado a ejecutar la Operación Orión en la Comuna 13, un operativo militar de gran escala que buscaba recuperar el control de un territorio dominado por grupos armados ilegales, helicópteros sobrevolando barrios, tropas ingresando casa por casa, enfrentamientos en medio de zonas residenciales… todo eso quedó grabado en la memoria colectiva como muestra de un país que intentaba recuperar el control a cualquier costo.

Era una época donde la línea entre lo civil y lo militar se volvía difusa, donde la guerra no pedía permiso, donde la violencia no distinguía entre uniforme y ropa de diario, y en medio de todo eso…miles de jóvenes eran enviados a las montañas a enfrentar esa realidad, a vivirla en carne propia.

—Pero lo que pasa es amor… vámonos mejor de Medellín.
—¿Pero a dónde, amor, a dónde?
—Pues no sé… a donde no esté esta violencia. Mire, el niño va al colegio y se encontró con el hijo de doña Gloria tirado en el caño…
—Pero ese pelado era muy malo, amor… ¿pa' dónde nos vamos a ir? Este país ya es así, la verdad.
—Yo tengo familia en Ecuador… vamos, amor, ya mi prima me dijo que nos ayudaba, que pa' qué nos quedábamos en esta porquería de país… y yo pienso igual.
—Amor, no diga eso, mi vida… ¿cómo se le ocurre? ¿No ve que aquí nacimos?
—Pero no, amor, ya me mamé de toda esta vaina… puro malandro… y estoy en la total seguridad de que eso no va a cambiar.
—Amor, usted sabe que desde que nos fuimos de Cañasgordas yo lo he seguido… y si eso quiere, solo déjeme vender el carrito de ventas y ya en quince diítas nos vamos. Yo creo que es mejor hacer eso… pero sí me da miedo.
—Hágale pues, gorda… así quedo más tranquilo…

Este tipo de conversaciones eran comunes en todas las regiones de Colombia, muchas personas pensaban únicamente en irse del país; incluso políticos abandonaban el territorio por las amenazas, pero la cruda realidad era otra: los requisitos eran altos, las visas se volvieron una barrera, y aun así la avalancha de colombianos que deseaban huir de la violencia no dejaba de crecer.

El tiempo fue pasando y el conflicto se intensificó.

Se volvió una guerra marcada por el sadismo, las FARC utilizaron todo lo que pudiera portar explosivos: caballos, perros, bicicletas, incluso ambulancias, todo podía ser cargado con ANFO para generar destrucción y causar bajas a las tropas, a pesar de eso, también habían sufrido golpes fuertes. Su estructura comenzó a fragmentarse, quedando reducidos en muchos casos a pequeñas células de combatientes.

Todo había cambiado desde el 31 de octubre de 1998, cuando, en un intento por demostrar su poderío, arrasaron completamente la población de un pequeño municipio llamado Mitú, en la espesa selva colombiana, el cual permaneció sin apoyo durante más de tres días. El resultado fue devastador para la Policía Nacional que residía allí: muertos, secuestrados y una infraestructura totalmente destruida.

Los guerrilleros incluso inutilizaron la única pista de aterrizaje para impedir la llegada de refuerzos, pero no contaban con la respuesta del Estado.

La retoma de Mitú, en el marco de la operación conocida como “Cielo de Ángel”, marcó un punto de quiebre, con apoyo logístico desde territorio brasileño, se logró recuperar el municipio tras intensos combates, aunque había una gran concentración guerrillera, las bajas fueron significativas y su estructura quedó seriamente afectada, a partir de ese momento, el Bloque Oriental se replegó y redistribuyó hacia el centro del país, especialmente desde el Meta, buscando nuevos corredores estratégicos.

Por eso, la posición del Sumapaz se volvió vital.

Era el paso.

El enlace.

El punto de control hacia el interior del país.

Y bajo ese panorama, lo que ahora enfrentaban las tropas era una guerrilla que ya había sido golpeada… pero no derrotada, y del otro lado, muchos de los soldados y mandos que participaron en la retoma de Mitú también estaban allí.

Era, en cierta forma, un tercer round.

Cada uno había ganado su combate.

Este… sería el decisivo.

En manos del Coronel Andrade y sus tropas.

Esa historia se transmitía de voz en voz entre los soldados: mientras se bañaban, mientras comían, mientras caminaban, era un relato que, al mismo tiempo, los animaba y los desmotivaba, pero todos coincidían en algo: La guerra estaba llegando a un punto de quiebre.

Después de unos cinco meses entre combates, escaramuzas y atentados, por fin el terreno cambió.

No fue de golpe.

Fue sutil.

Primero dejaron de escuchar tantos disparos lejanos, luego, el viento comenzó a soplar distinto, más limpio, más frío, y finalmente, la neblina se abrió lo suficiente para mostrar algo que ninguno de ellos esperaba ver en medio de tanta guerra.

Una planicie.

Amplia.

Silenciosa.

Cubierta de frailejones que parecían vigilar el paso del tiempo, erguido, inmóvil, como centinelas antiguos del páramo, entre ellos, pequeñas lagunas de agua oscura reflejaban el cielo gris, quietas, profundas… como si guardaran secretos.

—¿Eso qué es? —murmuró uno de los soldados.

—Nacimientos de agua… —respondió otro—. De aquí sale el agua pa' medio país…

El frío era distinto allí.

Más intenso, más puro, se metía en los pulmones como si quemara por dentro.

Los primeros en llegar fueron Andrés y Camilo.

Venían unos metros adelante del resto del grupo, marcando paso con el Capitán al mando.

El **Capitán Herrera**, un boyacense de carácter fuerte y energía inagotable, lideraba esa fracción, se le notaba en la forma de caminar: firme, sin titubeos, como si conociera ese terreno aunque fuera la primera vez que lo pisaba. Había estado en operaciones duras, entre ellas la toma del cerro Miraflores, y eso se le veía en la mirada… una mezcla de experiencia y decisión que no dejaba espacio para dudas.

—Pilas con el terreno —decía sin dejar de avanzar—. Aquí no se confíen, esto es bonito… pero igual mata.

Andrés fue el primero en detenerse.

Miró al frente, y por un segundo…se olvidó de todo.

No había disparos, no había gritos, no había sangre, solo el viento.

Los frailejones, el agua, sintió algo raro, como si la cabeza, por fin, pudiera respirar, pero también algo más, una incomodidad, como si tanta calma no encajara con lo que venían viviendo.

—Esto está muy callado… —dijo en voz baja.

Camilo llegó a su lado.

—Uy sí… parece otro mundo, ¿no?

Andrés no respondió de inmediato.

Estaba pensando, en su mamá, en su casa, en todo lo que había dejado.

—¿Sabe qué es lo peor? —dijo finalmente—… que uno se acostumbra a la guerra.

Camilo lo miró.

—¿Cómo así?

—Que esto… —señaló el paisaje—… debería ser normal… pero ya no lo es.

Camilo bajó la mirada.

—Sí… uno ya piensa que en cualquier momento sale alguien a disparar.

El Capitán Herrera se acercó, observó el terreno con cuidado.

—No bajen la guardia.

Pausa.

—Este tipo de zonas son estratégicas… agua, visibilidad… esto no está solo porque sí.

El resto de la tropa comenzó a llegar, uno a uno, mirando, sorprendidos.

—Oiga, qué belleza esto… —dijo uno.

—Sí… pero no me gusta… —respondió otro.

—¿Por qué?

—Porque está muy perfecto…

Danny llegó con Jhon.

Se quedaron mirando el paisaje.

—Parce… —dijo Danny—… ¿usted sí se imagina esto sin guerra?

Jhon no respondió de inmediato.

Miraba el agua, el reflejo.

—Sí… —dijo al final—… pero ya no sé si eso existe.

Un soldado se acercó a una de las lagunas, se agachó, tocó el agua.

—Helada…

—Eso es lo que tomamos allá abajo… —dijo otro—. Todo esto baja pa’ Bogotá.

Se hizo un silencio corto.

El Capitán Herrera volvió a hablar.

—Organicen perímetro.

—Revisen sectores.

—Nada de confiarse.

Pero aun con las órdenes…la sensación no se iba, era paz.

Sí.

Pero una paz rara, como prestada.

El viento volvió a soplar, los frailejones se movieron apenas, el agua siguió quieta, y aunque nadie lo dijo en voz alta…todos sintieron lo mismo.

Que algo más venía.

Y que ese lugar…no iba a quedarse así por mucho tiempo.

Lo que vino después no fue un combate.

Fue una prueba de aguante humano.

La planicie de frailejones y lagunas, que durante unas horas había parecido un lugar suspendido fuera de la guerra, se transformó en cuestión de minutos en

un infierno frío, abierto y sin compasión, el terreno, que desde arriba parecía noble y hasta hermoso, terminó revelando su verdadera naturaleza: un espacio ideal para morir, sin árboles grandes para cubrirse, con visibilidad engañosa por la neblina y con el suelo blando escondiendo trampas, el páramo dejó de ser paisaje y se convirtió en trampa.

Todo empezó al amanecer del primer día.

Todavía no salía bien el sol cuando un estruendo reventó la línea de trincheras improvisadas, la tierra húmeda voló por los aires como si la hubieran arrancado con rabia, los primeros gritos llegaron antes de que muchos entendieran qué estaba pasando, luego vino la ráfaga, y después otra, y otra más.

—¡Cilindro!
—¡Cilindro, hijueputas!
—¡Cuerpo a tierra!

La explosión había caído a pocos metros de la primera posición, no destruyó toda la línea, pero sí la abrió, y en combate, una abertura pequeña basta para llenar de miedo a cien hombres.

La tropa reaccionó como pudo, algunos se lanzaron al barro, otros trataron de ubicar desde dónde estaba entrando el fuego, otros, simplemente, se quedaron congelados un segundo, el segundo que a veces separa al vivo del muerto.

El sonido de las armas comenzó a comerse el páramo.

No era un combate limpio ni lineal, era una pelea rota, sucia, fragmentada en múltiples puntos, había fuego desde las lomas, desde depresiones del terreno, desde matorrales que a simple vista no parecían esconder nada, el enemigo

había estado ahí antes, había estudiado el espacio, había medido distancias, había escogido dónde hacerles daño.

Las primeras horas fueron de pura contención.

El **Capitán Beltrán** iba de una trinchera a otra sin agacharse más de lo necesario, gritando órdenes, reorganizando tiradores, moviendo hombres que ya estaban empezando a perder la cabeza, su voz atravesaba la confusión como un alambre tenso.

—¡No regalen el pecho!
—¡Cobertura sobre el flanco derecho!
—¡La metra más arriba, más arriba, carajo!
—¡Nadie se me levanta sin orden!

Danny seguía disparando con esa concentración que ya todos le conocían, Jhon, cubierto de barro hasta el cuello, recargaba y pasaba munición con los dedos torpes por el frío y la adrenalina, Villamizar estaba en otra línea, gritando insultos entre disparos como si eso le ayudara a mantenerse cuerdo.

Los helicópteros aparecieron cuando la mañana ya estaba rota del todo.

Primero uno, luego dos, el rugido de los rotores se sintió como alivio y alarma al mismo tiempo, uno de los artilleros alcanzó a hacer fuego sobre la loma más alta, y durante unos minutos parecía que la balanza podía inclinarse, pero el enemigo ya había previsto incluso eso, desde posiciones ocultas comenzaron a responder con ametralladora pesada y fuego concentrado, uno de los helicópteros tuvo que alzarse de forma brusca, echando humo, el otro aguantó unos minutos más, lo suficiente para desorganizar a los guerrilleros de un flanco, antes de retirarse averiado también.

—¡Le dieron al pájaro!
—¡Hijueputa, le dieron!

Ver un helicóptero herido no solo golpea el cielo, golpea el ánimo, porque le recuerda al hombre de abajo que ni siquiera lo que parecía invencible está a salvo.

Y el combate siguió.

El primer día terminó sin que nadie pudiera hablar de victoria, apenas de supervivencia.

Al caer la noche, los heridos comenzaron a hacerse sentir de verdad, durante el combate, la mayoría seguía operando por pura inercia; cuando el cuerpo se enfría y el ruido baja, llega el verdadero peso del daño, los camilleros improvisados iban de un lado a otro entre lodo, sangre, munición vacía y hombres temblando, había gemidos bajos, insultos murmurados, plegarias mal dichas, nombres de madres repetidos con dientes apretados.

Uno de los soldados tenía la pierna abierta por esquirlas y no dejaba de preguntar si todavía la tenía, otro apretaba un trapo contra el costado mientras el barro se le secaba en la cara, a uno más lo habían alcanzado en el cuello y respiraba como si cada bocanada fuera una pelea aparte.

—No me deje dormir, parcero…
—No se duerma, no se duerma, míreme…
—Tengo frío…
—Todos tenemos frío, gonorrea, aguante…

Pero algunos no aguantaron.

A la noche siguiente, varios de los que habían llegado heridos ya estaban muertos, el páramo no solo mataba con bala, mataba con espera, con sangrado lento, con imposibilidad de evacuar, con la humedad entrando en cuerpos que ya no podían defenderse.

El segundo día fue peor.

La guerrilla intentó cerrar el perímetro y lanzar otro golpe con cilindros, la primera explosión cayó sobre una posición lateral y dejó una trinchera convertida en una fosa de barro y hombres, no hacía falta mirar demasiado para entender la magnitud del golpe: cascos enterrados a medias, fusiles retorcidos, manos buscando salir de la tierra removida, compañeros cavando con uñas y pala corta para sacar a los vivos antes de aceptar a los muertos.

El ruido era insoportable. No solo por las armas: por los gritos, gritos de mando, de dolor, de alerta, de rabia, hombres llamando a otros hombres que ya no respondían, el barro saltando sobre los rostros, las trincheras llenándose de agua sucia y sangre mezclada, el olor metálico de la pólvora pegándose al de la tierra mojada.

Beltrán seguía adelante.

Seguía moviéndose como si estuviera hecho de otra cosa, pasó junto a Jhon, le golpeó el casco con dos dedos y le gritó:

—¡No me mire el piso, Escudero! ¡Mire pa’ donde disparan, no pa’ donde sangran!

Fue una frase brutal, pero necesaria, porque en ese punto, mirar demasiado al caído podía significar acompañarlo.

El **otro capitán**, **Herrera**, el boyacense enérgico que había conducido a Andrés y Camilo hasta la planicie, pidió permiso para mover una fracción hacia una elevación desde donde podría apoyar el flanco comprometido, Beltrán dudó un segundo, revisó el terreno con binoculares y aceptó.

—Hágalo rápido, si toma esa altura, nos respira el lado izquierdo.

Herrera reunió a sus hombres y avanzó con ellos agachados, cortando por una zona de apariencia firme, llegaron casi a la mitad del trayecto cuando el páramo mostró otra de sus caras.

La mina no sonó grande.

Sonó seca.

Un golpe abajo.

Un vacío en el aire.

Y luego el cuerpo del capitán desarmándose contra la lógica del terreno, cayendo como algo que había sido partido de la vida de un solo tajo, los hombres alrededor quedaron tumbados por la onda, sordos por segundos, cubiertos de tierra y sin entender aún qué había desaparecido.

Cuando el humo bajó, Herrera ya no estaba mandando nada.

Solo quedaba el silencio de los que miran una muerte tan inmediata que ni siquiera alcanzan a gritarla.

—¡Mina!
—¡Mina, mina, no se muevan!
—¡No den un paso más, hijueputas!

Eso congeló el flanco entero.

Porque ya no solo tenían fuego enemigo.

Tenían también suelo enemigo.

Cada metro podía ser una sentencia.

El tercer día amaneció con la sensación de que el tiempo se había roto, los hombres ya no sabían si llevaban horas o semanas allí, el barro en el uniforme se había convertido en una segunda piel, los labios partidos, los ojos rojos, las manos torpes, las voces roncas, dormían por fragmentos de minutos entre estallidos, comían cualquier cosa sin hambre real, tomaban agua helada con la boca temblando, y aun así, seguían disparando.

Varios helicópteros intentaron volver a entrar, uno alcanzó a descargar apoyo sobre una pendiente donde se había detectado una concentración grande, pero salió golpeado, otro hizo una maniobra de distracción mientras la tropa reacomodaba heridos, ver los aparatos ir y venir averiados, peleando también por sostenerse, le daba al combate una escala aún más grande, el páramo estaba peleando con todos.

Fue al mediodía del tercer día cuando el mando cambió de verdad.

Beltrán, que había resistido como un animal herido, cayó mientras trataba de reorganizar un sector que se estaba abriendo por presión de cilindros y granadas artesanales, una ráfaga lo alcanzó cuando se asomó medio segundo más de lo debido para indicar corrección de fuego, cayó hacia atrás, sin teatralidad, como caen los hombres que no creen que el siguiente proyectil sea el suyo, dos soldados intentaron arrastrarlo de inmediato.

—¡Mi capitán!
—¡Mi capitán, aguante!
—¡No me lo dejen ahí!

Pero ya no hubo órdenes de vuelta.

La noticia se regó por las trincheras como un frío distinto.

Beltrán había muerto.

Y con él se iba no solo un oficial, se iba una referencia, una voz, un punto fijo en mitad del caos.

Durante unos minutos la línea quedó flotando, no rota, pero sí tambaleante, entonces apareció el **Sargento Primero Rivera**.

Rivera no tenía el carisma visible de Beltrán ni su forma feroz de caminar bajo el fuego, tenía otra cosa: oficio, cabeza fría, años suficientes para entender qué hacer cuando todo lo demás empieza a romperse, era de esos suboficiales a quienes la guerra ya les había quitado varias capas de miedo, no porque no sintiera, sino porque sabía aplazar el temblor hasta después.

Se paró en el centro de una trinchera anegada y gritó con una voz que no parecía tan grande como para mandar sobre tanto desastre, pero mandó.

—¡Me escuchan todos! ¡Se acabó el desorden!
—¡Primera línea sostiene!
—¡Segunda línea redistribuye munición!
—¡Nadie abandona posición sin orden mía!
—¡El que vea al de al lado caer, dispara por dos!

Y funcionó.

La tropa necesitaba eso: una instrucción simple en medio del derrumbe.

El cuarto día fue una mezcla de aguante y brutalidad, el enemigo estaba igual de castigado, pero seguía golpeando, ya no con tanta coordinación, sino con esa terquedad fanática que tienen algunos combates cuando ambos lados entienden que retroceder también es morir. Se escuchaban voces campesinas del otro lado, insultos, arengas, gritos para mover a los suyos, a veces muy cerca, a veces invisibles, como si el mismo páramo hablara con odio.

Los morteros empezaron a marcar la diferencia, Rivera logró coordinar fuego sobre dos líneas de aproximación y eso quebró el impulso de una nueva arremetida, cada impacto levantaba una columna de tierra, agua y vegetación, y dejaba al descubierto cuerpos, equipo, huecos mal tapados, posiciones que hasta entonces habían parecido parte del paisaje, el combate se volvió todavía más cruel: menos romántico, más práctico, matar o ser abierto por un cilindro, disparar o sacar a un compañero de un charco que ya se estaba volviendo tumba.

Al quinto día, el paisaje parecía haber envejecido años.

Las trincheras estaban más profundas, más sucias, más vividas, las lagunas cercanas tenían la superficie rota por barro y esquirlas, algunos frailejones estaban partidos, chamuscados, doblados como ancianos heridos, había restos de lona, de cajas de munición, de equipos de comunicación destrozados, de camillas improvisadas abandonadas a medias, el campo de combate ya no parecía un lugar natural. Parecía una cicatriz abierta sobre una cuna de agua.

Y sin embargo, la línea aguantó.

La última arremetida enemiga llegó de madrugada, quizá buscando aprovechar el agotamiento total, lo que encontraron fue otra cosa, Rivera ya había sembrado observadores, campos de fuego cruzado y un ritmo de relevo que, aunque mínimo, mantenía al menos a algunos hombres con la cabeza clara, cuando los primeros se movieron, los estaban esperando.

No fue una masacre limpia ni heroica. Fue un cierre.

Un intercambio brutal, cercano, embarrado, con hombres disparando casi por reflejo, con granadas lanzadas a distancia corta, con gritos partidos por explosiones, pero al final, el empuje cedió, el fuego del otro lado empezó a espaciarse, luego a apagarse, luego a quedar reducido a algunos disparos aislados, y después vino algo extraño en medio de cinco días de infierno:

Silencio.

Un silencio tan raro que muchos no confiaron en él.

Rivera fue el primero en levantar la vista del todo.

No celebró.

No dijo “ganamos”.

Dijo algo mejor, más de soldado:

—No disparen por ganas. Disparen por certeza. Revisen muertos. Revisen vivos. Y el que todavía pueda rezar… que rece.

Ahí empezó la cuenta real.

Los caídos propios, los propios heridos, los que habían sobrevivido de milagro, los que había que evacuar ya, los que no saldrían, los cuerpos de Beltrán y Herrera, los nombres que luego serían dichos en voz alta, el espacio exacto donde cada uno había caído, la forma en que un hombre sigue presente incluso cuando ya no responde.

Danny seguía entero, aunque con la cara hundida del cansancio, Jhon, cubierto de barro hasta las pestañas, apenas podía cerrar la mano derecha de tanto cargar munición y cavar, Villamizar parecía mayor, todos parecían mayores, la guerra había hecho en cinco días lo que a veces no hacen diez años de vida normal.

Cuando por fin la tensión bajó apenas lo necesario, Jhon se sentó en el borde de una trinchera rota y miró alrededor.

Miró el páramo herido.
Miró los hombres que quedaban.
Miró las hamacas rotas, los cascos embarrados, las botas hundidas, el vapor de los cuerpos saliendo en el frío.
Miró hacia atrás, a todo lo que habían subido, a todo lo que había costado cada metro.

Y pensó, una vez más, en Yuranni.

Pensó en su voz.
En su manera de hablarle cuando todavía existía un mundo donde el barro no olía a sangre.
Pensó en que ella jamás podría imaginar del todo lo que había sido aquello.
Y pensó también que quizá estaba bien que no pudiera.

Porque hay combates que no se cuentan completos.

Se cargan.

Se sobreviven.

Y se dejan clavados para siempre en la memoria de quienes vuelven.

El **Cerro del Águila** no se imponía por altura sino por presencia, era una cresta larga, barrida por el viento, donde los frailejones parecían inclinarse en una sola dirección como si señalaran el paso del tiempo, a un lado, pequeñas lagunas oscuras —nacimientos de agua— respiraban en silencio; al otro, el terreno caía en pliegues que desaparecían en la neblina, el suelo, esponjoso y traicionero, guardaba el frío como una memoria, desde allí se dominaba el corredor: quien se parara en ese punto veía rutas, intuía pasos, leía la montaña. Cuando la bruma se abrió por segundos, los hombres supieron, sin que nadie lo dijera, que habían llegado al sitio indicado.

El **Sargento Primero Rivera** se arrodilló junto al radio, limpió el barro de la antena con la manga y transmitió con la voz firme, sin adornos:
—Aquí Águila Uno para mando… posición alcanzada… repito, objetivo alcanzado en Alto de las Águilas. Novedades: sesenta y cinco bajas propias, bajas enemigas… incontables. Solicitamos apoyo inmediato desde bases inferiores para consolidar perímetro y establecer fuerte. Cambio.
La estática mordió el silencio un instante.
—Águila Uno, aquí mando… QSL, recibido, mantengan posición, refuerzos en curso. Prioridad: asegurar punto y habilitar helipuerto, cambio y fuera.
Rivera cerró el canal, miró alrededor y asintió apenas, no había más órdenes que esperar: había que empezar.

Lo primero fue el helipuerto, marcaron una superficie en lo más firme de la cresta, nivelaron a punta de pala corta, botas y manos, quitaron piedras, apisonaron barro, tensaron lonas para indicar viento. Dos hombres con paneles improvisados señalaban la dirección, el rotor llegó antes que el alivio: un batir de aire que levantó polvo húmedo y dobló los frailejones cercanos, cuando el helicóptero tocó suelo, nadie se movió más de lo necesario; todos sabían que ese punto debía quedar asegurado sí o sí.

De la aeronave descendió el **Coronel Andrade**, seguido por **tres mayores** y **cinco tenientes**, no hubo ceremonia, Andrade miró el terreno, recorrió con los ojos las posiciones abiertas, el perímetro, las caras cansadas, se acercó a Rivera, chocaron miradas y en ese gesto quedó decidido todo.
—Nos quedamos —dijo el coronel—. Aquí se levanta el fuerte.
Y así fue.

Comenzaron a construir sin esperar a nadie más, lonas verdes estiradas entre estacas para cubiertas bajas, zanjas ampliadas hasta volverlas trincheras de verdad, parapetos con tierra húmeda compactada a golpes de pala y bota, las manos se llenaron de ampollas en horas; algunos envolvían los mangos con tela, otros seguían así, apretando dientes, se cavaron puestos de tirador, se trazaron líneas de fuego, se asignaron sectores, munición a mano, rutas de evacuación marcadas, posiciones alternas por si la primera caía, el helipuerto quedó a un lado, protegido, con un acceso claro y otro oculto, nadie hablaba de descanso, nadie preguntaba por relevo, ese lugar, con ese viento, ya era suyo porque lo habían pagado caro.

Al caer la tarde, con el perímetro respirando más orden que caos, los tres volvieron a encontrarse.

Danny llegó primero, con las manos negras de tierra y los nudillos abiertos.
—Uy, parce… esto sí quedó montado —dijo, mirando las zanjas que horas antes no existían.
Jhon apareció después, cargando dos palas al hombro, Camilo venía detrás, con la mirada cansada pero más viva que días atrás.

Se sentaron en el borde de una trinchera, mirando la planicie que ahora era base.

—¿Se acuerda cuando preguntábamos que cuándo íbamos a llegar? —dijo Camilo, soltando una risa corta.
—Pues ya llegamos, gonorrea… —respondió Danny—. Y vea, sin ganas de devolverse.
Jhon dejó las palas a un lado y se pasó la mano por la cara, arrastrando barro seco.
—Llegamos… pero vea cómo —murmuró.

Hubo un silencio que no incomodaba, pero pesaba.

Danny lo rompió:
—¿Y la flaca, qué? ¿Todavía lo tiene pensando o ya la soltó?
Jhon sonrió por lo bajo, sacó la billetera y la abrió apenas, lo justo para ver la foto.
—Esa no se suelta, parce… esa me tiene es amarrado.
Camilo se inclinó a mirar.
—Uy, sí está bonita… ¿ve? Yo sí le dije que usted había levantado bien.
Danny soltó una carcajada breve.
—Este man se ganó ese punto, no joda. ¿Se imagina contarle todo esto?
Jhon negó despacio.
—No… y tampoco quiero. Que ella se quede con lo otro… con lo bueno.

El viento pasó más fuerte, como si quisiera llevarse la conversación.

—Parce —dijo Camilo—… yo allá abajo pensaba que no íbamos a salir… a lo bien.
Danny lo miró de lado.
—Yo también. Pero vea… seguimos.
Jhon cerró la billetera.
—Seguimos… y ahora esto es de nosotros.

Se quedaron un momento mirando el helipuerto, la lona ondeando, los hombres cavando aún con la luz cayéndose.

—Oiga —agregó Danny—… cuando bajemos de aquí, le va a contar a su Yuranni que usted se paró en el Cerro del Águila y no se dejó sacar.
Jhon apretó la mandíbula, pero sonrió.
—Primero hay que bajar, parcero… primero hay que bajar.

Detrás de ellos, la base seguía tomando forma a punta de pala, sudor y manos ampolladas, adelante, la neblina volvía a cerrarse, y en medio, los tres amigos, sosteniendo un pedazo de mundo que acababan de ganar para no soltarlo.

Diciembre llegó sin avisar.

No hubo luces, ni villancicos, ni ese ruido de ciudad que anuncia fiestas, llegó como llega todo en el páramo: en silencio, con un frío más hondo y un cielo que apenas cambiaba de tono, para cuando el calendario marcó la fecha, la base ya no era un campamento improvisado, después de mes y medio de trabajo constante, a pala, a pulso y con manos abiertas por el esfuerzo, el lugar se había convertido en algo distinto.

Una posición firme.

Un punto de control.

Un nombre.

El sitio fue reconocido como **Batallón de Alta Montaña**.

Las trincheras ahora eran profundas, bien marcadas, las lonas verdes estaban mejor ajustadas, algunas reforzadas con lo poco que lograban subir en los helicópteros, el helipuerto ya no era una marca en el barro, sino una zona estable, vigilada, lista para recibir y despachar, había sectores definidos, turnos claros, rutas trazadas.

Desde allí salían patrullas todos los días.

Hacia abajo.

Hacia los municipios.

Hacia veredas donde antes la presencia del Estado era casi inexistente.

Los combates no habían desaparecido del todo, pero habían cambiado, ya no eran esos choques largos y brutales de días enteros, eran escaramuzas cortas, encuentros rápidos que casi siempre terminaban igual: sin resultados grandes, la ventaja ya no estaba del otro lado.

Los helicópteros sobrevolaban con mayor frecuencia.

Más precisos.

Más atentos.

El control se estaba consolidando.

Y más allá, en el Meta y otras zonas, se sabía que la tropa seguía aumentando, el cerco se cerraba poco a poco, aunque nadie en la montaña se atrevía a decir que la guerra estaba terminando.

Solo estaba cambiando.

—

El 24 de diciembre llegó vacío.

Sin anuncios, sin celebración, solo otro día más en la base.

La noche cayó más fría que de costumbre, el viento no dio tregua, y en vez de música, lo único que se escuchaba era el sonido de las lonas moviéndose y, a lo lejos, el paso de algún helicóptero que no distinguía fechas.

En una de las trincheras, Jhon, Danny y Camilo estaban sentados, medio cubiertos por una lona, tratando de protegerse del viento.

Ninguno tenía nada especial.

Ni comida diferente.

Ni regalos.

Solo el equipo.

Y el cansancio acumulado.

—Uy, parce… —dijo Camilo—… ¿sí pilla que hoy es 24?

Danny soltó un aire.

—Sí… mi mamá a esta hora ya debe estar haciendo la cena…Jhon se quedó mirando al frente.

—Allá en la casa siempre ponían música… —dijo—… mi papá se tomaba sus tragos, mi mamá cocinando… todo normal…

Camilo sonrió apenas.

—En la mía armaban una bulla la berraca… primos, tíos… eso parecía feria.

Se hizo un silencio.

—Y nosotros aquí… —murmuró Danny.

Un viento fuerte sacudió la lona.

—Pero bueno… —dijo Camilo, intentando levantar el ambiente—… por lo menos no estamos dando bala hoy.

Danny lo miró.

—No cante victoria, marica… que esto no respeta ni Navidad.

Jhon soltó una risa corta.

—Sí… aquí no hay Niño Dios ni nada.

Camilo se acomodó mejor.

—¿Usted cree que allá abajo sí están celebrando normal?

Danny se quedó pensando.

—Yo creo que sí… la gente intenta seguir como si nada.

Jhon bajó la mirada.

—Mi flaca seguro está con la mamá…

—¿La Yuranni? —preguntó Camilo.

—Sí…

—Esa debe estar pensando en usted…

Jhon sonrió apenas.

—Ojalá…Danny lo miró.

—¿Usted sí la extraña duro, no?

Jhon no dudó.

—Bastante…

Pausa.

—Es que uno aquí se da cuenta de muchas cosas…

Camilo intervino:

—Como qué.

Jhon respiró hondo.

—Que uno allá se queja por bobadas… y aquí… —miró alrededor—… aquí lo único que uno quiere es volver.

Danny asintió.

—Volver y ya…

Se quedaron en silencio, a lo lejos, un helicóptero pasó.

—Bueno, al menos seguimos vivos —dijo Camilo.

Danny lo miró.

—Eso ya es bastante.

Jhon levantó la mirada hacia la oscuridad, no había estrellas, solo nube.

—Parce… —dijo—… cuando bajemos de aquí…

—Cuando bajemos —interrumpió Danny—.

Jhon asintió.

—Cuando bajemos… voy a ir a buscarla de una.

Camilo sonrió.

—Eso es lo primero que hay que hacer.

Danny agregó:

—Y nosotros a comer como unos berracos…los tres rieron, una risa corta, pero real, el viento volvió a soplar, el frío seguía igual, la guerra no se había ido.

Pero por un momento…ahí, en esa trinchera…solo eran tres amigos.

En Navidad, lejos de todo, el 31 de diciembre llegó igual que había llegado la Navidad.

Sin aviso, sin celebración, sin nada que lo distinguiera de los otros días, salvo por el peso que traía encima.

En el páramo, la soledad se sentía distinta esa noche, no era solo el frío ni el viento que golpeaba las lonas; era esa sensación de estar lejos de todo, de saber que en otros lugares el mundo seguía su curso mientras ellos permanecían detenidos en la guerra.

En Colombia, diciembre siempre había sido otra cosa.

Era reunión, era familia, era comida abundante, era música, era risas, era conteo regresivo, era abrazos a las doce, pero esa noche… no para todos.

En Medellín, la ciudad no había perdido la costumbre.

Las calles estaban llenas de luces.

Las casas abiertas.

La música sonando en cada esquina.

Las mesas llenas de comida.

Y la pólvora comenzaba a escucharse desde temprano, como una guerra distinta, celebrada, ajena al dolor que se vivía en otros rincones del país.

En una casa sencilla, pero llena de calor humano, estaban reunidas varias mujeres, la mamá de Danny estaba ahí, también la mamá de Jhon, y la de Andrés, se habían conocido en medio de la espera, en la preocupación compartida, y en el consuelo que solo alguien que entiende puede dar.

—Su hijo debe estar bien —decía la mamá de Jhon—. Esos muchachos son fuertes.

La mamá de Danny asentía, pero con los ojos húmedos.

—Sí… pero uno no deja de pensar…Yuranni estaba ahí, sentada a su lado, acompañándola.

Con el paso de los días, Yuranni había logrado algo que no era fácil: suavizar ese dolor.

Había llegado con palabras, con paciencia, con ese cariño que no era propio, pero que había decidido dar.

—Tranquila, doña… —le decía con suavidad—… él va a volver, ya verá.

La mujer la miraba con gratitud.

—Ojalá, mija… ojalá…

En otro punto de la ciudad, Luisa estaba con su novio, también soldado, de descanso., pero con la mente lejos.

—¿Usted cree que ellos sí están celebrando algo? —preguntó ella.

El hombre negó despacio.

—No… allá eso no existe.

—Qué tristeza…

—Así es esto…

Luisa suspiró.

—Y uno aquí con comida, música… y ellos allá pasando frío…

El soldado bajó la mirada.

—Por eso es que uno vuelve distinto…

A lo lejos, la pólvora comenzó a explotar con más fuerza, en toda la ciudad, y en muchas otras del país, el ruido crecía.

—¡Faltan diez minutos! —gritó alguien.

La cuenta regresiva se sentía en cada rincón, pero no en el páramo, allá, en el **Cerro del Águila**, la noche seguía igual, fría, oscura, silenciosa.

El **Coronel Andrade**, en un gesto que no era obligatorio pero sí humano, reunió a su personal principal.

Había logrado subir algunas anchetas, sencillas, pero significativas.

—Muchachos… —dijo—… sé que no es lo mismo.

Miró a todos.

—Pero es lo que tenemos.

Nadie habló, pero todos entendieron, se repartieron los paquetes, algunos traían dulces, otros galletas, un poco de bebida.

Danny recibió el suyo, lo miró, sonrió apenas.

—Algo es algo… —dijo.

Jhon se sentó en su trinchera, abrió la ancheta, sacó un dulce, lo miró un segundo.

—Feliz año, parcero… —le dijo a Danny.

—Feliz año…

El reloj marcó las doce, en Medellín…

—¡Diez!
—¡Nueve!
—¡Ocho!

La pólvora estalló en el cielo, luces, gritos, abrazos.

—¡Tres!
—¡Dos!
—¡Uno!

—¡Feliz año!

Las familias se abrazaban, se reían, lloraban, la mamá de Danny abrazó a Yuranni, fuerte.

—Que Dios me lo cuide… —murmuró.

Yuranni cerró los ojos, pero no se quedó.

Después de las doce…salió, caminó sola, las calles seguían llenas, pero ella iba en silencio.

Llegó al **árbol de los amigos**, ese lugar donde tantas veces había compartido con ellos, donde las risas eran normales, donde la vida era simple.

Se sentó.

Y ahí…sin música, sin gente cerca, sin ruido interno…lloró, no un llanto suave, un llanto profundo, contenido, acumulado.

—Vuelva… —murmuró—… vuelva, por favor…

En el páramo, el viento sopló más fuerte.

Y en medio de esa distancia inmensa…

dos mundos existían al mismo tiempo:

uno celebrando, otro resistiendo, y entre ambos…el amor intentando no romperse.

La paz reflejada en el conflicto

La carta llegó en una bolsa plástica, doblada con cuidado, con el nombre de **Andrés Betancourth** escrito a mano en tinta azul, un poco corrida por la humedad, uno de los soldados del enlace subió con el paquete al final de la mañana, junto con víveres, munición, repuestos menores y una caja de baterías para radios, en el páramo, cualquier cosa que viniera de abajo parecía traer otro clima pegado encima: olor a casa, a ciudad, a gente viva, a mundo normal.

Andrés la recibió sin afán, pero con una tensión que se le notó en la mandíbula, no la abrió de inmediato, se la guardó en el bolsillo interno de la guerrera y siguió con el relevo como si no pasara nada, pero sí pasaba, se le veía en los ojos, que andaban distintos desde que supo que venían cartas de los familiares, había algo en ese papel que lo asustaba más que un hostigamiento: la posibilidad de que unas pocas líneas le removieran todo lo que llevaba semanas apretando por dentro.

El **Batallón de Alta Montaña** ya no era el pedazo de montaña pelada y herida donde habían llegado, en apenas mes y medio, a punta de pala, sangre seca, órdenes gritadas, vuelos de apoyo y terquedad, el lugar había cambiado de forma radical, las primeras trincheras abiertas a las malas ahora eran líneas mejor cavadas, conectadas por pasos estrechos para moverse sin regalar silueta, habían levantado parapetos más firmes con tierra apisonada, piedras y costales, las lonas verdes ya no eran improvisación total: algunas cubrían puestos de observación, otras servían de techo a cambuches mejor organizados, otras protegían víveres y cajas de munición del agua brava del páramo, el helipuerto, que empezó como una mancha alisada en medio del

barro, ahora se reconocía a simple vista, bien marcado, bien defendido, con acceso controlado y zona despejada para maniobra.

Incluso había pequeños televisores, nada lujoso, apenas unos aparatos modestos instalados en puntos protegidos, donde a veces, con suerte y paciencia, lograban captar señal suficiente para ver noticias, eso había cambiado el ánimo de la tropa más de lo que muchos mandos habrían admitido, ver el país, aunque fuera en fragmentos, devolvía una noción del tiempo que la guerra en la montaña les quitaba, ya no vivían solo por días de patrulla o noches de guardia; ahora sabían si era lunes o jueves, si había pasado algo grave en Bogotá, si el país seguía respirando abajo.

Y estaba el tema de los radios.

El general había decidido que la comunicación ya no podía ser un lujo de mando, el rumor entre la tropa decía que movió influencias y gestión hasta conseguir que **Ecopetrol** facilitara equipos portátiles para reforzar la comunicación de los soldados en distintas zonas del país, nadie abajo sabía bien cómo se cerró eso, pero arriba el resultado se sentía en cada relevo: radios pequeños, resistentes, colgados al pecho o al cinto, que le daban a cada escuadra un margen de reacción muy distinto al de los primeros días, en un terreno como ese, donde la niebla se tragaba la voz humana y el fuego se abría por puntos, un radio no era comodidad. Era vida.

Aun así, la guerra no se había ido.

El primer semestre de 2003 estaba dejando claro que el país seguía bajo una presión brutal, en los televisores y en los radios de campaña no dejaban de repetirse reportes de emboscadas, hostigamientos, ataques a puestos de Policía, secuestros, carros bomba, incursiones armadas, retenes ilegales y

enfrentamientos en corredores estratégicos, y uno de los hechos que más había golpeado la moral del país, incluso en la montaña, fue el **atentado al Club El Nogal**, la noticia subió hasta el páramo como suben todas las tragedias nacionales: tarde, incompleta, pero suficiente para helar, ver las imágenes de un edificio de Bogotá herido desde adentro, gente corriendo entre humo, llanto, confusión, ambulancias entrando y saliendo, dejó a más de uno callado, porque el mensaje era claro: la guerra ya no era solo del monte. También era de la ciudad.

Pero al mismo tiempo, las noticias hablaban de otra cosa: resultados, operaciones coordinadas en distintas regiones, presión creciente sobre corredores armados, mayor movilidad de tropas, más sobrevuelos, más cierre sobre estructuras insurgentes, no era una victoria limpia ni cercana, pero sí se sentía que el Estado se estaba metiendo de lleno, y que lugares como el Sumapaz ya no eran la periferia olvidada de la guerra, sino el centro mismo de una disputa estratégica.

Fue con todo ese ruido nacional de fondo que Andrés aprovechó el relevo de una guardia de media tarde para abrir la carta.

Estaba en una posición intermedia, no la más alta, pero sí lo suficientemente expuesta como para ver, cuando la neblina aflojaba, el descenso de las lomas y algunas manchas plateadas de agua quieta más abajo, llevaba el fusil apoyado al costado de la trinchera, la guerrera abierta apenas en el cuello, los dedos partidos por el frío y el trabajo con la pala, el viento soplaba de lado y hacía crujir la lona que cubría parcialmente el puesto, a cierta distancia se oía un generador pequeño, siempre a medias, y más lejos todavía, el sonido intermitente de un helicóptero haciendo ronda.

Sacó la carta.

La abrió con cuidado.

La hoja tenía un olor mínimo, casi imaginado, pero para él fue suficiente: casa, ropa guardada, madera, jabón barato, cocina.

Leyó la primera línea y tragó saliva.

“Mijo Andrés:”

Nada más esas dos palabras ya le aflojaron algo por dentro.

Siguió leyendo despacio, como si quisiera alargar el momento y al mismo tiempo temiera llegar al final.

“No sabe cuánto me alegró saber que podía escribirle, llevo días pensando qué decirle y ninguna palabra me alcanza, porque una madre nunca encuentra la forma exacta de decir lo que siente cuando tiene a un hijo tan lejos y en medio de todo eso.”

Andrés bajó un segundo la hoja, miró al frente, el viento volvió a pegarle en la cara, cerró los ojos apenas y siguió.

“Aquí en la casa todo está igual, pero al mismo tiempo no, su cuarto sigue como usted lo dejó, yo a veces entro, lo arreglo un poquito y luego lo dejo quieto, porque me da tristeza que se vea vacío, su taza todavía está donde siempre, sus zapatos viejos siguen detrás de la puerta, hasta me he sorprendido más de una vez pensando que usted ya va a entrar y me va a pedir comida con ese genio que tiene.”

La boca se le movió sola, como si quisiera sonreír, pero no terminó de hacerlo.

“No le voy a mentir, me hace mucha falta, me hace falta oírlo caminar por la casa, me hace falta pelearle por desordenado, me hace falta hasta verlo bravo, hay cosas de uno como mamá que solo se entienden cuando el hijo no está, todo pesa distinto.”

Andrés respiró hondo, siguió.

“Yo sé que usted no se fue porque quisiera estar lejos de mí, yo sé que la vida se lo llevó por un camino duro, y aunque me duele, también le digo que me siento orgullosa, sí, mijo, orgullosa, porque aguantar lo que usted está aguantando no lo hace cualquiera.”

Ahí se le endurecieron los ojos, no porque quisiera llorar, porque a veces el orgullo dicho por una madre tiene la fuerza exacta de una herida buena, más abajo, la carta seguía con esa mezcla de cotidianidad y ternura que solo alguien que espera desde la casa sabe escribir:

“Por aquí han preguntado mucho por usted, la vecina dice que cuando vuelva le va a hacer sancocho, su tía mandó saludos, y no crea que no rezo por usted, rezo todos los días, a veces en la mañana, a veces en la noche, a veces a cualquier hora cuando me da un presentimiento, le pido a Dios y a la Virgen que me lo tapen con su manto y no me lo suelten.”

Andrés dejó la hoja un momento sobre la rodilla y miró la neblina.

Había algo insoportable en que la gente de la casa siguiera haciendo vida mientras uno estaba arriba convertido en otra cosa, y, al mismo tiempo, esa continuidad era lo único que daba fuerzas.

Volvió al papel.

“No se me olvide comer aunque no tenga ganas, no se me olvide abrigarse aunque diga que no siente el frío, usted desde chiquito era necio con eso, y cuídese de las malas amistades, aunque me imagino que allá todos andan vueltos lo mismo.”

Ahí sí soltó una sonrisa breve.

Y siguió hasta el final.

“No me importa cuándo vuelva, solo me importa que vuelva, no me traiga nada, no me explique nada, solo vuelva, yo aquí lo espero, lo amo, su mamá.”

Andrés se quedó inmóvil.

No por segundos.

Por un buen rato.

Con la carta abierta entre las manos, el fusil al lado, el frío entrando por las botas y un nudo antiguo apretándole el pecho.

Fue Danny el que llegó primero.

Venía subiendo desde una posición baja, con el radio colgado al pecho y la cara tiznada de tierra.

—¿Qué, parcero? —dijo al verlo tan quieto—. ¿Le tocó carta de esas que lo dejan vuelto mierda o qué?

Andrés no levantó la cara de inmediato, solo dobló la hoja con cuidado, como si guardarla mal fuera una forma de faltarle el respeto.

—Sí… —respondió al final—. De esas.

Danny se sentó en el borde de la trinchera, resopló por el cansancio y sacó la suya también.

—La mía me dice lo mismo de siempre —dijo—. Que coma, que me abriegue, que si sigo vivo, que si me acuerdo de ella… como si uno pudiera olvidarse.

Jhon apareció después, con su radio portátil en una mano y una bolsa de galletas en la otra.

—¿Están en sesión sentimental o qué? —dijo, tratando de aligerar el aire.

Danny soltó una risa corta.

—Sí, marica, venga y llore con nosotros.

Jhon se sentó también. Sacó dos papeles doblados del bolsillo.

—A mí me llegaron dos. Una de mi mamá… y otra de Yuranni.

Danny le quitó una galleta de la bolsa.

—Obvio. El galán siempre recibe doble.

Jhon negó con una sonrisa.

—Cállese.

Andrés lo miró por primera vez con algo más suelto en la cara.

—¿Y qué le puso la flaca?

Jhon no respondió enseguida, abrió la hoja con más cuidado que cualquiera de las otras cosas que manejaba desde hacía meses.

—Que me está esperando… que sueña conmigo… que la ciudad le sabe rara cuando piensa en que yo estoy aquí arriba… y que no me vaya a dejar matar.

Danny soltó el aire por la nariz.

—Vea pues. Eso sí pega.

—También me dijo que ya estuvo otra vez con su mamá —agregó Jhon—. Que la doña ya la quiere más, que hasta hablaron de nosotros.

—¿Yuranni con la mamá de Danny? —preguntó Andrés.

—Sí —respondió Danny, esta vez más despacio—. Mi mamá ya la conoce, ya conoce a la de Jhon también… y a la suya.

Andrés volteó a mirarlo.

—¿Cómo así?

—Pues sí, marica, esas señoras allá ya hicieron como alianza de guerra, se encontraron, se acompañan, preguntan, se escriben, se consuelan… todo eso.

Eso les arrancó una risa a los tres, pero no una risa vacía, una de esas que salen porque el dolor necesita aire.

Danny abrió al fin su carta.

Leyó en voz alta un pedazo:

—**“Mijo, lo extraño mucho, no hay día en que no piense en qué le estará tocando comer, ojalá alguien le esté dando siquiera un tinto caliente.”**

—Uy no —dijo Jhon—. Esa sí es pura mamá.

Danny siguió:

—**“La artritis me ha molestado duro, pero no se me preocupe, lo que más me duele no son las manos sino no verlo.”**

Ahí ya nadie se burló.

Jhon abrió la de su mamá.

—La mía dice que el barrio sigue igual, que mi hermano se metió en otro enredo con una moto y que si yo aparezco otra vez en la casa con ese genio, me van a poner a pintar la fachada.

—Eso sí suena a hogar —dijo Andrés.

Después de un rato, cada uno volvió a doblar su carta y a guardarla en el sitio más seguro que tenía encima, no era un simple papel, era una forma portátil de la casa.

Abajo, en uno de los pequeños televisores, seguían pasando noticias, un locutor hablaba de operaciones en varias regiones, de reducción de corredores armados, de presión militar constante en zonas históricamente complejas, luego pasaron imágenes del atentado en Bogotá, columnas de humo, rescate, rostros en shock, la cámara cambió después a tropas en monte, desembarcos, sobrevuelos.

Andrés se quedó mirando.

Sintió de golpe que él estaba dentro de esa película nacional, que ya no era un espectador de la guerra ni un muchacho que escuchaba historias ajenas: era una pieza viva de esa cosa inmensa que estaba atravesando el país.

Se puso de pie cuando llegó el relevo.

Se acomodó la guerrera.

Se aseguró el radio portátil al costado.

Sintió el peso de la carta en el bolsillo del pecho, justo encima del corazón.

Y volvió a mirar al páramo.

El viento seguía igual de frío, la neblina no dejaba ver demasiado, a lo lejos, una escuadra bajaba hacia una ruta de patrulla, más cerca, otros seguían cavando, reforzando, ajustando. La guerra no había dado tregua, pero tampoco ellos.

Y mientras tomaba de nuevo su puesto de guardia, Andrés pensó algo que no se atrevió a decir en voz alta: Que si lograba bajar vivo de esa montaña, no iba a volver a mirar la casa como antes.

Ni la vida.

Ni a su madre.

Porque después de aprender a leer cartas con el fusil al lado y la muerte rondando, uno entiende que el amor de casa no es un adorno de la vida.

Es lo que la sostiene.

El tiempo en el Sumapaz no se medía en horas, sino en pasos evitados, los combates abiertos de fusilería habían mutado en una guerra invisible y traicionera: el minado sistemático de la montaña, la guerrilla había convertido el paisaje en una trampa infinita, cada tronco de árbol con planatos, cada sendero de herradura y hasta los quicios de las casas campesinas eran ahora blancos potenciales, los subversivos acechaban desde las sombras de la neblina, calculando dónde acamparía la tropa o dónde buscaría refugio un soldado cansado para sembrar allí la muerte en frascos de vidrio.

La zozobra se incrustaba en los huesos, más profunda que el frío del páramo, el desgaste no era solo físico, era una erosión del alma, los soldados caminaban con el corazón en la garganta, sabiendo que el siguiente paso podía ser el último, o peor, el que les arrebatara una pierna, por eso, el mando tomó una decisión radical: la vía principal era una sentencia de muerte, se abandonaron los caminos reales y se optó por el "macheteo" ciego, cortando pasto y frailejón para abrir rutas nuevas, vírgenes, donde la tierra aún no hubiera sido removida por manos enemigas.

En esa coreografía del miedo, los protagonistas eran los binomios caninos, el guía, con el fusil terciado y la mirada fija en las orejas de su perro, confiaba su vida a un olfato capaz de detectar la molécula del cordón detonante en medio de la humedad, mientras el soldado aseguraba la zona y buscaba un claro para el helipuerto de extracción, el perro era el ángel de la guarda que decidía quién vivía un día más.

A kilómetros de allí, en una construcción clandestina que olía a sudor y pólvora rancia, la ambición superaba a la lógica militar, el lugar era una carnicería de explosivos artesanales.

—Hombre, ya le dije que no se ponga a echarle tanta pasta a eso, que el estopín no va a aguantar —advirtió uno de los guerrilleros, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¡Echele a ese tarro de esa vaina y deje de joder! —le gritó el otro, cuya prepotencia era tan grande como su ignorancia
—. Deje el miedo, que el comandante me asignó a mí la tarea, más bien, lárguese a la entrada y vigile que no asomen los "cafuches" por el filo.

En un rincón, dos mujeres jóvenes, curtidas en las escuelas de explosivistas de San Vicente del Caguán, trabajaban con la frialdad que solo enseña el alias "Romaña", eran las "raspachinas", encargadas de camuflar la muerte en objetos cotidianos.

—Mija, estas viejas de "La Marranera" son como bobas, se demoran una eternidad para armar un simple tarro de metralla —dijo Maribel con una mueca de desprecio.
—Esas greñudas no saben ni dónde están paradas. Hágale usted, mamita, que esto es para hoy
—contestó su compañera, apretando el cordón con una sonrisa gélida
—Listo, vámonos ya, que esos cerdos del Ejército vengan ahora a preguntar por los otros cerdos, que aquí los vamos a esperar enterrados.

Al caer la tarde, la casa se convirtió en un refugio de excesos, el comandante Rogelio confiaba ciegamente en sus seis unidades de minado: tres hombres expertos en la química del terror y tres mujeres, elegidas por su belleza campesina para pasar desapercibidas ante cualquier retén, eran las dueñas de los piropos de día y las sembradoras de minas de noche.

La música carranguera retumbaba en las paredes de madera, ahogando el sonido de la llovizna, entre trago y trago, pegaban el oído a la radio, cada vez que el locutor mencionaba un operativo donde un soldado perdía la vida o quedaba mutilado, la casa estallaba en júbilo.

—¡Que vivan las FARC, carajo!
—gritaban brindando con cervezas frías, sacadas de una nevera pequeña que vibraba en un rincón junto a varios televisores y radios.

Pero la montaña tiene sus propias reglas, la casa estaba diseñada para el silencio y la oscuridad, no para el derroche, la carga eléctrica de tantos aparatos, sumada a la humedad que goteaba sobre un cableado ilegal y precario conectado a un poste lejano, creó la mezcla perfecta para el desastre.

La llovizna persistente terminó por fatigar el cable, un cortocircuito, una chispa minúscula en una habitación saturada de estopines y pólvora negra, fue el detonante.

El estruendo no fue un golpe, fue un rugido que sacudió los cimientos del páramo, la casa no colapsó; simplemente se desintegró, en un segundo, la música, las risas y la maldad se convirtieron en una bola de fuego que iluminó la niebla, al amanecer, los vecinos que se acercaron con miedo no encontraron rastro humano, no quedó un átomo, ni una prenda, ni una gota de sangre reconocible, solo un cráter humeante que confirmaba que allí, donde alguna vez hubo una caleta de muerte, la naturaleza había hecho su propia limpieza.

Desde el comando, la orden por radio fue clara: "Escuadras en movimiento. Verifiquen el estallido en el sector y aprovechen para el abastecimiento", los

soldados volvieron a la ruta, cortando pasto, sin saber que el enemigo que tanto temían se había evaporado por su propia mano.

La orden de bajar al caserío llegó temprano, cuando la neblina apenas empezaba a aflojar y el páramo todavía tenía ese color gris azulado de las mañanas frías, dos escuadras fueron designadas para verificar qué había ocurrido con la explosión de la casa y, de paso, abastecerse de algunos elementos básicos que ya empezaban a escasear arriba: jabón, pilas, velas, panela, galletas, fósforos, café, sal, cigarrillos para los más viciosos, y cualquier cosa que ayudara a romper por unas horas el sabor repetido de la vida militar en la montaña.

La bajada fue larga, pero distinta.

Por primera vez en mucho tiempo, los soldados no descendían con la tensión completa del combate abierto, iban atentos, sí, con el fusil asegurado, revisando márgenes, mirando pasos, sospechando de cada silencio, pero no era la misma marcha dura de ascenso ni la misma presión de meterse en zona caliente a ciegas, ahora ya había más control, más patrullajes aéreos, más comunicación por radio, más presencia, el miedo seguía ahí, porque en esa guerra nunca se iba del todo, pero ya no caminaba solo; ahora lo acompañaba una sensación nueva, la de que el terreno, poco a poco, también empezaba a reconocerlos.

A medida que perdían altura, el páramo iba cambiando, los frailejones se hacían menos densos, la neblina cedía, la vegetación se volvía más baja, más campesina, más doméstica, la tierra dejaba de sentirse tan abierta y silenciosa,

y empezaban a aparecer señales de vida: cercas de alambre, huellas de mula, surcos de cultivo, humo saliendo de una cocina de leña, un perro flaco ladrando desde lejos, gallinas escarbando entre el barro, todo eso, después de tantos meses de pura roca, frío, explosión y trinchera, tenía algo profundamente humano.

La vereda era pequeña.

No era un pueblo como tal, sino un puñado de casas de zinc y madera, con techos parchados, corredores angostos, estufas de leña, patios embarrados y tenderos que vendían de todo un poquito: arroz por libras, gaseosas, panela, sobres de café, fósforos, velas, pilas, galletas, paquetes, cuadernos, jabones, papel higiénico y hasta algunas medicinas básicas que llegaban sabe Dios cómo, las fachadas estaban deslucidas por el clima, pero a la vez tenían esa resistencia de las cosas que no se caen porque la necesidad las mantiene en pie. Había pequeños letreros hechos a mano: **“Se venden arepas rellenas”**, **“Hay tinto”**, **“Recarga de minutos”**, **“Se reciben encargos”**.

Cuando la tropa entró, la reacción de la gente no fue de fiesta, pero tampoco de miedo cerrado como al principio de la guerra, era una mezcla rara: prudencia, curiosidad y, en algunos rostros, alivio, los niños miraban primero las botas, luego los fusiles, luego las caras, las señoras se limpiaban las manos en el delantal y trataban de adivinar si esta vez venían solo a comprar o si había pasado algo más grave, algunos hombres levantaban la mano con desconfianza moderada, como quien saluda sin comprometerse demasiado, el conflicto les había enseñado una norma básica: nunca confiarse por completo de nadie, pero también les había enseñado otra cosa: que era mejor negocio, más vida y más tranquilidad tener al Ejército cerca que dejarle otra vez todo el terreno libre a la guerrilla.

Los soldados se dispersaron en pequeños grupos, siempre cubriéndose entre sí.

Y ahí fue donde apareció, como un premio mínimo después de tantos meses duros, la vida sencilla del caserío.

Uno de los primeros en llegar a la tienda principal fue Danny.

—Doña, ¿qué tiene pa' comer? —preguntó, aunque ya estaba mirando el mostrador como quien entra a un paraíso.

Detrás del vidrio había paquetes de Doritos, Chocorramos un poco viejos, papas, maní, galletas Ducales, caramelos, cigarrillos y unas gaseosas que el frío de la montaña no había logrado enfriar del todo pero que igual, en ese momento, valían oro.

—Tengo Doritos, tengo gaseosa, tengo arepas rellenas si esperan un momentico… respondió una mujer desde adentro.

—¿Arepas rellenas? —repitió Camilo, que había llegado detrás de él—. No joda, eso ya es lujo, pues.

—Y cafecito también, si quieren —agregó ella.

—Uy, mi doña, véndanos de todo antes de que nos arrepintamos de volver pa' arriba —dijo otro soldado, arrancando una risa general.

Las arepas salían calientes, envueltas en servilletas finas, rellenas con quesito, huevito o carne mechada cuando había suerte. Las gaseosas, aunque simples, sabían a ciudad. A civilización, a descanso breve, los Doritos sonaban como una fiesta en la boca después de tanto tiempo de comer raciones, comida fría o

lo que apareciera en la base, hasta ese detalle tan pequeño —comer un paquete industrializado, grasoso, crujiente, con olor a químico y queso— les recordaba que el mundo todavía tenía cosas normales.

Jhon se quedó un rato en una banca de madera afuera de la tienda, con una gaseosa en una mano y media arepa en la otra, mirando cómo el resto de los soldados disfrutaban esos minutos con una especie de alegría callada, no era una escena heroica ni épica, pero sí profundamente valiosa, hombres embarrados, cansados, con los uniformes ya marcados por el páramo, sonriendo por una gaseosa y una arepa, la guerra a veces se sostenía en cosas así de pequeñas.

La dueña de aquella tienda era **doña Fanny**.

Una mujer menuda, de movimientos rápidos, mirada despierta y voz amable, de esas que en cualquier región de Colombia saben atender, cobrar, cocinar, preguntar y estar pendientes de todo al mismo tiempo, vivía en la vereda con sus dos hijas pequeñas y una mulita flaca pero resistente que le servía para subir y bajar encargos, cargar mercado, traer leña o llevar cualquier cosa que le pidieran, desde que la base empezó a consolidarse arriba, ella fue una de las primeras en entender que la presencia del Ejército, además de seguridad, también podía traer trabajo.

Y no se equivocó.

Primero empezó vendiendo tinto, arepas y unas galletitas, luego fue metiendo más cosas, después empezó a guardar encargos: jabón, cuchillas, costurero, medias, pilas, cartas para entregar, paquetes para subir, más adelante, cuando se ganó la confianza de algunos mandos, comenzó a hacer favores logísticos pequeños con su mula: bajar y subir elementos livianos, llevar recados, acercar

bultos hasta cierto punto donde la tropa pudiera recogerlos, lo hacía con orden y sin meterse donde no la llamaban, no era alcahueta de nadie, era una mujer aprovechando una oportunidad en medio de la guerra.

Y prosperó.

No de un día para otro, no de forma mágica, pero sí de manera real.

Lo que antes era una tienda casi vacía empezó a moverse mejor, la llegada frecuente de soldados, oficiales, enlaces y conductores creó una economía nueva, ya no se vendía solo para la vereda, sino para un flujo de hombres que comían rápido, compraban lo que hubiera y siempre necesitaban algo: una gaseosa, una pastilla, un jabón, una lata, un tinto, una panela, una arepa, un cigarrillo, un papel, una bolsa, una aguja. Poco a poco, doña Fanny comenzó a ahorrar.

Y ahorró de verdad.

Tanto, que años después logró entrar en un subsidio de vivienda y compró un pequeño apartamento en la localidad de **Kennedy**, en Bogotá, después se consiguió una **GN 125**, que para ella no era solo una moto, sino la prueba concreta de que había sobrevivido a la violencia sin dejarse quebrar por ella, y más adelante, con lo que siguió reuniendo, montó un pequeño restaurante cerca de la casa, donde vendía desayunos corrientes, almuerzos ejecutivos y comidas caseras a trabajadores, vecinos y estudiantes. Con eso les dio estudio a sus hijas.

Y lo más impresionante era que el destino siguió tejiendo vueltas extrañas: esas dos niñas, que alguna vez jugaron entre soldados sucios de barro y helicópteros que aterrizaban cerca, terminaron años después vistiendo uniforme, las dos

ingresaron a la Escuela de Policía del Sumapaz, para muchos en la vereda fue como ver cerrarse un círculo imposible.

El caso de doña Fanny no fue único.

En distintas veredas y caseríos de la región pasó algo parecido, cuando la presencia del Ejército se hizo más estable, muchos campesinos —sin volverse aliados abiertos ni perder la prudencia— empezaron a descubrir algo concreto: que era más rentable y menos humillante vivir cerca de una institución que compraba, pagaba, protegía y no se llevaba a los hijos a la fuerza, que seguir sometidos a la lógica de la guerrilla, que a veces llegaba pidiendo comida, otras imponiendo silencio, otras exigiendo transporte, otras reclutando, otras sembrando minas al lado de la misma gente que decía defender.

La diferencia se volvió evidente en lo cotidiano.

Con la tropa, había miedo, sí, porque siempre había riesgo de combate cerca, pero también había negocio, circulación de dinero, mejor cuidado de algunos caminos, más movimiento de helicópteros, más médicos ocasionales, más visitas del Estado, más atención sobre la zona, con la guerrilla, en cambio, la vida siempre terminaba reducida a obedecer, callar o desaparecer.

Esa mañana, mientras los soldados comían y compraban, doña Fanny no paraba de moverse.

—Mijito, ahí le sale la otra arepita.
—No me vaya a botar esa gaseosa que está cara.
—Usted me debe dos mil del Chocorramo de la otra vez, vea que sí me acuerdo.

—Niñas, alcancen esa caja de galletas.
—No, no se siente ahí, que esa silla está coja.

Sus hijas andaban de un lado a otro, obedientes, atentas, todavía pequeñas, con trenzas y mejillas rojas por el frío, miraban a los soldados con esa fascinación infantil mezcla de respeto y curiosidad, algunos les regalaban caramelos; otros les hacían bromas sanas; otros simplemente agradecían el tinto como si recibieran un gesto del cielo.

Danny, que ya se había tomado media gaseosa de un solo golpe, se recostó en el marco de la tienda y dijo:

—Mi doña, usted aquí se va a volver rica.

Doña Fanny soltó una risa.

—Rica no, mijo… pero por lo menos ya no tan jodida.

—Eso ya es ganancia —dijo Camilo, mordiéndole duro a la arepa.

—Es que vea, antes aquí no se vendía sino lo del diario —respondió ella, mientras le servía café a otro—. Ahora ustedes bajan, compran, encargan… y eso mueve, la verdad sea dicha, uno vive mejor con ustedes por aquí que con esa gente armada rondando.

La frase quedó flotando un segundo.

Nadie la desarrolló más.

No hacía falta.

Todos sabían de qué hablaba.

Jhon se quedó observando a doña Fanny mientras regañaba a una de las niñas por ensuciarse el vestido con gaseosa, había en esa escena una normalidad tan pura, tan campesina, que dolía, porque demostraba que en medio del conflicto todavía existía la posibilidad de una vida simple: una tienda, una hija corriendo, una mula amarrada, una olla en el fogón, un soldado comprando Doritos.

Y justo por eso valía la pena contarla.

La guerra se suele recordar por las explosiones, los muertos, los ataques, las emboscadas, pero también había otra historia: la de la gente que, sin llevar fusil, iba reconstruyendo pedazos mínimos de país alrededor de la tropa, la de mujeres como doña Fanny, que no escribieron partes de guerra, pero ayudaron a sostener el tejido humano donde parecía que ya no quedaba nada.

Andrés, mientras tanto, andaba un poco más callado.

Comió, sí, compró una gaseosa y unas galletas, se sentó un rato con los otros, hasta sonrió cuando Danny casi se atraganta por comer muy rápido, pero seguía teniendo esa manera de desconectarse por momentos, de mirar hacia otro lado, de quedarse adentro de sí mismo aunque estuviera rodeado de gente, tal vez era el cansancio de tantos meses, tal vez era que la guerra lo había ido vaciando y llenando de otras cosas más silenciosas, tal vez era simplemente que, cuando por fin uno encuentra una pausa, la cabeza aprovecha para pasar factura.

Aun así, el ambiente general era bueno.

Había una sensación nueva en la vereda.

No era felicidad completa, porque en esas regiones la alegría nunca se entregaba del todo, era algo más prudente, más campesino: la impresión de que el orden, con todo lo duro que costaba, estaba empezando a inclinar la balanza.

Los soldados compraban, hablaban, se limpiaban el barro de las botas como podían, fumaban, tomaban tinto, se acomodaban el equipo. Doña Fanny anotaba encargos futuros: arroz, manteca, más gaseosas, cuadernos para las niñas, una lonita, alpargatas nuevas, todo mientras su mula esperaba paciente junto al corral, como si también entendiera que la guerra, por una vez, estaba dejando algo distinto de la pura destrucción.

La tarde seguía avanzando.

La tropa debía hacer la verificación de la explosión, recoger los elementos de aseo y víveres, hablar con un par de vecinos, revisar un camino lateral y luego emprender el regreso, nadie lo decía, pero todos estaban un poco más relajados que de costumbre, el sitio se sentía seguro, la gente estaba tranquila, el movimiento parecía normal.

La vereda seguía respirando esa calma engañosa.

El humo de las cocinas de leña subía despacio, las gallinas seguían escarbando como si nada, y los soldados, por primera vez en mucho tiempo, se permitían bajar la guardia un poco más de lo debido.

Era la tercera vez que llegaban a ese lugar.

Y eso… en la guerra… ya era peligroso.

Porque lo conocido da confianza.

Y la confianza baja la alerta.

Esa misma mañana, lejos de ahí, en la ciudad, la mamá de Andrés se había levantado más temprano de lo normal.

No había razón concreta.

No había ruido.

No había noticia.

Pero había algo.

Ese tipo de sensación que no se explica.

Yuranni estaba con ella.

Sentadas en la mesa, con café recién hecho.

—No sé… —dijo la señora, mirando el pocillo sin tomarlo—… hoy amanecí como rara.

Yuranni la miró.

—¿Cómo así, doña?

—Como con una angustia… como si algo no estuviera bien…

Se llevó la mano al pecho.

—Uno como mamá siente cosas… y hoy… hoy no me gusta.

Yuranni guardó silencio un segundo.

—Tranquila… —le dijo, aunque ella misma sintió un pequeño vacío en el estómago—… de pronto es el susto de siempre…

La señora negó despacio.

—No… esto es distinto…

En la vereda, la escena era otra.

Danny terminaba de comerse unas galletas, Camilo estaba hablando con un soldado sobre una moto que quería comprar cuando saliera, y Jhon observaba distraído a unas niñas jugando cerca del corral.

Andrés estaba sentado un poco apartado.

Callado, mirando el suelo, con la mente lejos.

—¿Qué, lanza? —le dijo Danny—. ¿Se quedó sin plata o qué?

Andrés levantó la mirada.

—No… todo bien, pero no sonaba convincente.

Jhon lo miró con más atención.

—¿Todo bien de verdad?

Andrés asintió.

—Sí… solo voy un momento allá atrás.

Se levantó.

—¿Pa’ dónde? —preguntó Camilo.

—A orinar.

Uno de los soldados, cercano, le dijo:

—Espere, voy con usted.

Andrés negó de inmediato.

—No, relájese… sé cómo orinar.

Hubo una pequeña risa.

—Este sí es mucho… —dijo Danny—. No se me pierda pues.

Andrés levantó la mano sin mirar atrás, y se fue.

Caminó unos metros más allá de las casas, lo suficiente para no estar a la vista, pero no tan lejos como para parecer sospechoso.

Ese fue el error.

El terreno tenía unos matorrales bajos y un pequeño desnivel natural que cortaba la visibilidad desde la vereda, nada extraño, nada que no hubieran visto antes, nada que pareciera peligroso.

Andrés llegó al punto, se acomodó, y, por costumbre más que por protocolo, dejó el fusil apoyado en el suelo.

Un descuido mínimo, el tipo de descuido que no se perdona en guerra, el viento sopló suave, el silencio era raro, pero él no lo notó, no tuvo tiempo.

Tres sombras salieron desde el costado, casi al mismo tiempo, rápidos, precisos, silenciosos.

Uno le tomó el cuello desde atrás, presionando fuerte., otro le inmovilizó los brazos, el tercero le cubrió la boca, no hubo gritos, no hubo disparos, solo un forcejeo corto, brutal, controlado.

Andrés intentó reaccionar, pero fue tarde.

Le apretaron la garganta, le doblaron el cuerpo, le quitaron toda posibilidad de movimiento.

En segundos… ya no era un soldado armado, era un hombre reducido.

—Quieto, gonorrea… —le susurraron al oído—… ni respire duro.

Lo arrastraron, rápido, hacia la vegetación, desapareciendo, como si el páramo se lo hubiera tragado, en el suelo quedó el fusil, y a unos centímetros…el casco.

Volcado.

Silencioso.

Dentro…doblada…estaba la carta de su madre.

En la vereda, el tiempo siguió su curso unos minutos más.

Danny terminó su gaseosa.

—Oiga, ¿y este man sí se demoró o qué?

Jhon miró hacia donde había ido.

—Ya viene.

Pasó otro minuto.

Camilo frunció el ceño.

—Mucho pa’ orinar, ¿no?

Danny se levantó.

—Voy a ver qué hace ese bobo.

Caminó unos pasos, se detuvo, miró mejor.

——Jhon… venga.

La voz cambió, Jhon se levantó de inmediato, se acercaron, y lo vieron, el casco.

Solo, en el piso, el fusil tirado a un lado, el silencio, pesado, irreal.

—No joda… —murmuró Danny.

Jhon sintió un vacío seco en el pecho.

—No… no, no… miró alrededor, nada, ni rastro.

Ni ruido, ni lucha visible, solo el casco.

Danny lo recogió ,lo volteó, la carta cayó suavemente al suelo.

Jhon la miró, y en ese momento…entendieron todo.

—Se lo llevaron… —dijo alguien detrás.

Y esa frase…fue peor que cualquier disparo.

Porque en la guerra…hay cosas que matan, y hay cosas que desaparecen.

Y lo segundo…duele mucho más.

El estallido no fue de pólvora, fue de gargantas, el aire de la vereda, que hace un segundo olía a la leña de las arepas de Doña Fanny y al tabaco húmedo, se congeló con el primer grito.

—¡ANDRÉS! —el alarido de Danny rajó la neblina.

—¡ANDRÉS, MARICA, RESPONDA! —secundó Jhon, con la voz quebrada por un presentimiento que le subía desde el estómago.

La paz de la tienda se hizo pedazos.

Los soldados, que segundos antes descansaban con la guardia baja saboreando el dulce de las gaseosas, reaccionaron por puro instinto, sillas al suelo, botas raspando la tierra, y el sonido metálico de los fusiles Galil asegurándose al hombro como un reflejo aprendido a sangre.

Los radios comenzaron a escupir estática y órdenes cruzadas.

El **Sargento Segundo Rivera** llegó primero. Sus botas, curtidas en el barro del Sumapaz, se clavaron en seco frente a la escena, detrás de él, los sargentos **Gaitán** y **Pardo** cerraron el semicírculo.

Rivera no necesitó explicaciones.

La escena hablaba por sí sola, en el idioma más crudo de la guerra:

- Un casco volcado en el barro.
- Un fusil huérfano, apoyado contra un tronco.
- El silencio de quien ya no está.

—Perímetro, ¡ya! —su voz fue un latigazo—. Nadie se mueve solo, dos hombres conmigo, Gaitán, cierre por la derecha, Pardo, monte arriba. ¡Rápido!

La vereda dejó de ser un lugar, se volvió un punto táctico.

Doña Fanny se refugió detrás del mostrador, abrazando a sus hijas con una fuerza que no distinguía miedo de instinto. Afuera, los soldados se desplegaban tragándose el terreno.

Danny respiraba como si se estuviera ahogando.

El pecho le subía y bajaba con violencia.

Jhon, en cambio, estaba en otra cosa.

Silencio, fijo.

Los ojos clavados en el horizonte, como si pudiera ver el punto exacto donde se habían llevado a su amigo.

Fueron setenta y dos horas de agonía, el rastro era un fantasma.

Los captores habían sido quirúrgicos. Sabían dónde pisar, qué rama no quebrar, qué tierra no remover. Se movían como sombras en su propio territorio.

—Se lo llevaron hacia abajo… pero se abrieron —murmuró Pardo, arrodillado, leyendo el suelo como si fuera un libro—. Tres hombres mínimo… pisa-suaves.

La búsqueda fue total, helicópteros orbitando como aves de rapiña sobre la neblina, perros con el hocico pegado al barro, intentando atrapar un olor que se desvanecía, interrogatorios en cada casa de zinc, cada corredor, cada sendero.

Pero el páramo…indiferente y cómplice…se lo había tragado.

Al tercer día, bajo una llovizna fina que calaba más el alma que el cuerpo, Rivera reunió a la tropa.

Nadie hablaba, nadie preguntaba, todos sabían.

—Procedemos a clasificar el caso como posible secuestro.

Las palabras no sonaron, pesaron, cayeron como tierra sobre un ataúd que aún no se cerraba.

La confirmación no llegó con disparos, llegó con luz, con una pantalla vieja de 14 pulgadas en la base.

La señal iba y venía, pero el mensaje fue claro.

“…el grupo insurgente confirma la retención de personal militar para un canje humanitario…”

Y entonces apareció, en letras blancas sobre fondo rojo, frío, plano, irrefutable, **Andrés Betancourth Arias.**

El mundo se detuvo, en Medellín, el barrio se convirtió en un velorio sin cuerpo, la madre de Andrés no gritó al principio, se quebró, se fue hacia abajo como si le hubieran quitado algo vital.

Yuranni la sostuvo, pero también se sostuvo a sí misma, porque entendía, sabía lo que eso significaba, sabía lo que podía venir.

Pero en el Sumapaz…el dolor no se quedó en tristeza, se transformó, en algo más peligroso, odio.

Danny ya no caminaba igual, sus ojos, que antes tenían ese brillo de juventud despreocupada, ahora eran dos brasas contenidas, apretaba el fusil con una fuerza que no era necesaria, como si pudiera ahorcar la guerra con las manos.

—Nos lo tenemos que llevar de vuelta… —le dijo a Jhon, en voz baja, bajo una luna fría que apenas iluminaba el páramo—. Como sea, parcero.

Jhon no respondió de inmediato, solo asintió, porque no había otra opción que creer, aunque fuera mentira.

El **Coronel Andrade** no permitió duelo, no en ese momento, no en ese lugar, sobre la mesa de campaña, el mapa era un campo de guerra dibujado en papel.

—Coordenadas **3°58′N – 74°14′W** —marcó con firmeza—. Corredor entre el sur del Sumapaz y Cabrera. Se están moviendo hacia las veredas altas de San Bernardo.

Un mayor levantó la mirada.

—¿Confirmado, mi Coronel?

—Tres fuentes —respondió Andrade—. Movimiento irregular, comunicaciones interceptadas y avistamientos, están ahí.

Silencio, pesado, Andrade miró a la tropa, se detuvo un segundo más en el fondo, donde estaban Danny y Jhon, empapados, callados, ardiendo por dentro.

—Se arma operación de asalto —sentenció—. Inserción aérea y avance en pinza.

Pausa.

—No les vamos a dejar espacio ni para respirar.

Nadie dijo el nombre de Andrés, pero todos estaban pensando en él.

Y en ese momento…la guerra dejó de ser institucional, se volvió personal.

Las cartas llegaron como llegan las cosas más importantes en tiempos de guerra: tarde, manchadas, dobladas, con olor a humedad y con un valor que ningún soldado se atrevía a decir en voz alta.

Bajaron en uno de los vuelos de abastecimiento, metidas entre cajas de munición, bolsas de víveres y paquetes de pilas para radio, un suboficial las recibió, las revisó por rutina y luego empezó a repartirlas por nombre, allá arriba, en el cerro, cada carta era una forma de respirar, pero abajo, en la ciudad, en las casas, en los barrios y en las cocinas donde las madres esperaban, esas hojas eran mucho más: eran la prueba de que seguían vivos.

En Medellín, las noticias de la guerra seguían entrando a las casas por televisión, por radio, por comentarios de esquina, por periódicos arrugados, pero las cartas tenían otra fuerza, no venían de periodistas ni de partes oficiales, venían de la mano del hijo, del muchacho, del amigo, venían con la letra temblorosa, con las pausas del que escribe en medio del frío, con la verdad medida entre líneas.

La mamá de Andrés recibió la suya con manos nerviosas, no la abrió de inmediato.

Se quedó un rato mirándola, tocando el papel como si pudiera sentirle la temperatura, Yuranni estaba con ella cuando se la entregaron, había ido a verla esa tarde porque ya se había vuelto costumbre acompañarse entre todas: la mamá de Andrés, la de Jhon, la de Danny, y ella, como si entre tanto dolor hubieran terminado armando una familia extraña, cosida por la misma angustia.

—Ábrala, doña… —le dijo Yuranni, en voz bajita.

La señora asintió, pero no fue capaz al primer intento, respiró hondo, se limpió las manos en el delantal y entonces sí rompió el sobre.

La letra de Andrés no era bonita, nunca lo había sido, era una letra fuerte, apretada, como si siempre estuviera peleando con el papel, pero su mamá la reconoció desde la primera línea.

“Mamita:”

Solo esa palabra fue suficiente para que se le aguaran los ojos, siguió leyendo.

“No sé cuándo le llegue esto, ni sé si cuando lo lea yo voy a seguir en el mismo sitio, pero quería escribirle porque hace rato no le digo cosas que uno da por hechas cuando está en la casa.”

La señora ya lloraba despacio.

“Yo aquí he pensado mucho, más de la cuenta, y uno en medio del monte y del frío se acuerda de cosas que antes no valoraba, me acuerdo de usted gritando que recogiera los zapatos, del café de la mañana, de la forma en que me preguntaba si ya había comido, me acuerdo de la casa, de la olla sonando, de usted rezando bajito cuando pensaba que nadie la oía.”

La mujer levantó una mano a la boca, Yuranni se quedó quieta, sin interrumpir.

“No le voy a mentir, mamá, esto ha sido duro, muy duro, pero también me ha servido para entender que uno nunca se va del todo de donde lo aman, yo aquí estoy parado, con frío, cargando fusil, viendo cosas que ojalá usted nunca vea, pero aun así me siento acompañado porque sé que usted piensa en mí.”

La señora no siguió leyendo unos segundos. Cerró los ojos. La voz se le rompió en silencio.

—Ay, mi hijo…volvió al papel.

“Si salgo de esta, lo primero que voy a hacer es llegar a la casa, sentarme en la cocina y dejarla hablar todo lo que quiera, no le voy a contestar, no me voy a emberracar, no le voy a decir que no joda, se lo prometo, y si me vuelve a hacer huevos con arepa, me los como todos sin quejarme.”

Ahí sí sonrió entre lágrimas.

“No se preocupe tanto por mí, rece mejor, usted rece que eso lo siento hasta acá, y no me vaya a olvidar, que yo por acá hago lo posible por no olvidarme de la vida.”

La última línea fue la que la terminó de romper.

“Su hijo la quiere mucho, aunque no lo diga casi nunca, Andrés.”

La señora bajó la carta lentamente y ya no pudo sostener la compostura, lloró con fuerza, pero no como quien recibe una mala noticia, sino como quien por fin toca un pedazo del hijo ausente.

Yuranni la abrazó, la sostuvo con ambas manos, dejándola llorar contra su hombro.

—Él va a volver, doña… él va a volver… —le repetía, aunque en ese momento nadie podía jurar nada.

La mamá de Danny recibió la suya al día siguiente.

Ella sí la abrió de inmediato, como si llevara días ensayando el gesto, se sentó en la cama con la espalda recta, las piernas juntas y el sobre en las manos temblándole apenas, su artritis le hacía doler los dedos, pero no iba a esperar a que alguien más se la leyera.

La letra de Danny era más clara, más firme.

“Mamá:”

Se le humedecieron los ojos desde el comienzo.

“Yo sé que usted se preocupa por mí más de lo que dice, y por eso le escribo de una vez: estoy bien, cansado, flaco, aburrido a ratos, con sueño casi siempre, pero bien.”

Soltó una risa llorada.

“No me vaya a pensar derrotado, porque no, a veces esto da duro, pero yo siento que nací para esto, no para la guerra como la pintan los locos, sino para aguantar, para responder, para pararme cuando toca, y sé que lo voy a hacer bien, no porque no tenga miedo, sino porque ya entendí que el miedo también se aprende a cargar.”

La mujer apretó la carta contra el pecho un segundo.

“Usted siempre me dijo que yo era terco, bueno, aquí me ha servido, cuando el cuerpo dice que no, la terquedad lo empuja a uno, cuando la cabeza quiere devolverse, la terquedad la calla, y cuando uno piensa en la casa, en usted, en todo, esa terquedad se vuelve ganas de volver vivo.”

Más abajo, la carta se hacía más suave.

“No se me ponga a llorar mucho, ma, le hace mal, cuídese esas manos, tome lo que le manden, y no se me quede sola, oiga, júntese con las otras señoras, hable, salga, tómese un tinto por mí, cuando yo vuelva usted me regaña todo lo que quiera, pero por ahora haga caso.”

Y terminaba así:

“Yo voy a salir bien de esta. Se lo prometo. Su hijo, Danny.”

La mamá de Danny besó el papel, lo besó de verdad, como quien besa una frente lejana.

—Mi muchacho… —dijo entre dientes—. Ese sí nació fue para pelear.

La mamá de Jhon recibió la suya al anochecer, y desde el sobre sintió algo raro, no podía explicarlo.

Era de él, sí. La letra era suya, el papel también, pero había algo en el peso, en la forma en que estaba doblada, en el modo en que venía escrita, que le apretó el corazón antes de abrirla.

No quiso leerla sola, llamó a Yuranni.

Ella llegó rápido, con la respiración agitada y una inquietud que venía sintiendo desde la mañana.

Se sentaron juntas en la sala, el televisor estaba prendido, pero en silencio, la casa olía a café recalentado y a ropa limpia, todo parecía normal, y sin embargo, nada lo era.

La madre abrió la carta, la letra de Jhon estaba más ordenada que de costumbre, casi demasiado.

“Mamá:”

Siguió leyendo con la voz apenas audible.

“No sé por qué esta vez me senté a escribirle con tanto cuidado, tal vez porque uno aquí aprende a pensar distinto, tal vez porque el frío lo pone a uno a recordar, o tal vez porque presiento cosas que no sé explicar.”

La mujer se detuvo ahí un segundo, miró a Yuranni, siguió.

“No quiero asustarla, ni que tome esto como despedida, no, solo le digo la verdad: hay días en que uno siente que algo se está cerrando, como una puerta, y si me da por pensar eso, lo primero que se me viene a la cabeza es usted, la casa y todo lo que me enseñó sin que yo lo valorara cuando tocaba.”

A Yuranni se le secó la boca, la mamá de Jhon siguió leyendo, más despacio.

“Yo sé que no fui el hijo más fácil, sé que le contesté feo muchas veces, que no siempre estuve donde debía, que le causé preocupaciones que usted no merecía, pero también sé que todo lo bueno que yo tenga salió de esa casa y de usted, si alguna vez me pasa algo, no vaya a pensar que me fui sin saberlo, yo sí supe quién fue mi fuerza desde pequeño.”

La señora tembló, Yuranni puso la mano sobre la suya, la carta continuaba:

“Cuide a la vieja esa que usted sabe.”

Las dos entendieron de inmediato que hablaba de Yuranni.

“No la deje sola, ella es más fuerte de lo que parece, pero también siente más de lo que muestra, y dígale que la pienso todos los días, que si a veces me quedo callado aquí arriba es porque la recuerdo hablando, riéndose, regañándome, caminando conmigo, y eso me salva.”

A Yuranni ya se le estaban saliendo las lágrimas en silencio.

La mamá siguió.

“No quiero sonar raro, pero sí tengo un presentimiento, y a veces el presentimiento de uno no se puede pelear, solo se escribe, por eso le mando esta carta, no para que sufra, sino para que sepa que, pase lo que pase, yo nunca dejé de querer volver, nunca dejé de pensar en ustedes.”

La última línea fue casi un golpe.

“Su hijo, Jhon.”

La sala quedó en silencio, un silencio largo, espeso, de esos que no se rompen fácil, la mamá de Jhon bajó la carta muy despacio y la sostuvo con ambas manos sobre el regazo.

Yuranni se quedó mirando un punto fijo, la respiración se le empezó a alterar, primero fue un leve mareo, luego una presión en el pecho, luego el sonido de la casa se empezó a alejar, como si se estuviera hundiendo bajo agua.

—Yuranni… —dijo la señora, notando que se le iba el color de la cara—. ¿Mija? ¿Qué le pasa?

Ella quiso responder, no pudo, sintió las piernas blandas, la vista se le llenó de luz.

Y después…nada.

Se desplomó, la llevaron al médico de inmediato.

No era la primera vez que se desmayaba, así que todos pensaron lo peor: nervios, agotamiento, tristeza, presión baja, en el trayecto, la mamá de Jhon no dejaba de apretarle la mano, la madre de Yuranni llegó al consultorio casi sin aliento, hasta el padre, un hombre que no siempre sabía cómo acercarse al dolor, llegó con la cara dura, preocupado de verdad.

El médico la revisó, pidió un momento, hizo unas preguntas, tomó signos, la observó con paciencia, cuando volvió, tenía esa media sonrisa profesional que cambia la vida de una familia sin necesidad de alzar la voz.

—No se preocupen —dijo—. Ella está bien.

Todos soltaron el aire.

—Lo que pasa… —agregó, mirando a Yuranni—… es que está embarazada.

La palabra quedó suspendida, embarazada, por un segundo nadie reaccionó, luego todo ocurrió al mismo tiempo.

La mamá de Yuranni se llevó ambas manos a la cara y empezó a llorar, el padre cerró los ojos y bajó la cabeza, pero cuando volvió a levantarla ya estaba sonriendo como si se le hubiera abierto una ventana en medio del invierno, la mamá de Jhon abrazó a la muchacha con una mezcla extraña de alegría, miedo y ternura, la de Danny, cuando se enteró, soltó una carcajada llorada y dijo que eso era una bendición mandada por Dios para no dejar morir la esperanza.

Yuranni, todavía débil, se llevó la mano al vientre sin creerlo del todo, no dijo nada primero, solo lloró, pero esta vez distinto, ya no era solo tristeza, era asombro, era amor, era miedo.

Era una felicidad frágil, enorme, imposible de esconder.

—Jhon se tiene que enterar cuando vuelva… —dijo finalmente, con la voz rota pero brillándole los ojos—. Yo quiero que él mismo sepa, quiero verle la cara.

Todos estuvieron de acuerdo, era mejor esperar, mejor que esa noticia la recibiera en casa , mejor verlo sonreír, mejor que el niño llegara al mundo con una historia que empezara en alegría y no en angustia, así que guardaron el secreto, lo convirtieron en una llama pequeña, íntima, compartida entre mujeres, madres, familia, nadie lo dijo más allá, nadie quiso arruinarlo con el peso de la guerra, y por unos días, en medio de tantas noticias duras, de listas de secuestrados, de partes militares y de silencios incómodos, esa casa tuvo una luz distinta, una luz nueva, la de la vida abriéndose paso donde nadie la esperaba.

La paz de **Cabrera** murió un martes al alba, no fue una muerte lenta; fue una ejecución por estruendo, el cielo, habitualmente gobernado por el silencio gélido de la neblina, se llenó de un zumbido mecánico que hacía vibrar las entrañas de la tierra, eran los nuevos reclutas, cientos de jóvenes con los rostros pintados de negro y verde, cuyas botas recién estrenadas marcaban un ritmo de marcha que el páramo no había escuchado en décadas.

El **Coronel Andrade** no dirigía desde un escritorio en Bogotá, él era un hombre de cordillera, con el rostro surcado por el frío y la mirada fija en los farallones, se cargó el morral de campaña —un peso de cuarenta kilos de equipo y responsabilidad— y empezó el ascenso hacia la cresta más alta, desde ese balcón natural de piedra y frailejón, el coronel observaba cómo se desplegaba el poderío del Ejército Nacional.

De repente, el horizonte se manchó de acero, desde la base de Tolemaida y los helipuertos de la Sabana, emergió la mayor flota aérea que esas montañas hubieran visto jamás, no eran dos, ni tres; eran enjambres de **Black Hawks** escoltados por los letales **Arpía**, cuyas ametralladoras laterales brillaban bajo un sol pálido, los rotores cortaban las nubes como cuchillos, y el eco de las turbinas anunciaba el fin de la era de la guerrilla en el Sumapaz, era una invasión de soberanía, los helicópteros se posaban en los filos de las montañas como libélulas de guerra, vomitando pelotones enteros que sellaban cada vereda, cada salida, cada cueva, la orden de Andrade era clara: **Asfixia total.**

En medio de ese despliegue de tecnología y fuerza, la verdadera guerra se libraba en el pecho de dos hombres, **Danny** ya no era el joven que mostraba los brazos como fisicoculturista en el salón de clases, ahora, sus manos solo sabían apretar el metal frío del fusil. El odio se le había vuelto una segunda piel.

—¿Lo oyes, Jhon? —preguntó Danny, sin quitar la vista de los helicópteros que pasaban sobre sus cabezas, su voz era un susurro ronco, cargado de veneno—. Es el sonido de la muerte de ellos.

Jhon, que siempre fue el equilibrio, el del amor por Yuranni, esta vez no tuvo palabras de paz, tenía la mandíbula tan apretada que los músculos de la cara le temblaban.

—Esa gente cree que este páramo les pertenece, Danny —respondió Jhon, ajustándose el correaje—. Creen que pueden llevarse a un hermano nuestro y que nos vamos a quedar rezando en la vereda.

—Yo no quiero que recen, Jhon, yo quiero que sientan lo que sintió Andrés cuando lo arrastraron por ese barro, quiero verles la cara cuando se den cuenta de que no son más que ratas frente a este poder

—Danny escupió al suelo con asco
—. Si tengo que quemar cada mata de monte para encontrarlo, lo voy a hacer, a mí ya no me importa el reglamento, me importa mi hermano, Jhon lo miró y, por primera vez, no vio a su amigo de colegio, vio a un soldado que había dejado de temerle al diablo porque ahora él era el que traía el infierno.

A cientos de kilómetros, en una Medellín que seguía su ritmo indiferente, el tiempo se había detenido para una mujer, **Yuranni** caminó con pasos lentos hasta el árbol de los amigos, aquel lugar donde los secretos del colegio se guardaban bajo la sombra de las ramas.

Se sentó en la raíz de siempre, la que Jhon solía señalar como su "trono", de repente, un sollozo le desgarró el pecho, empezó a llorar sin control, con un llanto amargo que le empapaba la cara, se tocaba el pecho, sintiendo un vacío que no sabía explicar, no sabía de operaciones militares, ni de coordenadas 3°58′N, ni de asaltos aéreos, pero su alma, conectada por hilos invisibles a esos

muchachos que un día le tiraron bolitas de papel, sentía que algo irreversible estaba sucediendo.

Lloraba por Andrés, que estaba en una jaula de alambre; lloraba por Danny, que se estaba convirtiendo en un extraño; y lloraba por Jhon, porque presentía que el niño que la amaba en silencio se estaba perdiendo en la niebla de una guerra personal.

El lanzamiento de la operación estaba por empezar La pinza se había cerrado, desde lo alto de la montaña, el Coronel Andrade bajó la mano, dando la señal definitiva, los motores de los helicópteros rugieron en un tono más agudo, las patrullas en tierra quitaron el seguro de sus armas y el silencio del páramo fue reemplazado por el grito de guerra de miles de gargantas.

El Ejército Nacional de Colombia estaba listo para reclamar lo que era suyo, y los guerrilleros, agazapados en sus cuevas, empezaron a entender que no se enfrentaban a hombres... se enfrentaban a una nación que había perdido la paciencia.

El rugido de las turbinas de los **Black Hawk** no era solo ruido; era un mensaje de erradicación, en los campamentos clandestinos del Frente 51 y 53, la seguridad se convirtió en pánico en cuestión de minutos, los guerrilleros, acostumbrados a moverse como dueños de la niebla, vieron cómo el cielo se les venía encima.

—¡Muevan esa vaina! ¡Vienen los "chulos" y vienen cargados!
—gritaba un cabecilla de escuadra mientras intentaba inútilmente ocultar una caleta de suministros bajo las ramas de los frailejones.

—¡No hay por dónde salir, comandante!
—respondió un guerrillero joven, con los ojos desorbitados
—. ¡Desembarcaron en el filo, en la quebrada y hasta en el plan de la vieja Fanny! Estamos rodeados.

La soberbia de años, basada en la creencia de que el páramo era inexpugnable, se desmoronó cuando las unidades de **Fuerzas Especiales** empezaron a aparecer por lugares donde "nadie podía subir", el Ejército Nacional no estaba jugando al gato y al ratón; estaba aplicando una maniobra de yunque y martillo, la artillería, desde posiciones estratégicas, empezó a golpear los nidos de ametralladora con una precisión que solo da la inteligencia moderna.

Antes que los radios, antes que los vigías, antes que las columnas de soldados embarrados se vieran bajar por las cuchillas, el Sumapaz ya lo había sentido en el aire, el cielo sonaba distinto, no era el vuelo aislado de un helicóptero reconociendo terreno ni la ronda de rutina que tanto habían aprendido a esquivar, era otra cosa, era una presión sostenida, una insistencia, una forma de ruido que no se iba.

En los altos donde la guerrilla llevaba meses moviéndose con confianza, el ambiente empezó a ponerse raro desde la madrugada, los perros flacos que a veces merodeaban los cambuches estaban inquietos, los radios no dejaban de escupir voces entrecortadas, y en las lomas más abiertas, los observadores reportaban un movimiento inusual de aeronaves.

En uno de los campamentos de paso, levantado a medias entre matorral, lona y tierra pisoteada, varios hombres se habían reunido alrededor de una mesa improvisada con cajas de munición vacías, el café hervía en una olla tiznada,

pero ya nadie lo estaba tomando, en una esquina, un radio viejo se quejaba con su estática permanente.

—…chhhh… movimiento sobre Cabrera… chhhh… más de cuatro aparatos… repito, más de cuatro… chhhh…

Uno de los guerrilleros, un hombre flaco, de barba mala y ruana húmeda, golpeó el aparato con frustración.

—Ese hijueputa radio ya va a salir hablando solo…

—Déjelo quieto —respondió otro, sin despegar la vista del monte—. Lo que está diciendo sí importa.

Un tercero, más joven, con el fusil entre las piernas y la mirada todavía llena de esa mezcla entre rabia y hambre, se asomó desde la lona del cambuche hacia la loma de enfrente.

—No me gusta esa vaina… eso está muy callado por abajo…

El silencio fue breve.

—No es silencio —corrigió otro, más viejo—. Es que se están acomodando.

El que mandaba en esa posición, un hombre ancho de hombros, de voz seca y fama de duro entre los suyos, se acercó al mapa extendido en la mesa, ya no tenía el mismo gesto burlón de otras veces, la cara seguía siendo la de un guerrero campesino endurecido, pero había algo distinto en los ojos: cálculo, sí, pero también incomodidad.

—¿Qué dicen los puntos? —preguntó.

El muchacho del radio respondió rápido:

—Que entraron más tropas por Pasca, que por San Bernardo vieron bajar otras, y que por Cabrera están metiendo gente como si fueran a quedarse.

El comandante levantó la cabeza.

—¿Quedarse?

—Sí.

Nadie dijo nada, porque esa palabra tenía peso, no era lo mismo un golpe rápido, una operación de castigo, una patrulla larga, un hostigamiento o una ofensiva temporal. **Quedarse** era otra cosa, quedarse significaba base, significaba presencia permanente, significaba perder el dominio de los pasos.

Afuera, otro helicóptero cruzó tan bajo que hizo sacudir la lona del cambuche, uno de los hombres escupió a un lado.

—No joda… ya parecen zancudos esos hijueputas.

—Zancudos no —murmuró el más viejo—. Esos ya vienen como buitres.

El comandante no se rió, seguía mirando el mapa, señaló varios puntos.

—Si entran por aquí y por aquí —dijo, marcando con el dedo— nos parten el corredor, y si nos parten esto, quedamos ciegos pa’ salir.

Otro de los guerrilleros se acercó.

—Todavía podemos aguantarles en las cuchillas.

—¿Con qué? —respondió el comandante, ya con fastidio—. ¿Con qué, pues? ¿Con esa munición contada? ¿Con esa gente reventada? ¿O con esos campesinos asustados que ya no quieren ni mirar pa' este lado?

Nadie contestó.

Y la verdad, que hasta hacía unas semanas todavía era incómoda, ya estaba volviéndose evidente: el control se les estaba desarmando.

No por un solo combate, no por una sola operación, sino por acumulación, por la presión constante, por el cansancio, por las bajas, por el cerco, y, sobre todo, por el hecho de que esta vez el Ejército no estaba subiendo a probar suerte ni a hacer presencia por unos días, esta vez estaba entrando con la intención de quedarse.

Más tarde, en otro punto del corredor, en una casa de paso desde la cual antes salían órdenes con arrogancia, el ambiente era todavía peor, allí estaba **Romaña**.

No se sentaba como un hombre vencido, todavía conservaba esa energía inquieta de quienes han mandado demasiado tiempo y se resisten a aceptar el retroceso, caminaba de un lado a otro con pasos cortos, rápidos, mascando la rabia, a su alrededor, dos mandos medios intentaban darle un panorama que no sonara a derrota.

—La línea de apoyo todavía aguanta en la parte alta —dijo uno.

—Pero no aguanta mucho —corrigió el otro—. Los helicópteros no nos están dejando reagrupar.

Romaña dejó de caminar y volteó de golpe.

—¿Y ustedes qué quieren? ¿Que les diga que nos quedemos aquí a que nos cierren como marranos?

Nadie respondió, había radios abiertos sobre la mesa, mapas con barro en los bordes, un tinto frío, cajas vacías, vainillas en el suelo, aquello ya no parecía un puesto de mando de una fuerza que domina; parecía el cuarto apretado de alguien al que la guerra se le vino encima más rápido de lo esperado.

—Lo de abajo ya está perdido —dijo por fin el más viejo de los presentes—. La gente está vendiéndoles comida, dejándoles entrar, colaborando. Ya no nos miran igual.

Romaña apretó la mandíbula.

—La gente siempre se va con el que más pesa el fusil.

—No —respondió el otro—. A veces se van con el que creen que se va a quedar.

La frase cayó mal, muy mal, pero era cierta, afuera, el sonido de dos Black Hawk cruzando el cielo hizo vibrar los vidrios mal puestos, Romaña levantó la cabeza apenas, como si pudiera verlos a través del techo.

—Nos están cazando —dijo uno de los hombres, por lo bajo.

Esa palabra hizo que todos guardaran silencio, porque eso era exactamente lo que pasaba.

Ya no se trataba de hostigar a una patrulla, tender una emboscada, montar un campo minado y desaparecer, ahora era al revés, el monte, que durante tanto tiempo había sido aliado, empezaba a encogerse, los corredores ya no eran

seguros, las caletas estaban comprometidas, los puntos de observación se caían uno por uno, y cada helicóptero en el aire era una forma de recordarles que el cielo también había dejado de ser suyo.

—Camarada, el avance es imparable —dijo un hombre de confianza de Romaña, con el radio chillando en su mano
— La tropa ya tomó el control de los altos de Cabrera y están bajando hacia nosotros, perdimos el contacto con el grupo de explosivistas... la casa de la caleta voló por los aires ayer.

Alias Romaña, el hombre que una vez se jactó de tener a Bogotá sitiada desde las cumbres, miró el mapa con odio. Sentía el zumbido de un helicóptero **Arpía** que orbitaba cerca, buscando cualquier rastro de calor humano entre la vegetación.

—Esto ya no es una escaramuza —murmuró Romaña, ajustándose el equipo con manos nerviosas
—Estos tipos vienen con toda la intención de quedarse. Si nos quedamos aquí a darles frente, nos van a picar.
—¿Y los muchachos, mi comando? ¿Y el material? —preguntó una guerrillera veterana.
—Que cada quien busque su salida, yo no me voy a dejar coger de esos perros —sentenció el jefe guerrillero
—Nos vemos en **La Uribe**, si logramos cruzar hacia lo alto de la **Sierra de la Macarena**, allá la selva es nuestra, aquí, el páramo ya nos traicionó.

Romaña, el mismo que había sembrado el terror con las "pescas milagrosas", emprendió la huida más amarga de su vida, se arrastró por los barrizales, ocultándose de las cámaras térmicas de los aviones plataforma, dejando atrás a

sus combatientes heridos y sus banderas manchadas, su destino: la lejana e inhóspita Macarena, huyendo del poderío de una nación que finalmente había despertado.

Desde las lomas se veía el cambio, humos cortos, movimiento apurado, silencios raros, y más abajo, en los corredores, el Ejército seguía cerrando, tomando pueblos, asegurando caminos, subiendo hombres, bajando otros, marcando presencia con esa paciencia violenta que tienen las operaciones que no se hacen para entrar y salir, sino para quedarse.

En el cerro, Danny lo sintió antes de que se lo dijeran los radios.

—Están corriendo —murmuró, mirando el horizonte.

Jhon estaba a su lado.

—Sí.

Danny no apartó la vista.

—Por fin.

No lo dijo con alegría limpia, lo dijo con algo mucho más duro, con rencor, con el cansancio acumulado de los meses, con la cara de Andrés metida en la memoria, con los muertos encima, con el nombre del secuestrado dándole vueltas adentro como una espina.

—Ojalá los alcancen a todos esos hijueputas —dijo, entre dientes.

Jhon no respondió al principio, el viento les pegaba de frente. Más abajo se veía el movimiento de tropa, los helicópteros entrando y saliendo, y más allá el vacío blanco de la montaña abriéndose hacia otras rutas.

—No me importa cuánto tomen —dijo Danny, ahora sí mirándolo—. No me importa si es hoy o en un mes. Pero a esos perros les tiene que llegar la hora.

Jhon bajó la mirada.

—Les va a llegar.

—Más les vale —escupió Danny—. Porque Andrés no se los llevó el monte, se lo llevaron ellos, y uno no se traga eso así como así.

Había en su voz una oscuridad nueva, no era solo el deseo de ganar la guerra, era la necesidad de cobrarse una herida, y Jhon lo entendía demasiado bien, los dos se quedaron callados un rato, mirando el despliegue.

La noche no se fue, se transformó en una madrugada gris, pesada, con un viento que parecía arrastrar voces antiguas entre los frailejones, nadie había dormido bien, las botas estaban húmedas, las manos frías, y el silencio… ese silencio antes de algo grande… estaba demasiado presente.

Jhon estaba sentado sobre su morral, con el fusil apoyado entre las piernas. Miraba hacia la nada.

Danny, a su lado, rompió el aire:

—¿Usted sí durmió algo?

—No.

—Yo tampoco… —dijo, pasándose la mano por la cara—. Esto está como raro, ¿no?

Jhon asintió, apenas.

—Sí… como si ya supiéramos.

Danny lo miró.

—¿Supiéramos qué?

Jhon no respondió de inmediato. Solo dijo:

—Que algo se va a cerrar.

El viento sopló más fuerte, y ninguno volvió a hablar.

El contacto fue violento, una pared de fuego que cortó la niebla de tajo, la unidad de Danny y Jhon había detectado el movimiento: una columna guerrillera intentaba mover un cargamento de fusiles y explosivos hacia la retaguardia de la Uribe, no eran solo armas; eran las herramientas que habían segado vidas en la vereda, el mando fue claro: «Ese material no sale de aquí».

—¡CONTACTO!

El grito se replicó como eco.

Los disparos empezaron dispersos… y en segundos se convirtieron en una pared de sonido, ráfagas cortas, ráfagas largas, granadas, órdenes cruzadas.

Los soldados se lanzaron al suelo, buscando cobertura donde apenas había, el terreno no ayudaba, era abierto en partes, traicionero en otras.

Los helicópteros entraron, el sonido de las aspas rompió el aire con violencia, bajando en círculos, buscando puntos de apoyo. Desde arriba, el fuego de cobertura empezó a presionar las posiciones enemigas.

Danny disparaba con fuerza, sin medir tanto, con rabia acumulada.

—¡Muévanse! ¡Muévanse, carajo!

Cada disparo tenía peso, cada tiro llevaba el nombre de Andrés.

Jhon estaba distinto, más frío, más preciso, se movía entre piedras, cambiando posición, cubriendo ángulos, avanzando cuando podía.

La orden era clara:

- tomar la altura
- asegurar el paso

Pero esa elevación no estaba vacía, desde arriba, una ametralladora empezó a golpear la línea, las balas bajaban como un látigo invisible.

—¡Nos tienen fijados!

Un soldado cayó a unos metros, otro se arrastró buscando cobertura.

El **Coronel Andrade** avanzó más de lo que debía, quería ver, confirmar, dar la orden desde el punto exacto, y ahí quedó expuesto.

Jhon lo vio, no fue una decisión pensada, fue instinto, se levantó.

—¡Cúbranse!

Danny volteó de inmediato.

—¡Jhon, no sea gonorrea!

Pero ya estaba corriendo.

Salió de la cobertura, avanzando en diagonal, disparando hacia la posición de la ametralladora, no para eliminarla, para obligarla a cambiar de foco.

Y lo logró, el fuego enemigo se volcó hacia él.

—¡Muévanlo! ¡Muévanlo ya! —gritaron.

Dos soldados lograron arrastrar al coronel fuera de la línea directa.

Pero Jhon quedó solo, Danny vio todo, y reaccionó.

—¡JHON!

Se levantó para correr hacia él.

Pero fue demasiado tarde, Danny vio, como en cámara lenta, cómo los impactos sacudían el cuerpo de su amigo, primero en el hombro, luego una ráfaga que le atravesó el chaleco, Jhon cayó de rodillas, aún estirando la mano hacia el armamento enemigo, antes de desplomarse sobre el barro frío del páramo.—

Se tiró de nuevo, respiración descontrolada.

—¡Malparidos!

Intentó otra vez, se impulsó, otra ráfaga, más cerca, el sonido de las balas pasando no era como en las películas, era seco, rápido, cortante.

—¡No lo dejan, no lo dejan! —gritó alguien.

Danny golpeó el suelo con el puño.

—¡Déjenme pasar, hijueputas!

Pero no podía.

Cada vez que levantaba la cabeza, las balas lo obligaban a pegarse otra vez a la tierra.

Jhon ya estaba herido, había recibido impactos, se mantenía medio incorporado, respirando con dificultad.

Y en medio de todo…volteó, buscó, y encontró a Danny, los dos se vieron, no hubo palabras, no hubo tiempo, solo una mirada, una de esas miradas que dicen todo sin decir nada.

Danny negó con la cabeza.

—No… no, no, no…

Jhon no se movió, solo lo miró.

Dentro del casco de Jhon, el estruendo de la guerra empezó a desvanecerse, el dolor agudo de los impactos se transformó en una extraña calidez, como si el sol de Medellín lo estuviera abrazando de nuevo.

Ya no había frío de páramo, Jhon volvió a ver el aula de clases, vio el polvo flotando en los rayos de luz que entraban por la ventana, escuchó la risa de

Andrés burlándose de su irresponsabilidad con la tarea y sintió el roce del papel que le habían tirado a Yuranni, se vio a sí mismo en la cancha de micro, sintiendo el ardor de la piel raspada en la rodilla, ese dolor sencillo y limpio de la juventud.
«Ella es mi novia, solo que no lo sabe», pensó con una sonrisa interna, viendo la imagen de Yuranni bajo el árbol, recordó la voz del profesor Eduardo hablando de la guerra y la paz, recordó su propia decisión de no ser un "vividor", de ayudar a ese país del Sagrado Corazón, se sintió orgulloso, no sentía miedo, solo una profunda paz porque, en su último esfuerzo, había cumplido, estaba protegiendo a las hijas de Fanny, estaba protegiendo a Yuranni, estaba trayendo la paz que tanto discutieron entre pupitres.

La imagen de Danny gritando su nombre se volvió borrosa. «Tranquilo, parcero», quiso decirle, pero sus labios ya no respondían. «Váyase de este lugar si el estrés lo agobia... yo ya me voy».

Danny gritó:

—¡Aguante, marica! ¡Aguante que ya voy!

Intentó levantarse otra vez, otra ráfaga, más cerca, se tuvo que lanzar de nuevo al suelo.

—¡No puedo! ¡No puedo pasar!

El mundo seguía explotando alrededor, pero para ellos dos…todo estaba en ese punto.

Jhon bajó la mirada un segundo, luego volvió a mirarlo, y esa vez…fue distinto.

Fue despedida, el cuerpo de Jhon no resistió más, se inclinó hacia un lado, el fusil se le soltó de la mano, y se quedó quieto.

Danny lo vio.

Y ahí…algo se rompió.

—¡JHON!

El grito salió desde el pecho, no desde la garganta, pero no pudo moverse.

—¡Fuego de apoyo! ¡Necesito movimiento por la izquierda! —gritaba Danny desesperado, intentando correr hacia él, pero el volumen de fuego era inhumano; las balas zumbaban como avispas metálicas, impactando en la roca frente a su rostro, obligándolo a hundirse en la tierra, Danny lloraba de rabia, golpeando el suelo con el puño mientras veía a su mejor amigo desangrarse a pocos metros, separado por un muro invisible de plomo que no lo dejaba pasar. Sin poder hacer nada.

La posición fue tomada, al fin, la elevación cayó, el enemigo se dispersó, los helicópteros siguieron girando, las órdenes continuaron.

Pero para Danny…el combate ya se había acabado antes.

Cuando por fin pudo llegar…llegó arrastrándose hasta el cuerpo, tomó la mano de Jhon, que aún apretaba un jirón de la lona del armamento recuperado, Jhon ya no estaba, sus ojos estaban fijos en el cielo gris del Sumapaz, pero su rostro no tenía el gesto del horror, sino la serenidad del deber cumplido.

Se arrodilló junto a él, lo tocó, frío.

—Parce… —susurró—… yo iba a llegar…no hubo respuesta.

Solo el viento, en Medellín, Yuranni sintió un golpe en el pecho, se detuvo en seco. se llevó la mano al vientre, y sin entender por qué…comenzó a llorar, como si algo dentro de ella…ya supiera.

Que esa mirada…había sido la última.

Buenos resultados

El día había estado muy cómodo, como lo era el de la capital de la eterna primavera, la gente seguía en sus correrías de la vida como si nada más estuviera pasando a nivel nacional; aunque no lo ignoraban, era claro que ya se sentía un avance en contra de las FARC.

—“Última hora… tropas del Ejército Nacional lograron recuperar el control de una zona rural del municipio de San Vicente del Caguán, tras combates sostenidos en las últimas horas, según fuentes oficiales, varios integrantes de grupos armados ilegales se replegaron hacia la selva, la población civil comienza a retornar de manera gradual…”

—“En desarrollo de operaciones militares en el sur del Meta, unidades del Ejército reportan la desarticulación de un campamento insurgente, en el lugar fueron incautados material de guerra, equipos de comunicación y documentos de inteligencia, no se reportan afectaciones a la población civil…”

—“Autoridades confirman la liberación de dos personas que permanecían secuestradas en zona rural del departamento de Antioquia, la operación fue realizada de manera coordinada entre Ejército y Policía Nacional, permitiendo el reencuentro de las víctimas con sus familias…”

—“Atención… en el departamento del Cesar, tropas lograron neutralizar un artefacto explosivo improvisado instalado en una vía frecuentada por campesinos, la rápida acción evitó una posible tragedia y permitió restablecer el tránsito en la zona…”

—“En operaciones adelantadas en Norte de Santander, Fuerzas Militares reportan el sometimiento a la justicia de varios integrantes de grupos armados ilegales, según el reporte oficial, los sujetos manifestaron su intención de abandonar las armas y acogerse a programas de reintegración…”

—“En el marco de la ofensiva nacional, el Gobierno anunció el fortalecimiento del pie de fuerza en regiones priorizadas, con el objetivo de garantizar la seguridad y recuperar territorios afectados por la violencia, las operaciones continúan en desarrollo…”

—“En zona rural del departamento del Tolima, tropas del Ejército sostuvieron combates con estructuras armadas ilegales, logrando afectar su capacidad logística, autoridades destacan que no se registraron daños a la infraestructura ni a la población civil…”

—“Avanza la presencia institucional en zonas anteriormente afectadas por el conflicto, en el municipio de Granada, Antioquia, se reporta el retorno progresivo de familias desplazadas, acompañadas por la Fuerza Pública y entidades del Estado…”

…todas estas noticias alimentaban en las personas una pequeña luz de venganza por todo el mal que se estaba viendo en esos momentos.

—Eso era lo que se merecían esos malnacidos, solo les gusta es robar.
—Menos mal que ya les están dando del plomo como el verraco, asesinos.
—Eee, yo sí sabía que algún día iba a ver cómo mataban hartos de estos bandidos.

Y el mundo empezó a poner los ojos una vez más en Colombia, no la Colombia con malas noticias, sino una donde se hablaba internacionalmente sobre sus buenas operaciones y el apoyo del Plan Colombia para contrarrestar los grupos insurgentes que poco a poco fueron siendo desarticulados, la noticia llegó a cada rincón en varios idiomas a nivel mundial.

Pero ahora, en Medellín, la mamá de Andrés sentía algo muy solitario, algo que solo las madres saben que ha pasado, un sexto sentido a mil por hora, sabía que pasaba algo desde hacía semanas, pero no sabía describirlo.

—Mija, barramos aquí afuerita que falta aquí.
—Hágale, doña Claudia…

La mamá de Yuranni se volvió amiga inseparable de la mamá de Andrés.

—Estas noticias todo es malo y guerra, quitemos eso, doña Claudia.
—Sí, más bien pongamos otra cosa.

El TV fue pasando de canales sin mucho que ver.

—En fin, esta TV colombiana solo habla es de la guerra, qué horrible, ¿qué te parece si mejor jugamos un ratico parques mientras llega Yuranni de la cita del bebé con el papá? Ese señor no está que cabe de la dicha con eso.
—Él siempre quiso un niñito y mire, usted se lo dio la hija.
—Sí, claro que sí. Ahora esperar que Andresito me dé siquiera dos; con dos yo quedo contenta…

Las dos por fin sonrieron, después cayó la tarde y por fin llegó Yuranni, había llegado con su papá, don Carlos, y la mamá de Jhon, que también estaba toda emocionada.

—Si vos vieras esos piecitos cómo se movían, es que es una hermosura.
—Ay no, él todavía está pequeñito.
—Una ternurita ese niño, ¿cierto Fabio?

Habían decidido ponerle así en caso de que fuera hombre.

—Pero todavía está muy bebé, jajaja, ¿qué tal sea una niña?
—No digan eso, hombre… —decía don Carlos, sentándose y cogiendo los dados para jugar—. Juguemos pues.

Llegó la noche y doña Catalina no sabía qué era lo que sentía, pero no paraba de sentirlo.

—Es que no sé qué me pasa, doña Claudia, de verdad que no lo sé.
—Eso, mija, es mejor atenerse, es lo único que le digo.

Y mientras decía esto, una caravana de dos carros y unas cuantas motos se veía subir por toda la comuna como queriendo decir algo, Yuranni se asomó y vio cómo esto pasaba sin más, solo observaba sin saber a dónde se dirigían, pero viendo el camino sabía que iban a la casa donde estaban compartiendo.

Por fin la caravana paró justo en la entrada, donde todos lo vieron, del carro descendió el coronel Asdrúbal, un hombre que había perdido una de sus piernas en el Catatumbo, y en la mano llevaba una pequeña carta, portaba su uniforme de gala con guantes negros y un aura máxima de autoridad.

—Buenas noches, señora Claudia Arias.
—Sí, señor, ¿cómo está?, ¿qué necesita?
—Hablarle de su hijo, que es un héroe…

Al escuchar esto, su mundo fue desapareciendo de a poco, y lo único que comenzó a decir fue:

—Yo ya sabía… yo ya sabía… yo sabía…

Y un grito que despertó a todo el barrio cayó hasta el más violento de los violentos.

Yuranni sintió que el alma se le salió por un instante y, sin querer, solo pensó que se estaban desbaratando los sueños, que un silencio apagaba todo lo que antes era ruido, el dolor empezaba a penetrar sin pedir permiso, el horror, el desespero se había tomado la pequeña casa donde antes estaba el parques.

Don Carlos, un hombre que toda su vida había sido busetero, estaba estupefacto por lo que estaba escuchando.

Yuranni sintió que el aire de Medellín, siempre dulce y primaveral, se volvía espeso como el plomo, sus piernas, que tantas veces corrieron tras un balón en la cancha del colegio, simplemente renunciaron, se sentó porque el esqueleto ya no le pertenecía.

—Eso es mentira... —susurró, su voz no era la de la muchacha coqueta que ignoraba a Jhon en el salón; era la voz de una niña pequeña perdida en la oscuridad, entonces, su mente, en un acto de misericordia desesperada, le regaló un espejismo.

Vio la escena completa, vio la puerta del segundo carro abrirse con ese "clac" metálico tan familiar, vio una bota negra, lustrada para el permiso, tocar el suelo, y luego, ahí estaba él, Jhon bajaba con la camiseta arrugada del viaje y esa sonrisa de medio lado, la misma que ponía cuando sabía que iba a decir una bobada. Detrás aparecía Andrés, vivo y libre, burlándose de ella: «¡Cayó, cayó, vea cómo cayó la vieja!», y Danny, desde adentro, empujándolos para que se apuraran, Yuranni ya sabía qué hacer: les pegaría en el pecho con rabia, les gritaría "muchos pendejos" y luego se enterraría en el cuello de Jhon para oler ese rastro de sudor y colonia barata que tanto le hacía falta.

Pero el espejismo chocó contra el vidrio del carro, un segundo, dos, tres, nada.

Yuranni se levantó, impulsada por una chispa de locura, dio un paso, y luego otro, mientras el piso crujía bajo sus pies como si el mundo entero se estuviera agrietando.

—Danny... ya baje pues... —dijo, intentando forzar a la realidad a obedecerle, se acercó al carro con una sonrisa que era más bien una mueca de agonía—. Deje la bobada, home... que esto ya no es chistoso.

Llegó al metal. Golpeó la puerta. El sonido fue seco, hueco, muerto.
—¡Jhon! ¡Bájese ya! —gritó, golpeando el vidrio con los puños.

Y fue ahí, entre el primer y el segundo golpe, cuando el silencio dejó de ser una espera para convertirse en una verdad, no salió nadie, el coronel se quedó allí, firme, con la gorra en la mano y la mirada baja, cargando con un luto que no le pertenecía, el silencio de los soldados era la respuesta que Yuranni no quería escuchar.

—No... no, no, no... —el susurro se convirtió en un gemido, y el gemido en un rugido que no salió de su boca, sino de sus entrañas.

—¡NOOOO!

El grito rasgó el aire del barrio, atravesó las paredes de las casas vecinas, apagó los radios y detuvo las conversaciones de las esquinas, Yuranni se dobló físicamente, partida a la mitad por un hacha invisible, cayó de rodillas sobre el cemento, buscando con las manos algo a qué aferrarse, pero solo encontró el vacío.

Intentaron tocarla, pero ella ya no estaba en Medellín, seguía atrapada en la puerta del carro, esperando que Jhon bajara, seguía en el salón de clases, esperando que él le pidiera su número.

En el barrio, por primera vez en años, nadie puso música, los parlantes callaron, los niños dejaron de jugar, el silencio se instaló en la cuadra como un manto pesado, porque todos, al mismo tiempo, entendieron que Jhon no iba a bajar de ese carro, que el muchacho del micro, el que amaba a Yuranni sin que ella lo supiera, se había quedado para siempre en el frío eterno del Sumapaz.

Un televisor es encendido en una sala oscura:

«Compatriotas, soldados y policías de mi Patria:
Hoy les hablo desde este centro de formación policial en Sibaté, donde hemos pasado revista a los planes de seguridad que nos permitirán, de una vez por todas, devolverle la tranquilidad a cada hogar de Colombia.

Me acompaña el alto mando, pero sobre todo me acompaña el espíritu de sacrificio de esos jóvenes que, en las cumbres del Sumapaz, han demostrado que para el Ejército de Colombia no hay montañas inexpugnables ni enemigos invencibles, lamento con el alma, como padre y como su primer soldado, las pérdidas humanas que hemos sufrido en estas últimas jornadas, a las familias de nuestros héroes caídos, a esas madres que hoy lloran en Medellín y en cada rincón del país: no desfallezcan, sus hijos no murieron en una escaramuza; murieron fundando la libertad, sus nombres quedarán grabados en la piedra, pero su legado quedará grabado en la paz que estamos recuperando.

¡A los violentos les digo: no nos van a amedrentar!, este Gobierno no dará un paso atrás mientras un solo bandido pretenda imponer su ley de sangre, por

eso, ante los resultados contundentes de nuestro **Batallón de Alta Montaña**, he dado la orden de que este modelo se replique en cada cordillera de la Nación, vamos a llenar nuestras montañas de soldados, de hombres que amen la Constitución, para que el campesino pueda volver a su labranza y el viajero pueda transitar sin el temor de la "pesca milagrosa", ahora bien, bandidos del Secretariado! Alias **Romaña**, que huye como un cobarde dejando a su gente atrás; **Mono Jojoy**, **Raúl Reyes** y todos los que se esconden en la espesura de nuestras selvas les digo: el brazo de la justicia es largo y nuestra voluntad es infinita, la **Operación Espada de Honor** no descansará, los vamos a perseguir en sus madrigueras, los vamos a desenterrar de sus caletas y los vamos a llevar ante la justicia o ante el juicio de la historia, ¡En Colombia no hay sitio para el terrorismo!

Soldados y policías: ¡Ni un paso atrás! Sigan creyendo en esta Patria, que el pueblo colombiano los abraza y los apoya, ¡Que Dios bendiga a nuestras Fuerzas Militares y que la libertad sea el único destino de nuestra Gran Colombia!».

El olvido

Las luces colgaban igual que siempre, los parlantes estaban puestos, las sillas organizadas como en cualquier reunión de bienvenida… pero nadie se atrevía a subir el volumen más de lo necesario. Era como si todos entendieran, sin decirlo, que esa no era una celebración común.

Danny apareció en la esquina.

No llegó en grupo.

No llegó haciendo ruido.

Llegó caminando.

Con el morral colgado al hombro, el uniforme gastado y la mirada… quieta, no era una mirada perdida, era peor, era una mirada que ya había visto demasiado.

Alguien fue el primero en verlo.

—…llegó Danny…

La voz corrió despacio, como una brisa.

Las conversaciones se fueron apagando una por una.

Algunos se levantaron.

Otros solo se quedaron mirando.

Danny avanzó entre ellos sin prisa, saludó con la cabeza, estrechó algunas manos, recibió abrazos… pero no se aferró a ninguno, su cuerpo estaba ahí, cumplía con el gesto, pero algo en él se quedaba un paso atrás.

No sonreía.

Pero tampoco rechazaba.

Simplemente… estaba.

—¡Mijo! —dijo doña Claudia, acercándose con los ojos húmedos—… mírelo pues…

Lo abrazó, fuerte.

Como si quisiera comprobar que sí era él.

Danny cerró los ojos un segundo.

Solo un segundo, luego respondió el abrazo.

—Aquí estoy, doña —dijo bajo.

Nada más.

No hacía falta más.

Las miradas lo recorrían.

Buscando en su cara al muchacho que se había ido.

Pero no estaba, el silencio se volvió más evidente cuando alguien intentó subir la música… y la bajó de inmediato.

Fue entonces cuando la vio.

Yuranni estaba de pie, a unos metros.

No se acercó de inmediato.

Solo lo miraba.

Como si estuviera midiendo la distancia entre el recuerdo y la realidad.

Danny también la vio.

Y por un instante… algo se movió en su mirada.

No fue alegría.

No fue tristeza.

Fue reconocimiento.

Ella caminó hacia él.

Despacio.

Con cuidado.

Y ahí fue cuando él lo notó.

La barriga.

Pequeña… pero evidente.

El tiempo no se había detenido para nadie.

—Hola… —dijo ella, casi en un susurro.

—Hola…

Se quedaron frente a frente.

Sin saber muy bien qué hacer con todo lo que había pasado entre ese saludo y el último que nunca se dieron.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

Danny tardó en responder.

No porque no supiera qué decir.

Sino porque no sabía cómo decir algo que fuera verdad.

—…bien —respondió al final.

Yuranni lo miró.

Sabía que no era cierto.

Pero tampoco insistió.

—Me alegra que hayas vuelto…

Danny asintió levemente.

Sus ojos bajaron un segundo… hacia la barriga.

No preguntó.

No opinó.

Solo lo entendió.

La vida había seguido.

Tenía que seguir.

—¿Y vos? —dijo él, con una voz más suave.

—…aquí —respondió ella, tocándose el vientre casi por instinto.

No sonrió.

Pero tampoco estaba rota.

Era otra Yuranni.

Una que había aprendido a vivir con lo que quedó.

El silencio entre ellos no fue incómodo.

Fue honesto.

Y eso… era suficiente.

—¡Danny! —se escuchó una voz más atrás.

Luisa venía caminando con una sonrisa amplia, tomada de la mano de un hombre joven.

Uniformado.

El paso firme.

La mirada viva.

—¡Mírelo pues! —dijo ella, abrazándolo sin miedo—… yo sí sabía que usted volvía.

Danny la recibió.

Con más cercanía que a los demás.

—Luisa…

—Vea pues —dijo ella, jalando al hombre a su lado—… él es…

—Malagón —interrumpió el soldado, extendiendo la mano—. Mucho gusto, mi lanza.

Danny la estrechó.

Firme.

Se miraron como solo se miran los que han estado allá.

Sin palabras de más.

—¿Qué tal por allá? —preguntó alguien detrás.

Malagón soltó una risa corta.

—Duro… —dijo—… pero bonito también.

Varias miradas se cruzaron.

—¿Bonito? —repitió Andrés desde el fondo.

—Sí, mijo… —continuó Malagón—… uno allá entiende muchas cosas… aprende a valorar lo que tiene… y a pelear por lo que vale la pena.

Danny no dijo nada.

Pero escuchó.

—Eso sí —añadió—… no es para cualquiera.

Luisa lo miró con orgullo, como quien ya había tomado una decisión en su vida, el ambiente se sostuvo un rato más, conversaciones sueltas, risas que no terminaban de salir, música baja, hasta que Danny… simplemente se fue.

Nadie lo detuvo, sabían a dónde iba, el camino al árbol no había cambiado, la subida, el aire, la ciudad abajo, pero él sí, llegó, se quedó de pie unos segundos, mirando el lugar donde tantas veces se sentaron.

Donde todo parecía fácil, donde el mundo todavía no se rompía, sacó la carta, la misma que la mamá de Andrés le había dado, la sostuvo un momento, sus dedos recorrieron el papel, como si pudiera leer algo que no estaba escrito, se agachó.

Comenzó a cavar con las manos, la tierra estaba fría, húmeda, real, como todo lo demás, dejó la carta ahí, la cubrió despacio, sin afán, sin ceremonia.

Solo… haciéndolo, se quedó de rodillas, la ciudad brillaba abajo, igual que siempre, como si nada hubiera pasado.

—No alcancé a despedirme… —murmuró.

El viento le respondió, nada más, cerró los ojos, respiró profundo.

Y ahí…en ese punto exacto donde el dolor se encuentra con el vacío…tomó la decisión.

No fue un grito, no fue una promesa heroica, fue algo más silencioso, más peligroso.

—Esto no se queda así…

Abrió los ojos, su mirada ya no era la misma, no era rabia, no era odio, era determinación.

De esa que no se apaga fácil.

Se levantó, sacudió sus manos, miró por última vez el árbol, y bajó.

Porque la guerra para él…apenas comenzaba de verdad.

El imponente arco de entrada a la Escuela Militar parecía separar dos mundos distintos, al cruzarlo, el aire de Medellín se transformaba en una atmósfera densa, cargada de una disciplina que se sentía en los pulmones, los gritos de mando retumbaban contra las paredes de piedra, mezclándose con los cantos rítmicos de los pelotones que trotaban al unísono, un pulso constante que marcaba el paso de la gloria, las banderas de Colombia y del Ejército, de dimensiones colosales, ondeaban con una elegancia tan lenta que daba la impresión de que, dentro de esos muros, el tiempo se detenía para rendirle culto al honor.

Danny se quedó un segundo inmóvil, con el morral al hombro, absorbiendo el estruendo de los fusiles en los campos de tiro cercanos.

—¡Oiga, pelao! ¿Se le perdió algo o qué? —soltó el centinela de guardia, un soldado de mirada afilada que lo observaba desde la garita—. Está como embolatado, mijo.

—Lanza, buenos días —respondió Danny, recuperando la postura y cuadrándose por puro instinto—. Vengo preguntando por mi Coronel Lancheros.

El centinela arqueó una ceja, intrigado.

—¿Y eso, lanza? ¿Usted qué se trae con el viejo?
Danny no respondió, en su mente recordaba Tolemaida, cuando Lancheros aún era Mayor, allí, entre el polvo y el calor del Fuerte Militar, el oficial lo había visto disparar, Danny no solo apretaba el gatillo; él y el arma eran un solo mecanismo de precisión, lancheros, antes de partir a su propio curso de ascenso, le había dejado una puerta abierta: *«Rodríguez, si usted quiere ser oficial, las puertas están abiertas, soldados de su calidad son los que necesitan el mando. Yo mismo le ayudo con el ingreso y las becas»*.

—Listo, no se diga más. Anótese aquí y ya lo comunico —dijo el guardia, pasándole la minuta.

Minutos después, tras una breve llamada por el radio interno —*«Mi Coronel, aquí lo busca el soldado Rodríguez Mora, de la unidad de Sumapaz. ¿Qué ordena?»*—, un vehículo oficial se detuvo frente a él, la orden fue inmediata: llevarlo al despacho principal.

El despacho del Coronel Lancheros era un santuario de la historia militar, el oficial, un hombre enérgico, de gestos secos y una intensidad que a veces resultaba fastidiosa para los que no aguantaban el ritmo, lo recibió de pie, en las paredes colgaban medallas que contaban décadas de combates, pero lo que más resaltaba era una fotografía de gran formato tras su escritorio: un soldado en el páramo, bajo la neblina, con el lema **"Fe en la Causa"** grabado en letras doradas.

—Hágale, mijo, pase —dijo Lancheros, con esa voz de mando que parecía salir del pecho—. Ya sabía yo que usted iba a aparecer, cuénteme, ¿tomó la decisión?

—La tomé, mi Coronel. Quiero el mando.
—Es la mejor decisión de su vida, Rodríguez, aquí se viene a sufrir para aprender a mandar. ¿Trajo los permisos de sus padres y la carpeta?
—Sí, señor, aquí está todo.
Lancheros tomó los documentos y llamó a su asistente con un grito que hizo vibrar los vidrios.
—¡González! Venga acá, acomode esta carpeta en el programa de becas de una vez, esta semana presentamos los casos ante el consejo, quiero que este pelao empiece el curso en nueve días, y ojo, González, este man me entra porque me entra, no quiero peros, ¿entendido?
—¡Como ordene, mi Coronel! —respondió el suboficial, cuadrándose—. Vamos, pelao, muévase.

Lancheros miró a Danny una última vez, con una mezcla de orgullo y exigencia, Danny le sostuvo la mirada, ya no era el niño que lloraba por un papel en el salón de clases, ni el recluta que comía Doritos en la vereda, era un aspirante a oficial con el fuego de la venganza convertido en disciplina, y así, sin más preámbulos, bajo el peso de la tradición y el acero, Danny Rodríguez Mora dio el primer paso hacia su nueva vida.

8 de mayo de 2018.

Vía Bogotá-Girardot.

El sol de Chinauta golpeaba con fuerza sobre el asfalto, pero el aire que soplaba desde las cumbres del Sumapaz seguía trayendo ese frío antiguo, frente a la imponente estructura de la "Espada de la Victoria", el Ejército Nacional desplegaba una ceremonia impecable para inaugurar el **Monumento a los Héroes Caídos del Sumapaz**, bandas de guerra, uniformes de gala y el brillo del sol sobre las placas de mármol negro creaban un ambiente de solemnidad absoluta.

El **Capitán Danny Rodríguez Mora**, con el uniforme de Operaciones Especiales y las alas de paracaidista en el pecho, se mantenía firme entre la multitud, sus manos, endurecidas por los combates en las selvas de La Macarena, donde llevaba meses pisándole los talones a varios subversivos, temblaron apenas un milímetro cuando se acercó al mural de honor.
Buscó el nombre, lo encontró.

Jhon...
El grabado en el mármol era frío, pero a Danny le quemó los dedos, de Andrés, el otro hermano de aquel salón de clases en Medellín, no había rastro, el páramo se lo había tragado, las versiones eran muchas y todas atroces: que si murió en el cautiverio, que si lo fusilaron en la huida hacia el Meta, o que si el olvido se lo llevó antes que la muerte, las madres no estaban allí; ellas habían elegido el silencio del hogar y la penumbra del olvido para no tener que nombrar la ausencia.

—Todavía se siente el olor a pólvora cuando uno mira hacia arriba, ¿cierto?
Danny se giró, frente a él estaba **Yuranni**, pero ya no era la niña de las bolitas de papel, llevaba el cabello recogido con una disciplina que delataba sus estudios en la Escuela de Policía; a su lado, **Fabio**, aquel niño del colegio, era ahora un hombre robusto que también buscaba su camino en el uniforme.

Yuranni lucía distinta, su vientre, levemente pronunciado tras un uniforme impecable, revelaba un embarazo de pocos meses, llevaba tres años de relación con otro Capitán de la institución, construyendo una vida sobre las cenizas de lo que una vez fue el primer amor.

El silencio entre los dos fue una conversación de mil años.
—¿Cómo vas, Danny? —preguntó ella, con una voz que había perdido la inocencia pero conservaba la firmeza.
—Sigo en el monte, Yuranni. Sigo buscando —respondió Danny, mirando las coordenadas que aún llevaba tatuadas en la memoria—. Ahora estoy en La Macarena, estamos cerca de los que se escondieron.

Yuranni se acercó un paso más, ignorando el protocolo de la ceremonia, miró el nombre de Jhon en la placa y luego fijó sus ojos en los de Danny, esos ojos que habían visto lo que nadie debería ver.

—A Jhon se lo llevó la montaña, y a Andrés se lo llevó el silencio —dijo ella, con una seriedad que estremeció al Capitán—, usted sabe que yo ya hice mi vida, que este hijo que espero es mi futuro... pero no puedo dormir tranquila sabiendo lo que les paso, le agradezco toda su entrega, eso me da descanso.

Yuranni le puso una mano en el brazo, apretándolo con una fuerza que Danny reconoció como una orden.

—Vaya por ellos, Danny —le susurró con un veneno sagrado—, no importa cuánto tiempo pase, ni cuánta selva tenga que quemar, vaya por

esos bandidos, encuéntrelos y no se rinda que usted nacio para eso, no deje que esos malnacidos ganen.

Danny se cuadró, haciendo un saludo militar que no era para los generales presentes, sino para ella y para el nombre grabado en la piedra.

—Le doy mi palabra, Yuranni, llegaré lo más lejos posible, no voy a parar hasta que el último de esos cobardes pague.

El Capitán Rodríguez Mora dio media vuelta y caminó hacia su vehículo oficial, mientras el helicóptero de la ceremonia sobrevolaba el monumento, Danny solo pensaba en la espesura de la Macarena, la guerra ya no era por la gloria, ni por las medallas, era por la promesa hecha ante el mármol.

La Operación continuaba, la justicia apenas estaba empezando.

Los carros seguían pasando, uno tras otro, rápidos, apurados, con la mirada puesta más adelante, en la siguiente curva, en el siguiente plan, en el siguiente fin de semana, la vía Bogotá–Girardot no se detenía por nada, y mucho menos por un monumento.

Ahí estaba, firme.

La **Espada de la Victoria** levantándose hacia el cielo, cortando el viento frío del Sumapaz como si aún intentara abrir camino en medio de la niebla, debajo, las placas de mármol negro seguían intactas, brillando cuando el sol lograba atravesar las nubes, nombres grabados, historias detenidas, vidas completas reducidas a letras.

Pero casi nadie se detenía.

Algunos bajaban la velocidad por curiosidad, otros miraban de reojo, intentando descifrar de qué se trataba ese lugar silencioso en medio de la carretera, muy pocos… muy pocos se bajaban del carro.

El país había seguido, como siempre.

Las noticias ya no hablaban de esos nombres, las conversaciones habían cambiado de tema. La guerra, para muchos, se había convertido en algo lejano… como si hubiera ocurrido en otro tiempo, en otro lugar.

Y sin embargo, el monumento seguía ahí.

Esperando.

No reconocimiento.

Solo memoria.

A cientos de kilómetros, en Medellín, el árbol seguía en pie.

Más grande.

Más silencioso.

Más solo.

Las motos seguían pasando por la loma, los parlantes volvían a sonar los fines de semana y la vida, como siempre, encontraba la forma de continuar.

Debajo de sus ramas, cuatro jóvenes se sentaban en círculo, uno de ellos hablaba más que los otros.

—Mi papá fue soldado… —decía Fabio, con la mirada fija en la ciudad—. Estuvo en el Sumapaz… en lo duro.

Sus amigos escuchaban, no con incredulidad, con respeto.

—Dicen que allá eso era otro mundo… —continuó—. Que el frío le metía a uno el miedo en los huesos… pero que igual tocaba seguir.

Uno de los muchachos pateó una piedra pequeña.

—¿Y él qué? ¿Mató gente o qué?

Fabio no respondió de inmediato.

Pensó.

—No sé… —dijo al final—. Pero sí sé que volvió.

El silencio se acomodó entre ellos.

El viento movió las hojas del árbol.

—Y un amigo de él… —añadió Fabio—, ese sí no volvió.

Nadie preguntó el nombre, pero Fabio sí lo sabía, siempre lo supo.

—Dicen que hay un monumento allá… —dijo otro—. ¿Usted ha ido?

Fabio negó con la cabeza.

—No… pero algún día.

Se recostó contra el tronco, miró hacia arriba, el mismo cielo, otro tiempo.

—Lo que sí sé… —murmuró— …es que alguien tiene que acordarse.

Sus amigos no dijeron nada, pero ninguno se levantó, el árbol guardó el silencio, como lo había hecho antes, como lo seguiría haciendo.

Porque mientras el mundo pasaba de largo…
siempre iba a quedar alguien…
sentado bajo su sombra…
intentando entender lo que otros olvidaron.

HASTA EL AÑO 2008 SE CONSOLIDO LA SALIDA DEFINITIVA DE LAS FARC-EP, DEL PARAMO DE SUMAPAZ DE MANERA DEFINITIVA

Durante décadas, el nombre de Henry Castellanos Garzón, alias 'Romaña', fue sinónimo de terror en el páramo más grande del mundo y en las carreteras que unían al Sumapaz con el resto del país, como comandante del Frente 53, fue el cerebro detrás de las 'pescas milagrosas' y de un asedio que cobró la vida de los valientes soldados que hoy el monumento en Chinauta conmemora.

Tras décadas de conflicto, el país vio una luz de esperanza cuando Romaña se sentó en la mesa de negociación en La Habana y participó en el proceso de paz de 2016, sin embargo, la paz fue efímera para él; en agosto de 2019, junto a otros cabecillas, traicionó lo acordado y anunció su regreso a las armas bajo la bandera de la 'Segunda Marquetalia'.

Su camino terminó lejos de las montañas que pretendió dominar, el 5 de diciembre de 2021, Romaña encontró la muerte en el estado de Apure, Venezuela, víctima de las mismas disputas violentas que sembró a lo largo de su vida, cayó en una emboscada, presuntamente a manos de otros grupos disidentes enfrentados por rutas del narcotráfico.